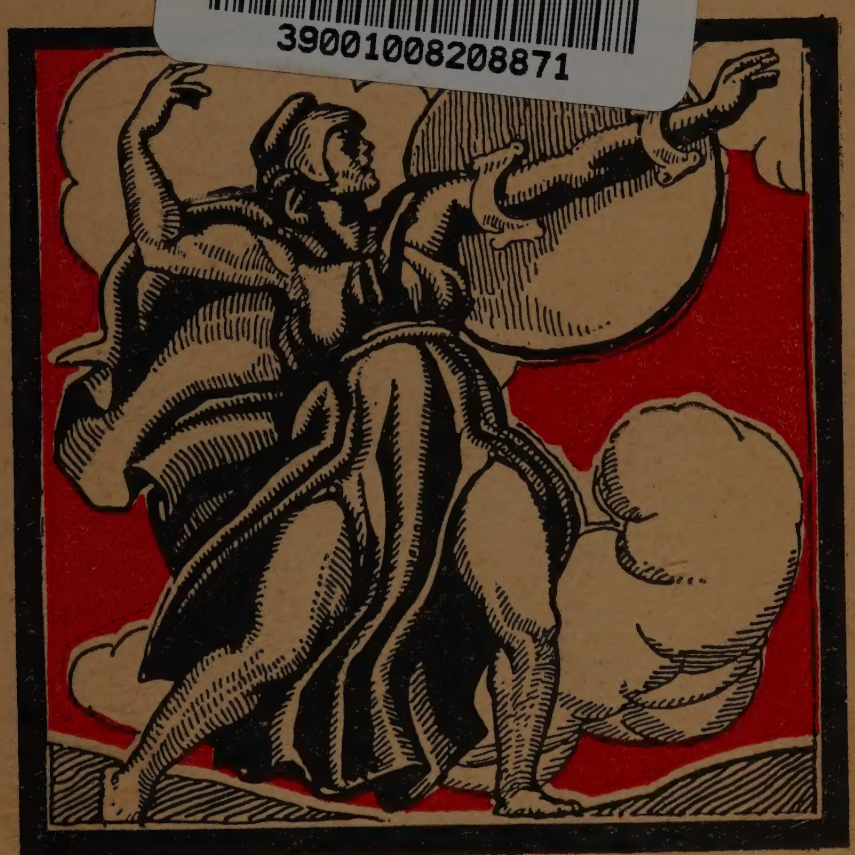
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

OBRAS COMPLETAS

CONFERENCIAS Y DISCURSOS

UNIVERSITY OF ARIZONA
39001008208871



TOMO - III

La edición de las obras completas del Dr. Juan Zorrilla de San Martín.

Banco de la República Oriental del Uruguay.

Mayo 24 de 1929.

Señor Dr. Don Juan Zorrilla de San Martín.

Me complazco en hacer saber a Vd. que el Directorio que presido, en sesión de fecha 20 del corriente, adoptó la siguiente resolución, con la adhesión unánime de todos sus miembros al pensamiento que la inspira, expresado individual y colectivamente en forma altamente elogiosa para su persona:

"El Directorio del Banco de la República, inspirado en el patriótico propósito de que se conmemore en forma perdurable el cincuentenario de **La Leyenda Patria**, que acaba de celebrarse; considerando que el altísimo cantor de las glorias nacionales ejerce la funciones de Delegado del Gobierno en el Banco desde hace 24 años; creyendo, además, que difundir ampliamente entre el pueblo las obras del esclarecido ciudadano es contribuir a robustecer el concepto de Patria y a avivar la conciencia nacional, y que con ello se realiza, a la vez, obra de eficaz cultura; teniendo en cuenta el conocido precedente de que el Banco de España editó las obras completas de Ricardo León como homenaje a este eminente hombre de letras, antiguo funcionario de aquella institución de crédito, resuelve: Publicar, en edición especial y popular, las obras completas del Dr. Zorrilla de San Martín, encomendando este trabajo al propio autor, a quien se hará entrega de la edición, separando de ella quinientos ejemplares, los cuales serán directamente distribuídos por el Banco entre las instituciones de enseñanza y cultura del país".

Al trasmitirle esta resolución con que el Directorio del Banco de la República adhiere a los homenajes de que ha sido Vd. objeto con motivo del cincuentenario recientemente celebrado, me es grato solicitarle se sirva formular el plan de la publicación y disponer la forma de la misma.

Solamente me resta agregar a los ya expresados, mis sentimientos de adhesión personal, y ofrecerle las seguridades de mi más alta consideración.

Alejandro Gallinal
Presidente.

Julio Carlos Netto
Pro-Secretario.

Conferencias y Discursos

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Conferencias y Discursos

Tomo III

Imprenta Nacional Colorada
Juan Carlos Gomez, 1223
MONTEVIDEO
MCMXXX

LIBRERIA
MAXIMINO GARCIA
Sarandí 477 - Montevideo

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

868.69
Z89
C7
v.3

JUAN CARLOS GÓMEZ

Discurso pronunciado en la explanada de la Aduana de Montevideo, al recibirse de los restos mortales de Juan Carlos Gómez, el 8 de Octubre de 1905.

SUMARIO: El prócer olvidado. — Su muerte. — — El Uruguay unánime reclama desde entonces sus restos. — Ahí están. — Evocación del espíritu de Gómez. — El vidente, el vate, el profeta. — La divina visión. — El culto y la inmolación. — La caída del Cóndor ciego.

Señores:

Tengo que ser la voz humana en que se prolongue por algún tiempo el largo sonido que acaba de producir la cabeza muerta de Juan Carlos Gómez al caer, por fin, en el suelo de la patria; debo dar forma articulada a la repercusión de ese choque conmovedor en el alma de todos mis conciudadanos; tengo, por consiguiente, que ajustar mi voz al diapasón de una religiosa armonía: a la que, al poner el oído en ese féretro cerrado que nos agrupa en su torno, sube desde el puñado de polvo que en él está; a la que baja de ese cielo

165986

de la patria que nos envuelve a todos en su gloria azul; a la que brota de todos nuestros corazones, arrodillados ante la más augusta de las majestades de la tierra: ante la majestad de la muerte.

No vengo, sin embargo, señores, a llorar a un muerto: vengo a saludar a un inmortal; vengo a entonar el himno matinal de la liturgia cívica, al abrir a ese muerto que regresa, las puertas de bronce del panteón en que la patria hospeda las cenizas memorables.

Aunque es mi voz la primera que, en los umbrales de su tierra, se dirige a ese hombre que duerme en aparente sueño, no es mi misión la de pedirle las credenciales que lo acreditan ante la patria como enviado de la gloria; no es siquiera de alegar o proclamar sus títulos, como paso previo a su entrada triunfal en el panteón; la sentencia está ya dictada. Yo no vengo a defender un derecho; vengo sólo a proclamar, en nombre del pueblo que me ha confiado su voz, un hecho inconmovible.

Las patrias, señores, se forman más aún que del conjunto de sus hijos vivos, del de sus grandes hijos muertos; y es indudable que la nuestra cuando ha sentido o siente esa necesidad imperiosa que experimentan todos los pueblos de mostrar su abolengo y sus riquezas de gloria here-

dada, ha pronunciado y pronuncia, al lado de otros hombres luminosos, el nombre de Juan Carlos Gómez.

Bien lo recordamos los hombres de mi generación: el día en que él murió en su voluntario ostracismo, se hizo un largo silencio en nuestra tierra; hubo sensación de pánico y de vacío en muchas almas; pareció que en aquel día, había menos luz en el cielo de la patria.

Y sin embargo, hacía ya mucho tiempo que Juan Carlos Gómez vivía lejos de éste su país natal; vivía pobre... tan pobre, que, según lo que dijo Sarmiento al arrojar tierra argentina en su sepulcro, el pan era para él tan caro en sus últimos años, en medio a la prosperidad de Buenos Aires, como en 1846 en el destierro de Chile; tan pobre, que, según él mismo lo afirmaba, sólo conocía el valor de una onza de oro por el trabajo que le costaba el ganarla. Vivía olvidado como hombre político: nadie contaba con él; su voz vigorosa de tribuno se había extinguido a lo lejos en una queja melancólica; se dijera que, de tiempo atrás, se sentía con sueño de morir; que su sangre se marchitaba en el árbol de su vida; que su corazón estaba muerto ya por algunas partes...

Pero vino la muerte, señores, la última, y quizás la única grande amiga de los grandes; vino

la muerte, y, al dar su golpe en el corazón del luchador cansado, del prócer olvidado, produjo un extraño restallido, como si su maza hubiera dado sobre su escudo, como si su aliento gélido, al penetrar en las arterias exangües del prócer mudo, hubiera hecho sonar un largo toque de atención en un clarín invisible y sacro.

Se despertaron entonces los hombres y las memorias; se encendieron en el aire las estrofas casi olvidadas del bardo; se oyeron resonar sus antiguos gritos de combate; se animaron las frases melodiosas llenas de gérmenes que había sembrado por el viento; y, como si el fondo negro de la muerte nos revelara lo que estaba en primer término y que mirábamos sin ver, vimos surgir y proyectarse sobre esa obscuridad sideral, una noble y pálida figura que nos miraba desde lo infinito con sus grandes ojos azules, inmóviles, llenos de pensamientos y de recuerdos. Todos reconocieron entonces en esa forma melancólica, envuelta en una clámide blanca y coronada de mirto, una de esas creaciones graníticas, perfecta y definitivamente modeladas por la historia, y hechas expresamente para ocupar el escabel y el doselete de piedra que les está reservado en los marmóreos intercolumnios del templo civíco.

Comenzó entonces la apoteosis que hoy termina. Sarmiento y Mitre, los viejos compañeros sobrevivientes, fueron al sepulcro a mostrar, en la frente helada del hermano, la herida no cicatrizada del ideal que le produjo la muerte; Lucio Vicente López llevó a aquella tumba el himno melodioso de la tradición paterna; el coro unísono, que es la voz sinfónica de la posteridad, hizo sonar vigorosos sus primeros acordes.

Los orientales, señores, atravesamos entonces el Plata que nos separaba de aquel sepulcro; pero es de hacer notar una circunstancia fundamental: no fuimos a él solamente a unir nuestra aclamación a la aclamación de los demás; fuimos, sin acuerdo previo, instintivamente, a iniciar, en nombre de la patria, una reivindicación: la reivindicación de esos restos que están ahí, dentro de ese féretro cerrado. Todos nuestros oradores, sin una sola excepción, sintieron instintivamente que esa era la misión tácita que habían recibido de su patria. "Tierra argentina, dijo Herrero y Espinosa, guarda por breve tiempo las cenizas de nuestro gran compatriota". "Huéspedes de la fraternal morada que os vió caer en su regazo, dijo Juan Carlos Blanco, os dejamos bajo la bandera de Mayo, y os decimos adiós, hasta el suelo de la patria". "Reclamo de la hija de Juan Carlos

Gómez, decía José Pedro Ramírez, una promesa formal de consentir en que sus restos vayan un día a reposar al pie de los cipreses que plantaron sus mayores, recordándole que, consintiendo en ello, colmará los votos íntimos del alma de su padre". "Manes de Juan Carlos Gómez, dijo Sienra Carranza, adiós, hasta el día de regreso a la patria y de las grandes reparaciones póstumas, que deben llevar a la tierra natal a toda personalidad que la enaltece, para que presida los tiempos de ventura que predijo la lira del poeta:

"Yo sé que vendrá un tiempo, para la patria mía
De paz y de ventura,de gloria y de hermandad".

Todos nuestros representantes, señores, todos a una ,reclamaron de la patria argentina esos restos para la patria oriental; la buena patria argentina, la buena, la generosa hermana, no ha querido desconocer ese derecho del corazón de este pueblo: nos ha dado la llave del sepulcro que custodió piadosa hasta el momento en que se la pedimos; ha honrado una vez más la memoria del prócer uruguayo; ha besado por última vez sus despojos; y, como nueva prenda de amor y fraternidad, envueltos en su propia bandera, en la gloriosa bandera de Mayo, los ha puesto ella

misma en nuestra tierra, ella misma los ha puesto en nuestras manos... ahí están.

Recojamos, señores, con veneración, ese patrio tesoro de las manos de nuestros hermanos; llevémoslo en triunfo a nuestra gran caja de caudales; a nuestro panteón nacional. No es necesario que separemos la bandera argentina, para colocar sobre ese féretro la oriental; no es la primera vez, ni puede ser la última, en que esos símbolos sagrados y soberanos se han estrechado en los momentos de gloria y de esperanza; recojamos a nuestro muerto reivindicado; vamos a darla tierra uruguaya en que descanse... pero démosle ante todo, señores, démosle corazón uruguayo en que palpite.

Y bien pueden dárselo todos los orientales, señores; bien ha podido imprimirse, como se ha impreso, a esta repatriación, todo el carácter de una apoteosis nacional.

Esa figura, esa forma melodiosa que había pasado del olvido, y aun de la reprobación de muchos, a la glorificación de todos con sólo morir; ese hombre cuyo espíritu fué tan discutido en vida, y cuyo cuerpo fué tan reclamado en muerte por personalidades discrepantes entre sí, debía tener un rasgo propio, común a todas ellas, superior a todas ellas, y de una energía tal, que se sobrepusiese a todos los otros rasgos que pudieran ena-

jenarle voluntades o proyectar sombras sobre su memoria. Dejaría de ser hombre superior si no hubiera sido objeto de contradicción: sólo los grandes corazones tienen derecho a los grandes infortunios; dejaría de ser montaña, si no tuviera sombras, o si no las proyectase al recibir el sol de la inmortalidad sobre el hielo de su frente.

Ahora bien, señores; creo que mi misión en este momento consiste en descubrir, en la figura histórica de Juan Carlos Gómez, ese rasgo predominante e imperioso que distingue a los elegidos. Yo lo he visto, yo lo veo con inconfundible intensidad; y yo os lo presentaría en forma capaz de haceros palpitar de respeto, y aun de amor, si yo fuera dueño de esas palabras que se estremecen, que son sustancia musical en sí mismas, que brotan de las entrañas y con las entrañas de las cosas y de las armoniosas ideas, y son la irradiación de su intensa claridad; yo os presentaría a Juan Carlos Gómez, tal cual se me ha aparecido al evocar su espíritu para animar con él esos despojos, como la encarnación del caballero de una idea, como el tipo del prócer honesto, del prócer honrado, que, enamorado de una estrella intangible que vió brillar a lo lejos en los albores grises de nuestra tempestuosa infancia política, caminó con los ojos fijos en ella, siempre empapados en su temblorosa claridad, y sin

mirar muchas veces la senda que pisaba, y en la que tropezaban y se desgarraban y se ensangrentaban sus pies; yo os lo presentaría como el hombre del ideal, de la fe en un principio, en un algo eterno, inmutable, superior a la voluntad del hombre; en un tipo de perfección para la patria, concebido por la razón en forma de idea, visto por la fantasía en forma de imagen, y amado por la voluntad en forma de pasión, y al cual el hombre bueno sacrifica su felicidad, su reposo, su vida, y, lo que es más que la vida, el respeto y la amistad de los contemporáneos.

En esos hombres, señores, se ama sobre todo y se glorifica, no tanto el ideal subjetivo y concreto, del que podemos discrepar, cuanto la sinceridad y la integridad en profesarlo, el valor y la energía en perseguirlo, la grandiosidad en promulgar ese mensaje interior del que el grande hombre se cree depositario, y del que debe dar cuenta a los demás hombres, so pena de traicionar su misión en la tierra, e impulsado por una fuerza o dinamismo superior a la propia voluntad. Esa es, precisamente, la etimología de la palabra *entusiasmo, en theos,* un Dios interior que nos habita y nos posee, una voz interna que nos ordena, que resuena en nuestra cabeza, que esplende en nuestros ojos, que vibra melodiosa en nuestros labios.

Y eso fué Juan Carlos Gómez, señores; un evidente sincero y generoso; el vate, el profeta, el sacerdote o, como quieráis llamarle, de una divinidad entrevista, inmaculada e impecable, que pasó por sus ensueños, que lo ungió en la frente y en la boca, y que le mostraba en el horizonte una patria grande, grande, no tanto por su estructura geográfica o por sus detalles políticos, que él juzgaba medios y no fines, cuanto porque en ella eran una verdad resplandeciente los dogmas de la revolución de Mayo, la virtud, la justicia, la libertad, la fraternidad, la paz, la felicidad del hombre, en una palabra, que es el verdadero fin de la sociedad civil y política, el verdadero fin de la formación de los distintos estados soberanos.

Podía ser esa, señores, una visión engañosa en alguna de sus sugestiones: lo hubiera sido indudablemente, si ella hubiera llegado a hacer vacilar en su honrado mensajero la fe en la existencia inconmovible de nuestro sagrado Uruguay, de esta patria atlántica subtropical, no antagónica, si bien distinta de otras patrias; pero esa visión era una verdad en su esencia; era la misma que todos amamos al amar la patria intangible y soberana, la misma que hoy vive y vivirá siempre en la plenitud de su ser y de su gloria. Juan Carlos Gómez la vió y la amó; la vió, con su espíri-

tu de artista y de poeta, cual una casta divinidad de líneas puras y rígidas como la diosa griega; sí, era el cuerpo marmóreo de la visión helénica, pero animado por el cálido espíritu de los tiempos modernos: por el alma de una democracia olímpica, en cinta de libertades y de justicias inauditas, de progresos inefables, de fecundas selecciones intelectuales y morales dentro de la más perfecta igualdad civil, madre de pueblos que aniquilan los tiranos sin convertirse ellos mismos en opresores, madre de autoridades constituídas por los más aptos y los más buenos, obedecida sin temor ni humilación por los hombres honrados, temida sólo por los perversos, ungida por el óleo de la voluntad popular, y sostenida por el amor y la gratitud de los pueblos; madre de todos los hombres libres, de todos los pensamientos sinceros, de todos los anhelos y de todas las pasiones generosas.

Juan Carlos Gómez, señores, rindió culto a esa divinidad entrevista, que bajó del cielo a posarse en sus ensueños; el fuego que quemó en sus aras fué la combustión de su propio cerebro privilegiado, de ese cerebro humano que, como la vela al arder, alumbra a la humanidad quemándose, consumiéndose y derramando lágrimas; el holocausto fué su propio corazón siempre lacerado por las congojas de los anhelos y los amores im-

posibles; los salmos litúrgicos eran aquellas inspiraciones del romanticismo francés, que difundieron por el mundo el ideal melodioso, melodioso como la voz de un niño, las *Meditaciones* de Lamartine, los *Cantos del crepúsculo, Las Orientales,* las *Odas y Baladas,* de Víctor Hugo, las *Noches melancólicas* de Alfredo de Musset, y la transfusión de todo eso a nuestra infancia nacional, que templaba las décimas de Echeverría, rimaba las nemorosas despedidas de Balcarce, y distendía, hasta hacerlos reventar, los nervios de acero de los alejandrinos de Mármol, el poeta de las proféticas imprecaciones.

En aras de esa divinidad inmoló Juan Carlos Gómez su vida entera; levantó esos altares en su tierra, y los perfumó con el incienso de sus primeros cantos; huyó con ellos a Chile, y allí continuó su rito cívico, con la fe del creyente, con el celo del apóstol, con la grandilocuencia del profeta; volvió, con ellos a cuestas, a su patria, al creer que rayaba el día que esperaba, en la aurora de Caseros; y cuando vió que la estrella que lo guiaba estaba lejos, demasiado lejos, y que a veces se perdía, al parecer para siempre, en los horizontes tempestuosos; cuando se convenció de que había nacido él mismo demasiado temprano o demasiado tarde; cuando creyó a su diosa ofendida por la dureza de los tiempos en que le tocó vivir, se

limitó a la misión de desagraviarla, y de ofrecerle, con su culto individual, el incienso expiatorio y propiciatorio de su propio corazón incinerado. Entonces huyó al ostracismo, como huían al desierto los antiguos penitentes; allí vivió pensando en la patria, soñando con la patria, permaneciendo fiel a la patria en que había nacido, a esta patria oriental, señores, que fué siempre el núcleo y habitación de su ensueño generoso; a esta patria oriental a la que nada había pedido, ni siquiera el pan de sus últimos años, y a la que todo lo había dado: su culto, sus congojas, sus esperanzas, los reflejos de su estrella.— En su expatriación lloraba, sentía la soledad, se asfixiaba en el vacío; pero velaba junto al ara, abrazado, atado a ella por su voto silencioso como la muerte. "Si está escrito, decía a uno de sus amigos, que he de terminar mis días sin volverlos a abrazar, sepan al menos que no es por falta de amor a los seres y a las cosas que fueron el embeleso de mi juventud, y son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez..."

En esa actitud dolorosa, señores, cerró los ojos, y la boca y los oídos, para no volver a abrirlos, el viejo cantor de la libertad, por quien y en quien nuestra patria uruguaya se incorporó con gloria al gran período idealista de la revolución americana; por quien y en quien el nombre de un poeta

oriental, de un pensador oriental, de un tribuno oriental figurará, sin ser el segundo, entre los grandes poetas y pensadores y tribunos de ese glorioso período de la historia del continente.

Un escritor argentino nos ha dado un símbolo conmovedor de esas caídas de los seres alados desde las cumbres luminosas. En las costumbres de los gauchos montañeses, dice, existe lo que ellos llaman *remontar el cóndor*. Al cóndor prisionero le vacían los ojos con una punta de hierro ardiente, y luego lo sueltan. Con majestuosos aletazos, el cóndor ciego se levanta en una línea recta, perpendicular al suelo, y vuela, vuela hasta perderse de vista, siempre derecho, como temiendo chocar con invisibles montañas, siempre derecho, buscando la luz... Y cuando llega a alturas irrespirables, no pudiendo vencer las tinieblas que lo rodean, pliega las alas baja la cabeza, y se desploma... Va a caer sobre el punto de partida.

Así ha caído, señores, Juan Carlos Gómez, en nuestros brazos, en brazos de todos sus conciudadanos, desde la altura de su ideal. Y es precisamente una gran parte de ese ideal generoso de paz, de fraternidad, de luz celeste, el que hoy realiza el pueblo oriental, al recibir unido, y en forma de apoteosis, ese puñado de polvo sacro. Hemos glorificado hasta ahora, como hemos de-

bido hacerlo, a nuestros guerreros heroicos: hoy abrimos el panteón, para dar entrada en él al héroe del pensamiento; hemos puesto otras veces sobre la urna cineraria de nuestros grandes, la bandera nacional que soportaba el peso de la espada circundada de laureles calcinados por el rayo; hoy, señores, colocamos también sobre ese féretro la bandera, pero sólo para recibir lo que no pesa, porque tiene alas: una pluma, una toga, una lira, una rama de mirto fresca todavía, resonante todavía de los armoniosos acordes del bosque sagrado de que fué arrancada. Es la segunda grada en la escala ascendente del culto de los héroes.

Vamos, señores, vamos, no en actitud de duelo, sino a paso de vencedores, a llevar esos despojos al Panteón Nacional, cuyas puertas están abiertas ya; vamos a dar tierra oriental a este muerto cristiano, que ha dormido en paz en la piadosa tierra argentina. Él casi no sentirá el cambio de almohada, y seguirá dormido en su aureola, esperando la resurrección de su carne, a la luz de nuestras lámparas, encendidas y alimentadas por la gratitud nacional: los mismos árboles arrullarán su sueño con la canción materna de sus hojas suplicantes; el mismo paterno río hará sonar en la cercana playa el monólogo eterno de sus olas; las mismas palabras o las mismas

plegarias de pasantes silenciosos o de cortejos enlutados, interrumpirán de vez en cuando aquel silencio sepulcral. Y si bien sentirá, señores, en la misma naturaleza de la tierra en que repose, la razón de por qué tienen que formarse muchas veces dos patrias allí donde puede decirse que no existe sino una alma sola, también ha de sentir en eso, una nota del misterio de la universal armonía, según la cual esa formación de las patrias diferentes, lejos de obstar a la felicidad de los humanos, es el gran agente providencial de la fraternidad de los hombres y de los pueblos; santa fraternidad de que ese glorioso pensador dormido fué el sacerdote incorruptible, el apóstol abnegado, la víctima propiciatoria.

BARTOLOMÉ MITRE

Discurso pronunciado en representación del Gobierno Oriental, en el vestíbulo de la Casa de Gobierno de Buenos Aires, con ocasión del entierro de Mitre. —21 de Enero de 1906.

SUMARIO: El pueblo oriental al argentino. — La trayectoria del astro. — Lo que se ve en Mitre. —La formación de los pueblos. — El período caótico. — El pensamiento creador. — Es más difícil ser grande que ser sublime. — Mitre fué grande. — Fué un prócer oriental. — Cagancha, Montevideo y el Paraguay. — El 25 de Mayo de 1910.

Señores:

Me siento sorprendido y presa de una impresión que se parece al pánico, al hallarme casi repentinamente en esta cumbre sacra. Esta tribuna y este momento son una cumbre. He sido transportado a ella por un espíritu imperioso, por el del Uruguay, mi patria, que me ha dicho: ve, y habla con mi aliento en ese sepulcro grande que están abriendo tus hermanos al otro lado del Plata; ve, y habla allí con mi aliento; pon tu mano sobre el corazón del pueblo oriental en este

instante en que se dice que ha muerto Mitre; percibe bien sus latidos; dá a tu espíritu la predisposición melodiosa de las triunfales elegías, y ve a llevar al pueblo argentino el abrazo de su hermano el oriental; ve a llorar con él sobre la tumba del prócer muerto; que tu voz tenga ternura y calor de abrazo, humedad de lágrimas gloriosas, resplandores enlutados; pero ante todo y más que todo, que ella tenga resonantes vibraciones de triunfo, que en esa tumba es ya de día; la aurora del sábado la circunda; todo en ella resucita de entre los muertos.

Señores:

Hablo en nombre del pueblo oriental, en nombre de su Gobierno: obedeciendo al mandato, he sentido palpitar el corazón de aquel pueblo, y os traigo el tributo más entrañable de duelo que un hermano puede enviar a su hermano en sus horas de consternación y de congoja; el homenaje de respeto y de admiración más profundo que un pueblo puede tributar a otro pueblo, en las horas silenciosas de las memorias que consuelan.

El Gobierno y el pueblo orientales se han dado cuenta de que no se presentará una ocasión más propicia de confirmar su fraternal amor a la República Argentina que este momento solemne en que va a aumentar su tesoro de sepulcros

con un sepulcro nuevo, tan grande, tan venerado, como el más grande, el más venerando y más glorioso de los que forman el suntuoso patrimonio acumulado por la nación argentina, y aún por la América toda, en el siglo pasado, en ese siglo de tempestades caóticas, de sombras y de meteoros luminosos en que fueron forjadas nuestras patrias americanas en las fraguas de la gran revolución, y que forma la edad heroica de nuestro mundo americano.

¿Cómo seguir, señores, la trayectoria del astro que acaba de ponerse en esa tumba? ¿Cómo encontrar algunas de esas palabras habitadas y encendidas de vida que emergen de las profundidades del alma con su resplandor, y por medio de las cuales pudiera deciros lo que ha visto, lo que ve mi patria en ese muerto que llevamos al sepulcro, para llorarlo como con vosotros lo llora, aclamarlo como con vosotros lo aclama y glorifica?

Se ve tanto en él, señores; ocupa tan amplio espacio en el horizonte americano; ha dejado en él tan gran vacío al hundirse en la obscuridad de ese su aparente sueño, que no es posible pretender encerrar las notas fundamentales de tan excelsa persona en el ritmo fugaz de una oración dolorosa; pero yo creo ver, yo veo en él con intensa claridad uno de esos núcleos inteligentes,

fuerzas latentes, atracciones recónditas, que aparecen providencialmente en el seno de los pueblos que deben formarse, y sin los cuales no se concibe su formación. Los pueblos como los astros, vosotros lo sabéis, señores, se conglomeran en medio de las genésicas tempestades; los elementos cósmicos, al parecer irreconciliables, se atraen y se repelen en confusión caótica; estalla el rayo desgarrando las tinieblas sin orillas; se derraman los océanos atmosféricos sobre la masa incandescente del astro, que arroja de nuevo, una y mil veces, los diluvios hirvientes al espacio; se hunden los mares y se levantan las montañas en conclusiones al parecer agónicas. Y como el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas del abismo, según la frase temblorosa del Génesis, flotan entonces sobre los pueblos los grandes pensamientos humanos, que son reflejo de la divinidad creadora, que concilian lo inconciliable, separan la luz de las tinieblas, hacen el orden, que es la armonía de las cosas, y hacen la felicidad, que es la armonía de las almas.

Uno de esos pensamientos, señores, el que reguló en gran parte la conglomeración de vuestra tierra, se encendió en el cerebro ya apagado de ese muerto; él fué, durante medio siglo, el núcleo cósmico en torno del cual giraron, se agitaron, se entrechocaron, se refundieron los ele-

mentos ígneos de que debía formarse el astro polar de la nación argentina difinitivamente constituída; la América y el mundo entero lo han visto con el sello inconfundible de los héroes; lo han visto subir, bajar, atravesar como un rayo fecundo, en medio de las tormentas de vuestra historia, esplender unas veces como un meteoro; brillar otras como una aurora. Lo ha empujado la ola de fuego, lo ha arrebatado la vorágine popular; pero siempre se le ha visto con el sello inconfundible del enviado o del profeta sobre la frente, siempre se ha percibido en sus ojos el reflejo trémulo de la cercana estrella interior, siempre se le ha distinguido como luz en la luz, como coágulo de fuego en el fuego que lo engendraba, como nota dominante en el coro pujante de los martillos que golpeaban en el yunque donde, a la luz de las fraguas, forjaban los hercúleos forjadores de patrias el escudo y el casco de oro cincelado de que debía brotar armada la República Argentina, al aparecer, vencedora de los extraños primero, vencedora de sí misma después, y ya definitivamente organizada, en el concierto universal de la democracia triunfante.

Es más difícil ser grande que ser sublime; es más fácil abnegarse que poseerse; Mitre ha sido grande; Mitre fué un dueño de sí mismo. No

ha sido un desentono genial; ha sido una ponderación persistente y perdurable, un equilibrio maravilloso... ha sido una armonía pensativa. Mitre ha sido grande; grande por lo que hizo, grande por lo que pensó, grande por lo que habló, grande también, más grande todavía por lo que calló, cuando debió rendir culto abnegado al más desconocido de los dioses: al severo dios silencio. Los conquistadores vulgares, y aun los muy grandes muchas veces, necesitan de testigos; de ahí que las conquistas sobre nosotros mismos sean las más difíciles, las más escasas. Mitre fué un conquistador en el silencio de sí mismo, un dominador de su propio corazón.

Ese hombre que ahí reposa, señores, fué un grande hombre; pero fué más que eso: fué un hombre de bien, un hombre bueno. Como gobernante, fué integérrimo y puro; como ciudadano, abnegado y austero; como soldado... oh como soldado, yo no buscaré la fórmula que lo defina, porque tengo en la memoria la frase de piedra que emplea Southey para esculpir la figura de Wellington soldado: "Sus campañas, santificadas por su propia causa, no fueron manchadas ni por la crueldad ni por el crimen; su carro triunfal no fué seguido de maldiciones; a sus laureles se entrelazaban los amarantos de la equidad y, en su lecho de muerte, ha podido recor-

dar sus victorias entre sus buenas acciones".

Eso fué el soldado del Pavón; eso, el del Paraguay; eso, el de vuestros disturbios intestinos... ¿No es verdad, señores? ¡Oh, el bravo soldado, el buen soldado, el soldado bueno!

. . . . . .

La República Oriental y la Argentina, señores, se desprendieron juntas de la misma nebulosa generatriz; sus historias se compenetran y confunden a cada paso; no en balde hemos sentido allí que un sol se ponía, que una grande obscuridad se difundía en nuestros horizontes, cuando los ojos de Mitre se cerraron a la luz. Mitre es también un prócer oriental, señores.

Vosotros recordaréis en este momento solemne todas las grandes efemérides de vuestro marmóreo muerto: yo, que traigo el aliento de la patria oriental, sólo debo recordar concretamente las efemérides que vinculan a este sepulcro el amor y la gratitud de aquella patria; aquellas cifras que revelan también que Mitre nos amó... porque no podía menos de amarnos, porque en aquella patria estaban los recuerdos de sus primeros ensueños, los vestigios de sus primeras glorias, los frutos de sus primeros esfuerzos heroicos en pro de la libertad.

Y puesto que, en representación del pueblo uruguayo, he compartido y comparto vuestro do-

lor, dejadme, señores, que, en la misma representación, comparta vuestro triunfo, al recordar que Mitre fué hijo de padres orientales; que fué en Montevideo donde el joven predestinado a tan grandes destinos recibió las primeras nociones de la ciencia militar; que fué en los campos orientales de Cagancha, bajo las órdenes del resplandeciente soldado del Rincón, de las Misiones, de Sarandí, donde aquel adolescente pensativo oyó asombrado por primera vez la voz de la batalla, vió por vez primera clavados en él los ojos encendidos de la gloria, y sintió por primera vez sobre su frente núbil el ígneo beso de la libertad agradecida; que fué tras los muros de Montevideo donde Mitre comenzó a almenar la democracia ríoplatense; donde se incorporó a la pléyade de los más grandes pensadores y estadistas argentinos perseguidos por la tiranía y refugiados tras los muros inexpugnables de la ciudad heroica; donde, al pie de los cañones de la defensa, en las largas noches de la guardia interminable y a la luz de las estrellas, sintió, sin duda alguna, que agitaban las alas en su alma generosa los grandes anhelos de libertad y de justicia para la patria argentina; y que fué también sangre de orientales la que se mezcló a la sangre argentina allá en los desiertos del Paraguay, cuando esas fuerzas misteriosas, superiores a la

voluntad de los hombres, que rigen y determinan la marcha de la humanidad, llevaron a la guerra titánica a cuatro pueblos hermanos igualmente heroicos, que hoy se estrechan y lloran, en un duelo común, sobre la tumba inmaculada del generoso vencedor.

¡Y Mitre ha muerto, ha muerto al fin!

¿Por qué el Dador Supremo de la vida no prolongó esa existencia, siquiera lo suficiente para que esos ojos que ya no ven hubieran visto la aurora de 25 de mayo de 1910?

No pudo ser... no pudo ser... dejadme que diga, señores, aunque lo diga lacerando vuestras entrañas, no debió ser. Nó. Mitre no nos pertenecía; nuestra posesión era ya una constante usurpación hecha al pasado homérico; Mitre era de aquellos; está bien en donde ahora está, entre la luz, entre los muertos, para aparecérsenos con todos ellos, con sus pares, en el día de la resurrección, cuando, al sonar el aniversario de la revolución de Mayo, vengamos todos a esta cuna de la libertad de América a golpear en los sepulcros...

¡Oh, sí, señores, es preciso... es preciso que lo dejemos en su tumba, después de besarlo en la cicatriz de la frente!... Vámonos; dejémoslo en su paz, en su solitaria región...

¿No véis, señores que las tumbas de San Martín y de Belgrano, las de Moreno y Rivadavia, al despertar a sus muertos en ese día, se sentirían acaso muy solas, al buscar y no encontrar a su lado el gran sepulcro de Mitre?

Mr. ELIHU ROOT

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido en el Atenco de Montevideo a Mister Elíhu Root, Ministro de Estado de los Estados Unidos. 12 de Agosto de 1906.

SUMARIO: El discurso de Mr. Root en el Congreso Panamericano de Río Janeiro. — El ideal americano. — La sociedad internacional. —Su fin como el de la sociedad civil, es la conservación y desarrollo de las personas que la componen. — La democracia internacional.—Ley de armonía.

Señor ministro;

Señora:

Antes de levantarnos de la mesa, tengo el grato encargo de deciros algunas palabras en que se refleje y perdure el sentimiento que nos ha hecho desear partir con vosotros el pan uruguayo, y beber en vuestra compañía el vino que alegra el corazón del hombre, según le expresión del libro santo.

Sí, señor Root: nos sentimos alegres y felices de veros entre nosotros; quisiéramos que esta

comida, en que, como lo véis, un grupo representativo de damas de la sociedad de Montevideo rodea y agasaja a vuestra dignísima esposa y a vuestra hija, fuera símbolo del testimonio del más intenso afecto que puede darse a un huésped bienvenido: el de abriros la puerta de nuestra casa; el de introduciros al afecto de nuestro hogar.

Y si nos sentimos alegres, no es sólo porque tenemos el honor de conocer en vos al caballero y al prócer ilustre que es gloria entre las glorias de nuestra América, sino porque... debo seros muy franco en este momento... porque estamos persuadidos de que esta vuestra visita redundará en honor, y también en ventaja, de lo que nos es más caro, de lo que amamos sobre todos los amores de la tierra: de esta nuestra buena patria uruguaya, de esta nuestra madre soberana, que es dueña de nuestra vida, y a la que no podemos menos de creer, so pena de dejar de ser sus hijos, la más hermosa, la más grande, la más amable de las madres, como vois pensáis de la vuestra, como vos sentís de vuestra excelsa patria americana.

Nosotros, llevados acaso de una ingenua ilusión filial, estamos persuadidos de que conocer a nuestro Uruguay es amarlo. Y por eso hemos deseado que lo conociérais; por eso acariciamos

la esperanza de que, cuando en el seno de vuestra patria, evoquéis el cúmulo de recuerdos de este vuestro viaje al través de América, brotará amable y transparente el de este pueblo que ha sido el primero en estrecharos la mano al pisar por vez primera el suelo de una república de América subtropical, y que os ofrece su pan y bebe con vosotros el vino de la amistad, en un transporte sincero de perdurable simpatía.

Nosotros hemos creído veros besar respetuosamente la frente de nuestra madre, señor Root, cuando, en un momento que debe considerarse histórico, definísteis, en el Congreso Pan-Americano de Río Janeiro, el objeto y el carácter de vuestra visita a las repúblicas ibero-americanas, a estas hijas predilectas de la democracia, que van trepando más o menos lentamente, pero sin volver un paso atrás, la abrupta montaña en cuya cumbre las espera el ideal: el gobierno propio, la libertad en el orden, el reinado de la justicia y de la paz internas, que son el fundamento y la verdadera garantía del reinado a que aspiramos de la paz y la justicia internacionales.

No hay duda de que dijísteis la verdad en vuestro memorable discurso de Río Janeiro; vuestras palabras parecen piedras angulares. Los estados soberanos no son entidades meramente coexistentes sobre la faz de la tierra; son miem-

bros de un gran organismo palpitante; son personas colectivas que, obedeciendo a la misma ley natural que agrupa a las personas físicas en sociedad civil y política, se agrupan también instintivamente para formar el cuerpo, la vida, el pensamiento del mundo internacional. Pero así como la vida social, lejos de menoscabar los atributos esenciales de la sagrada persona humana, constituye el medio ambiente necesario a la vida, al desarrollo y a la consecución del destino inalienable del hombre, así esa gran sociedad de las naciones, cuya definitiva constitución en América es el anhelo del congreso que ahora celebramos en Río Janeiro, debe tener, como base inquebrantable y como objeto esencial, la vida, el honor, la prosperidad, la gloria, de todos y cada uno de los estados soberanos que la forman.

Habéis proclamado la democracia como el lazo más poderoso que vincula las repúblicas de América. Sí, es verdad; la democracia es nuestra madre común. Pero, la democracia no es otra cosa que la igualdad de los hombres ante el derecho; es, por consiguiente, ante todo, la reivindicación triunfante del derecho de los débiles en sus relaciones con los fuertes. Y por eso, señor Root, al pronunciar ese nombre de nuestra madre común, sólo lo hicisteis para proclamar, co-

mo el ideal americano en las relaciones de los estados, el mismo nobilísimo principio que rige las relaciones de los hombres libres, y que es el ser de nuestro ser; habéis proclamado, pues, una especie de democracia internacional americana, en cuyo seno todas las personas deben ser personas, con plena conciencia de sí mismas, con destino propio y no supeditado al destino de los demás, con medios morales y materiales para cumplir ese destino, con libertad, con dignidad, con todos los atributos que caracterizan y ennoblecen la persona, y la distinguen de los seres inferiores.

Para levantar el nivel moral de esa gran democracia internacional que habéis proclamado, y de que nuestra América debe ser el arquetipo, no hay sino un solo medio; levantar el nivel de todas y cada una de las unidades que la forman; vigorizar, en todas y cada una de ellas, la conciencia y la altivez de su propio destino, el amor inquebrantable a la noción impersonal de patria, la convicción profunda de que, en la esfera de los pueblos, como en la de los orbes, no hay astro, por poderoso que sea, que pueda perturbar la gravitación de los astros; porque sobre el conjunto de los mundos, está la ley inmutable que los rige, y sobre esa misma ley, la voluntad so-

berana del Supremo Legislador de los orbes y de las almas y de los pueblos.

Esa ha sido la resonancia en mi espíritu de lo que dijísteis en Río Janeiro, y de lo que estáis ratificando entre nosotros. Vuestras palabras han sido grandes y han sido buenas, porque fueron vuestras, sin duda alguna; pero lo han sido, sobre todo, porque fueron armoniosas, porque se ajustaron al diapasón del ideal de justicia en pos del cual camina lentamente la humanidad; a ese solemne diapasón colgado entre el cielo y la tierra, que da el tono de vez en cuando a los hombres y a los pueblos y a los mundos, para que no se aparten de la universal armonía.

Vuestras palabras han repercutido como voz amiga en el fondo del alma de este pueblo, que os ha aclamado sin reservas porque os ha comprendido. Y por eso, porque he creído interpretar toda la generosa intensidad de vuestra actitud y de vuestros discursos, no me he apresurado a deciros en este momento, como hubiera parecido natural, cuánto amamos, cuánto admiramos en el Uruguay a vuestra admirable patria americana, cuyas estrellas fulguran acaso sin precedentes en el cielo de la historia humana, sino cuánto respetamos, con cuánta pasión amamos a esta nuestra buena patria uruguaya, cuyo sol es una estrella tambien; cuánto nos alegra-

mos de verla honrada con vuestra visita, y cómo acariciamos la esperanza de que llevaréis de nosotros el recuerdo de un pueblo sinceramente amigo, muy consciente de sus propios destinos, muy convencido de sus derechos y también de sus deberes, muy ajustado, en una palabra, a esa grande armonía de los estados soberanos que mútuamente se respetan y se aman, y que habéis proclamado, en nombre de vuestra patria, como el supremo ideal de nuestra libre América.

Señoras; señores: Llenemos vuestros vasos del vino más generoso, del que más alegra y más conforta el corazón del hombre, del vino de la esperanza, y bebamos a la salud de nuestro ilustre huésped mensajero, que es aquí la inteligencia, el pensamiento; a la de su esposa y de su hija, que son el símbolo amable del corazón; al mayor fulgor de las estrellas de su patria, nuestra gloriosa amiga; a la realización, en el continente americano y en el mundo, de sus generosos ideales de paz, de fraternidad y de justicia.

CENTENARIO DE CHILE

En la inauguración del Palacio de Bellas Artes de Santiago

(21 DE SETIEMBRE DE 1910)

Excmos. Señores;

Señoras, Señores:

Una amable invitación del señor Ministro de Relaciones Exteriores es la que me hace aparecer, no sé si extemporáneamente, pero sí fuera de programa, como lo véis, en esta tribuna, y tengo que deciros por qué no he podido menos de aceptar agradecido la invitación. Yo he visto en ella, por supuesto, ante todo y sobre todo, un honor que se dispensaba al representante del Uruguay en el Centenario de Chile, pues ese carácter, inseparable de mi persona, es superior a mi persona, superior a ella; pero, si no soy víctima de una ilusión, yo he visto en aquella también otra cosa, que me alegra y me conforta. Este compás de espera o precioso cuarto de hora,

oportuno o inoportuno, que con tanta bondad me ha reservado. para que no me vaya sin deciros algo de viva voz, me permite creer, señores, que, como yo lo esperaba, no soy en Chile un desconocido, sino que mi palabra, aún antes de articulada, tiene amable acogida en vuestro oído hospitalario.

Pues bien, señores: ese triunfo previo y gratuito que me concedéis, no sólo alegra mi corazón porque halla aquí un tesoro antiguo que esperaba encontrar, sino que confirma y ratifica el verdadero título, el principal, cuando menos, que me ha hecho alcanzar y merecer la ventura de ser portador del mensaje de afecto que el Uruguay, mi buena tierra querida, os envía en vuestra conmemoración centenaria. Si yo fuí uno de los preferidos para mensajero, señores, no fué ciertamente porque en mí concurrieran aptitudes, merecimientos o posiciones descollantes que no tengo; fué sólo, (yo lo pienso así cuando menos) porque se creyó que me daríais eso que me dais precisamente: vuestro afecto, que es todo lo que en mí vale y pesa; fué por qué, vinculado como estoy a esta amable tierra por recuerdos indelebles, se creyó que, al influjo de estas montañas que vuelvo a ver conmovido tras largos años, habitadas por espíritus, visibles sólo para mí, que han salido a mi encuentro

de todas las cosas llenas de memorias, que formarían en mi voz palabras vivas y penetrantes; el gobierno del Uruguay ha querido daros una prueba de su afecto enviándoos en mi, no lo mejor para él ciertamente, sino lo que creyó podría ser mejor para vosotros... nó, no mejor propiamente... pero... ¿cómo lo diré? lo que creyó más conducente a que las expresiones de amistad sincera escritas en las cartas credenciales que ayer hemos puesto en vuestras manos, Señor Presidente de la República, no queden sólo en los archivos de vuestra Cancillería, sino que, libres de la prisión venerable de su forma protocolar, transfiguradas y ágiles, atrevidas iba a decir, penetren amables en vuestras almas, señores, en las vuestras muy especialmente, oh señoras que sois el encanto de esta fiesta y le imprimís un carácter diferencial; cobren toda la posible intensidad; asalten y conquisten corazones, y regresen con ellos, con corazones chilenos voluntariamente cautivos, al centro del alma uruguaya de que ellos proceden.

He ahí, señores, por qué yo no he podido menos de aceptar del señor Ministro de Relaciones de Chile, esta ocasión que me ha ofrecido de llenar mi misión conquistadora; de deciros, en forma imaginativa y pasional, lo que mis papeles dicen en la consagrada por los usos diplomáti-

cos: que el Uruguay siente una gran predilección por vuestra tierra; que cree escuchar en su historia, como si fuera en la circulación de la propia sangre, una recóndita armonía entre sus destinos y los de este pueblo generoso y fuerte; que anhela su amistad al ofrecerle la suya; que se alegra de su gloria; que nada puede serle más grato, por lo tanto, que unir su voz al grande acorde del mundo entero, que envuelve en estos días de sol primaveral vuestra bandera en una larga aclamación de respeto, de admiración y de afecto.

¡Doble placer, señores, el de amar y admirar en un acto solo de nuestra vida afectiva! Que bien sabemos cómo puede amarse sin admirar, y cómo es posible también admirar sin amar...

. . . . . .

Con solo haberos dicho eso, señores, yo pudiera, y no sé si debiera dar por terminado mi discurso; recoger ese aplauso tan lleno de benevolencia que me dáis, y bajar con él, como con un tesoro de esta tribuna, para volverme a mi tierra, cumplida mi misión, con el ánimo contento, y con las manos llenas. ¿Qué más que algunas palabras habitadas por un espíritu armonioso pueden caber sin desentono en este palacio de Bellas Artes que inauguramos, y en el que todo es ritmo y luminosa armonía? ¿Qué más en el

tiempo de que puedo disponer sin imprudencia?

. . . . . .

Si no es una ilusión, sin embargo, el contacto que creo sentir entre nuestros espíritus, señores, yo no quiero confiar la permanencia de mi recuerdo entre vosotros al solo cuidado de una frase musical afectiva; invoco el pensamiento, y veo brotar el oportuno del carácter mismo de estas fiestas: de las oraciones nacionales elevadas en vuestros templos; de los altares cívicos de bronce y mármol erigidos en vuestras plazas; del marcial desfile de uniformes y banderas que han llenado vuestras calles; pero, sobre todo, de estas brillantes embajadas extranjeras, de este conjunto de pueblos amigos, entre los que figura el mío, que, atraídos por los colores de vuestro pabellón y el resplandor de vuestra estrella, convergen a este extremo de la tierra desde los cuatro puntos cardinales del horizonte.

Nada más intenso que pensar en el significado de mi presencia aquí, como parte integrante de esa gloriosa banda migratoria que se ha posado en vuestros valles, señores; nada para mí que pueda sugerir, con más expresión, reflexiones adaptadas a este momento de parabienes. ¿Soy yo, representante del Uruguay, la misma cosa, idéntica, a la representada por esos ilustres mensajeros de Francia, de

Alemania, de Italia, de Rusia, de ese remoto Japón, que, hoy más que nunca, puede llamarse la región de maravillas?

Yo estoy obligado a decir que sí, señores, y lo digo con verdad: todos somos indistintamente los cordiales amigos de Chile; todos, indistintamente, los miembros de la gran familia humana internacional, formada de seres de la misma especie, semejantes, es decir, capaces de amor recíproco, la sola ley fecunda y que sólo entre semejantes se concibe. Pero yo veo aquí a ese primer magistrado de la República Argentina, que, con el vuestro, nos preside; me encuentro con los ojos de esos otros enviados de las repúblicas hispano-americanas que parecen anticiparse a mi palabra, y penetrarla instantaneamente como si saliera de sus bocas; miro especialmente con grande intensidad, a ese embajador de España, con quien ayer yo cruzaba la cordillera de los Andes, y un recuerdo amable se enciende en mi memoria. Yo he invocado en alguna otra ocasión ese recuerdo; pero de tal manera me parece hecho para este día, para esta hora, que no puedo menos de llamarlo de nuevo a iluminar mi pensamiento y mi palabra; es el recuerdo de aquel 12 de Octubre de 1892, en que, como hoy en tierra chilena, muchos representantes de pueblos remotos estábamos reunidos en

una tierra extranjera... ¡Extranjera! Vosotros me diréis, señores, si era aquella una de tantas tierras extrañas para los que allí nos encontrábamos. Estábamos en España; pero en un pedazo de suelo hispánico que los americanos no podemos confundir con región alguna del planeta: estábamos junto al Convento de la Rábida; frente al puerto de Palos de Moguer; celebrábamos el cuarto centenario del Descubrimiento de América, y los allí reunidos éramos los representantes todos de las repúblicas americanas que rodeábamos a España. Comparad, señores, aquella asamblea internacional con esta de naciones amigas; ambas son igualmente sinceras y cordiales, no cabe la menor duda; pero... "Los americanos serán en España tan extranjeros cuanto ellos quieran serlo" oí yo entonces decir a Cánovas del Castillo en un momento de grande expansión. Había mucho de verdad, señores, en lo que decía aquel insigne y buen español, Presidente entonces del Gobierno de la Regencia. ¡Mucho de verdad!

Yo quisiera reproduciros el cuadro, señores, que os aseguro era conmovedor. Lo he descrito alguna otra vez... pero no importa... Allí estaba el monasterio, el verdadero monasterio de la Rábida, cuyo solo nombre produce un escalofrío en

nuestra carne; allí la cruz de hierro, la misma en cuya escalinata de piedra se sentó el niño Fernando Colón, mientras el viejo caminante, que lo traía de la mano, fué a golpear la puerta del convento a pedir agua; no muy lejos de allí, sobre la barranca plomiza, blanqueaba el puerto de Palos; en la corriente de la *Barra del Saltés,* reverberaba el sol, y en la estela de oro, ante nuestros ojos, como tres aparecidas, resucitadas por el arte, flotaban las fabulosas carabelas, las tres, la *Santa María,* la *Pinta* y la *Niña,* en cuyo mástil se agitaba la cruz roja en campo blanco, vieja enseña de Castilla y de León.

Y no era eso, para nosotros al menos, lo más conmovedor de aquel cuadro, inolvidable, señores. En torno del Convento de la Rábida, la España del otro lado del Atlántico había enarbolado en altos mástiles, como saetas dirigidas al corazón de la de este lado, a nuestro corazones; todas y cada una de las banderas de nuestras nuevas patrias americanas: el vuestro con su estrella de plata, el mío con su sol de oro, el de todos los hermanos. Aquellas banderas, mezcladas a la española de oro y fuego, nos miraban desde el aire, con sus colores, llenos de memorias; nos hacían señas expresivas con el viento; parecían pájaros mensajeros que acababan de posarse allí, después de cruzar el Atlántico en sen-

tido inverso al de las carabelas. Y allí en coro con el mar y con el sol, cantaban la triunfante sinfonía.

Tocóme a mí precisamente, (¿cómo no recordarlo en este momento con alegría, señores; aunque me notéis de cardorosa vanagloria?) tocóme a mí, dar voz a aquellas banderas, articulando las palabras que decían a la española, y recibir también y devolverles el abrazo que para nosotros llevaban; las besé a todas, una por una, con mi palabra y con mis ojos: al tricolor mejicano; al grupo de las hermanas centroamericanas; al otro grupo de las boreales del Sud, Ecuador, Colombia, Venezuela; al rojo y blanco del Perú, al rojo auriverde boliviano. Con la misma pasión con que hoy lo hago entre vosotros, saludé entonces esa vuestra estrella de plata solitaria en su cielo azul... ¡si la hubiérais visto allí...! Y al blanco y celeste de nuestra hermana la República Argentina, y al tricolor paraguayo... Y, por fin, con un nudo en la garganta, con una lágrima en los ojos, como podéis imaginaros, con ansia de doblarme en las rodillas, yo saludé a mi señora, a esa bandera bicolor de mi patria, de vuestro buen amigo el Uruguay, que hoy, abrazada con la vuestra, parece fundir en solo un resplandor su sol con vuestra estrella, como si fuesen, ¡y sí, lo son! dos estrellas o dos soles.

La idea que de todo aquello se desprendía era una, no podía ser más de una; estaba en nuestras entrañas; cualquiera que le hubiera dado forma hubiera tenido la unánime acogida que obtuvieron entonces mis palabras, al rendir a España el tributo de justicia secular que le ofrecían los que en ella y por ella se sentían hermanos, protegidos de uno de los arcángeles: del que vela por una de las estirpes, y preside sus destinos.

Es con esa idea, señores, con la que yo quisiera animar este mi discurso, para que lo esté de un raciocinio, y no sólo de una imagen rítmica; de ese recuerdo fluye la contestación a mi pregunta inicial: soy yo, representante de uno de los pueblos hispanoamericanos, de una de las jóvenes naciones apenas centenarias, la misma cosa, idéntica, a esos enviados bienvenidos de los grandes pueblos que, de siglos atrás, nos precedieron en la vida?

Lo somos, no cabe duda, y queremos serlo, y nos ufanamos de serlo, en cuanto constituímos la gran familia humana civilizada, que, en las glorias del pasado y en las felicitaciones recíprocas, busca acercarse al ideal de una sola Patria internacional o Sociedad de personas colectivas naturales que es el anhelo del mundo, ansioso de felicidad en la paz. Todos nos sentimos igualmente

unidos a Chile por ese lazo venerable, indestructible.

Pero además de ese vínculo, sin menoscabo alguno de su virtud, de tal manera nos sentimos vinculados por el otro, por el que nos unió en España y con España, en el Monasterio de la Rábida, que a veces experimentamos una impresión especial... Yo, cuando menos, la experimento, y la creo compartida por mis hermanos ... ¿No es verdad, señores, que hay momentos, en estos días de alegrías y entusiasmos, en que, más aún que agentes o sujetos del homenaje que se rinde a Chile, nos parece ser objeto, a la par de Chile, del que a este rinden los grandes pueblos de otros continentes? Chile, a su vez, estoy seguro, lo comparte con nosotros sin reservas; siente que también es nuestro, de toda la familia que se reunió en la Rábida. Yo veo efectivamente, señores, bajo este cielo esplendente de los Andes, flotar el mismo arcángel que invoqué a las puertas del Monasterio; es él, lo reconozco en el brillo los ojos, en el vigor de las alas creadas para salvar montañas; es el que por el mismo camino por que condujo ayer a los representantes de América, a celebrar en España el Centenario del Descubrimiento, conduce hoy a ese Embajador de España a celebrar con nosotros el centenario de Chile, el de su gloriosa independencia, en la

que, como en la de todos los estados hispanoamericanos, sólo vemos la toma de posesión de una generosa herencia, de toda ella, de la tradición inclusive, de la sangre, de la estirpe.

Y también España, ha de sentir a veces, no puede menos, lo que nosotros: también ella se cree objeto del homenaje que reciben sus hijos; del que ahora recoge uno de ellos, uno de los predilectos: este hijo bien nacido, que tanto ha honrado el nombre de la madre antigua, y renovado su sangre, y custodiado su lengua, y enaltecido su genio.

Un temor o escrúpulo, o como querais llamarle, me asalta en este momento, señores; me lo sugiere el recordar que yo no he venido aquí a recibir homenajes, sino a tributarlos; que no he sido enviado a recoger, como hispanoamericano, el homenaje del mundo a la estirpe hispánica, sino a ofrecer, como uruguayo, el que a Chile debemos todos, conquistado en buena lid; a recordar y reconocer y celebrar, con júbilo entusiasta, las glorias privativas de uno de los hermanos, las vuestras inconfundibles, señor presidente de Chile, las que cimenta en granito vuestro proverbial patriotismo, oh los hijos y las hijas de esta tierra amada de las glorias y de las gracias... Desecho, sin embargo, el importuno escrúpulo. Un recuer-

do del día de la Rábida, de aquel día de generoso sol, lejos de menoscabar, vigoriza y da expresión e intimidad al tributo de que soy portador e intérprete. Existe la solemne gradación, que es la armonía providencial; el sentimiento de Patria vive, permanece, en el de nacionalidad; el de nacionalidad en el de estirpe; el de estirpe o raza en el de humanidad; éste, por fin, el de humanidad creada, en el de acatamiento y adoración al Dios Creador y Conservador de la humanidad, y de las razas y de los pueblos.

Es grande, señores, el homenaje que yo ofrezco a Chile al saludarlo unido a las demás naciones de la tierra, sin distinción de lengua ni continente, como a la nación soberana que ha sabido captarse el respeto y el aplauso del universo; pero acaso gana en intensidad lo que pierde en extensión, en solemnidad si queréis, el entrañable que le ofrezco con los demás miembros de la nación hispánica, como a miembro de esa gran familia; cuando le digo que ésta le rinde su especial tributo, porque ve en él, no sólo una gloria de los hombres, sino una especial de los hombres y mujeres que hablamos en esta que os estoy hablando, preciosa lengua castellana, divino instrumento de nuestro verbo interior, de nuestra vida profunda; cuando, en esa representación, que hasta me permite un tono de intimidad afectuosa, que será la

nota diferencial de mi palabra, lo ensalzo y levanto sobre el escudo, porque ofrece al mundo la prueba de la pujanza de la madre hispánica, de la madre común, para engendrar varones sanos, dignos de ser fuertes, obligados a serlo para incorporarse al concierto de los fuertes, en sentido de *fortaleza,* de virtud cardinal, tan diferente del poder del bruto; porque presenta un miembro privilegiado y predilecto del gran organismo que, unido ayer en las glorias guerreras de la independencia, debe estarlo hoy, y mañana y siempre en las pacíficas del presente y del porvenir, en que esta gran familia, la de los hombres que hablan el español, debe formar y formará siempre con honor en la caravana de los pueblos soberanos que escalan la montaña. En su cumbre, al parecer lejana, está la felicidad de la justicia, la democracia entre las personas colectivas o igualdad ante la ley; en ella los pueblos más fuertes, tienen miedo de su fuerza; rige en ella la ley de cooperación y de amor, menos imposible de lo que parece entre pueblo y pueblo, no distinta, por cierto, aunque sí superior, a la ley biológica que regula la vida orgánica; en ella todos los pueblos de la tierra sienten lo que nosotros sentimos al encontrarnos en torno del monasterio de la Rábida; en esa cumbre está la paz, la sola paz, la armonía de las almas.

A dejar en Chile esa ofrenda, sea unido a los demás pueblos del universo, sea, con más intimidad, a los de nuestra América, he venido aquí, y os la dejo, señores, con abierto corazón. No os sería del todo sincero, sin embargo, si antes de agotar el precioso tiempo de que puedo disponer, no os leyera, rápidamente, lo que aún queda en el fondo de mi alma. Yo he venido también a otra cosa: a dejar a Chile, envuelto en el recuerdo más amable posible, el nombre de una tierra especialmente, el del Uruguay, su hermano, su buen amigo, cuya voz está en la mía, y que, como os decía al principio, no me eligió de mensajero por creerme el mejor, sino el más apto para dar con vuestro corazón y dejar en él mis credenciales. Y tenía razón. Nadie, efectivamente, nadie podría hacerlo con más cordialidad que este viejo amigo de la generosa tierra en que abrió los ojos a la belleza de las montañas y de las almas, al atractivo de las cumbres y de los abismos, en los albores de su ya lejana adolescencia.

Y es por eso por lo que también dije al principio y ahora vuelvo a decirlo, que sois vosotras, señoras, las que constituís la esencia de mi auditorio, con ser éste tan esencial: porque sois vosotras las que tenéis que recoger y os ruego que guardéis bondadosamente, mi mensaje y mis palabras de despedida. Celebrando es-

te acto en una casa magnífica, habitación de la Divina Armonía, su ambiente de belleza tolera, si ya no reclama, la frase rítmica, afinada al diapasón de la música interior, la palabra sugerente, sin más pensamiento que el que emana del sonido mismo, del absoluto, del primordial. Vuestro debe ser, pues, el postrer acorde de mi voz, señoras, para dejar mis credenciales en lugar seguro, no diré más respetable por temor a un desacato, pero sí más amable que los archivos herméticos a que vendrá la historia (si viene algún día) a despertarlos, y a beber en ellos las pasadas verdades... las futuras, mejor dicho.

En cuanto a la presente, mi verdad intensa, la que yo he traído para vosotras, señoras, no está toda escrita en documentos; es la verdad recóndita, armoniosa, sin reserva alguna, candorosa quizá, hecha para el corazón, precisamente, para vosotras, que lo sois de Chile, señoras. Y lo sois, no sólo porque entrañáis la belleza del presente, sino porque, con las virtudes, tradicionales en vuestro hogar cristiano, conserváis y custodiáis las de la vieja estirpe heroica, la belleza sustancial, eterna, la abnegación y el honor, la fé en los ideales, la fortaleza de esta Patria fuerte de que es hoy el cumplesiglos; cuyo pasado vive y perdura en vuestro amor; cuyo futuro alienta en vuestros brazos; cuya estrella nunca es más lu-

minosa que cuando se refleja en vuestros ojos. Yo en ellos la saludo, como en su cielo nativo. Yo la reverencio en vuestras almas, como en su inviolado santuario.

Como aquellos pastores arcadios que grababan los nombres queridos en los troncos de los robles sagrados, yo he querido grabar el de mi país en la corteza de este tronco secular; pero penetrando en ella lo más posible, hasta dar con el corazón del árbol, para que el tiempo no lo borre. Si lo hubiera conseguido; si alguna siquiera de mis palabras hubiera penetrado en vosotras, señoras, yo me volvería a mi tierra contento, mucho más que si dado testimonio de ciencia.

No creo, señoras, en todas las verdades que de ella fluyen; no creo demasiado en el poder ascendente, pero muy limitado, de la mente humana. Adhiero en cambio, con intención y fe sencilla, a las que suben vivas del verdadero centro de la vida, *primum vivens ultimum moriens,* que dice Claudio Bernard, *lo primero que vive lo último que muere...* Lo que no muere, digo yo para terminar, señores; lo solo que no muere: los pensamientos, las verdades del corazón; las que están encendidas en las estrellas y los soles, y mucho más allá de los soles, y más allá de las estrellas.

ANTE EL FÉRETRO DE RODÓ

Discurso pronunciado ante el pórtico de la Universidad, el 29 de febrero de 1920

Señores:

Es este el momento solemne en que la Universidad de Montevideo, después de haber recibido el cuerpo de nuestro hermano José Enrique Rodó, y de haber pasado toda la noche a su lado con el pueblo, a la luz de las antorchas y de las estrellas, va a entregároslo a vosotros, a todos y a cada uno de vosotros, al pueblo del Uruguay, para que, envuelto en la bandera de la patria, lo llevéis, formando cortejo, a su última morada, y lo dejéis en su casa de la ciudad silente: en la que viven nuestros inmortales.

El Presidente de la República, señores, presidirá nuestro cortejo; él, que, hoy más que nunca, quiere llamarse el primero entre los iguales, acompañará con nosotros esos despojos, y será su mano la que encenderá por el pueblo la lámpara que alumbrará su recuerdo en la clave del arco sepulcral.

Ni la Universidad ha querido entregar, ni el Presidente recoger con nosotros esos despojos en completo silencio, (por más que nada hubiera sido quizá tan elocuente como el que nos rodea) y ha sido a mí a quien ha cabido el honor de buscar en mí mismo sus palabras; en mí mismo, en esa región silenciosa del alma en que, según frase del propio Rodó, "se ahonda en los sentimientos humanos hasta anular toda discordia individual, y se llega a la profundidad remotísima de las afinidades y los estímulos primarios y a las honduras de la vida elemental, en donde todo habla un solo y transparente idioma, cuyo recuerdo despertará en la conciencia de los hombres, a la evocación de la armoniosa teurgia".

Al pensar, señores, respetuoso de mí mismo, en la alta representación en que os dirijo la palabra, yo quiero creer que el Presidente de la Nación, al acordarse de mí para que sea su voz, me ha delegado, por razones afectivas que me conmueven, el ejercicio de la más alta de sus atribuciones, de la que, a través de todas las modificaciones o reformas institucionales, permanece intacta en él, y le imprime su carácter: la que se refiere al cultivo de las relaciones exteriores de la nación; la que pone a ésta en contacto con aquellos que no están dentro de sus

fronteras, ni bajo la jurisdicción de sus leyes, ni bajo el imperio de sus jueces; con los hombres que generalmente suelen ser llamados *extranjeros*.

Ese hombre muerto, señores, cuyos despojos hemos seguido hasta aquí, y vamos a llevar a su sepulcro; ese, cuya sombra estamos viendo a través de los colores nacionales que envuelven su féretro, como si estuviera en las azules profundidades del mar, ése no está ya dentro de nuestras fronteras; como Ariel, el genio del aire, que fué prisionero del mago, ha sido puesto en libertad; vive en la ciudad remota, en esa región, de que él mismo nos hablaba, "en que se aspira el frescor de lo infinito, y se contempla el original de todas las cosas, y se embebe el alma en la lumbre de eternidad".

Ese ausente... ¿es entonces un *extranjero* entre nosotros?

A decir lo que todos vosotros estáis diciendo en estos momentos, señores, para contestar esa pregunta; a decirlo por mi boca, en nombre de todos y cada uno de vosotros, y, más aún, del ser orgánico vivo que vosotros constituís con él, de la nación, de la persona uruguaya, a eso ha venido el Presidente de la República: a decir que, aunque habitante de esa región desconocida en que discurren las divinas sombras coronadas,

José Enrique Rodó no es ni puede ser un extranjero para nosotros; es tan ciudadano de nuestra tierra y de nuestro tiempo como lo es de su cielo y de su eternidad. Más aún que a formar o acrecentar la gloria de Rodó, por lo tanto, el Presidente ha venido a recoger, reverente y agradecido, la que él nos envía, y que nos es necesaria.

Sí, señores; nos es necesaria. Está ya dicho, pero es preciso recordarlo ahora, que las patrias, más aún que de sus hijos vivos, se forman de sus grandes hijos muertos. "¿Qué inglés que nosotros hayamos hecho en nuestra tierra, dice Carlyle, hablando de Shakespeare, qué millón de ingleses no daríamos antes que desprendernos de ese rústico de la aldea de Stratford?... Si se nos llegase a preguntar ¿queréis abandonar vuestro imperio de la India o vuestro Shakespeare? ¿Preferiríais no haber tenido nunca un imperio de la India o no haber tenido un Shakespeare?... Con o sin imperio de la India, nosotros no podemos prescindir de nuestro Shakespeare. El imperio de la India se irá de todos modos cualquier día; pero este Shakespeare no se va; permanecerá siempre con nosotros."

Los uruguayos, señores, no podremos ya pasarnos sin nuestro Rodó; cuando él nació, cre-

ció enormemente nuestra población; él permanecerá siempre con nosotros; ni él ni nuestra tierra podrán ya desaparecer, mientras haya hombres en el planeta que hablen en lengua castellana.

¿Qué es? ¿Qué fué? ¿Qué obra hizo ese hombre para que así lo levantemos en alto?

No es este el momento, señores, de las biografías ni de los juicios críticos. Al citar el nombre orbital de Shakespeare, yo no he querido adelantarme al porvenir; y estoy viviendo y quiero vivir sólo en el presente. Rodó, para nosotros, es, en este momento, *un hecho,* un hecho que esplende a la luz de este glorioso día de sol, y que no puede negarse sin negar al mismo sol. ¿Quién no siente, en efecto, esa sonante aclamación al nombre de Rodó, y al de su patria, que nos llega de los cuatro vientos del espíritu humano? No podríamos, sin arrebatar al celoso tiempo sus derechos, afirmar que no cuenta nuestra América con un hombre de letras de la talla de Rodó; pero sí podemos afirmar, porque está a la vista, que jamás una aclamación semejante a la que estamos oyendo se ha levantado en torno de la memoria de un hombre americano. Ese hombre, señores, es ya dueño del espa-

cio. Todo hace creer firmemente que lo será también del tiempo, y debemos ser nosotros los que primero lo creamos.

Junto con los ruidos del mar, cuando Rodó regresaba a su patria callado para siempre, nos ha llegado ese acorde universal de las humanas lenguas, que aun resuena en el viento, y recorre el mundo en sus ráfagas sonoras.

Nuestro noble embajador, el fiel conductor de sus despojos, nos contaba ayer cómo Italia, la generosa Italia, despidió a nuestro muerto en italiano, cubriéndolo de flores; Gabriel Hanotaux, intérprete del alma fortísima de Francia, apóstol de su fraternidad con América, lo saludó en francés, al sentirlo pasar por el océano; el hermano Brasil, concentrado en Río de Janeiro, lo ha aclamado en portugués...; nosotros, señores, nosotros lo llamamos, lo estamos llamando en castellano... pero con nuestro acento inconfundible, con el de uno de los de la gran familia hispánica esparcida por el mundo, con el mismo, que él no puede confundir entre millares, con que lo llamaba su madre, y en que le enseñó el nombre de Dios; con el mismo en que cambió sus primeras impresiones con los amigos de la infancia, y habló con la expresiva naturaleza que lo rodeaba, con el cielo, con los

pájaros nativos, con las verdes colinas melodiosas de nuestra tierra. Y esa, esa lengua en que lo estamos llamando, esa fué la materia prima con que él construyó su obra, el maravilloso instrumento en que hizo vibrar las armonías de su luminoso espíritu.

Porque es eso, señores, las armonías de las palabras que habló, lo que constituye la quintaesencia quizá de esa gloria que estamos recogiendo. Rodó fué el vidente de sí mismo y el pensador intenso que todos reconocen; fué el anhelante apóstol de las armonías morales fundadas en amor; fué, para las juventudes, sobre todo, para las de la familia americana en particular, el ejemplar maestro de los idealismos y las abnegaciones y las caridades; pero fué, ante todo y sobre todo, y más que todo, el artífice inimitable de su verbo; él enriqueció nuestra lengua castellana, no propiamente con nuevas voces, pero con una nueva voz; en la suya, en su voz personal, se formaron sonoridades no escuchadas aún, nuevos ritmos de la prosa castellana, que brotaban de su esencia, como nuevas revelaciones de sus tesoros y de su vida perdurable.

No es ahora el momento, señores, de penetrar demasiado en la sutil distinción entre la forma

y la sustancia; en si es o no es exacta aquella interesante doctrina filosófica según la cual "*sustancia*" es aquello de que una cosa está hecha, y *forma* es la cosa misma con exclusión de la sustancia; pero, para precisar mi concepto sobre la quintaesencia de la gloria de Rodó, podemos recordar la profunda frase de Montaigne: "Homero, dice el pensador francés, Platón, Virgilio, Horacio, el mismo Moisés, considerado como escritor, no exceden a otros publicistas sino en sus locuciones y sus imágenes."

Rodó, señores, como cincelador de su verbo, ha sido el representante más genuino de la dignidad de las letras; de esa función del alma que podríamos llamar *reproducción espiritual,* ley recóndita de las grandes almas, mezcla de supremo egoísmo y de abnegación suprema, en que el hombre se ama a si mismo en su propio verbo, y se reparte a sus hermanos, convertido en pan del alma. Es esa, señores, la operación que más enaltece a la humana criatura, porque es la que más nos hace ver en su frente el sello del Creador, la que más acerca al hombre a la divina esencia según el sublime dogma cristiano; a ese Dios Uno y Múltiple que se ve y se ama a sí mismo en su propio Verbo, y se envuelve

en las formas perfectas para redimir los mundos.

Él, ese nuestro pensador dormido, se miró y se oyó a sí propio con suprema intensidad; incineró su espíritu hasta encontrar, en las cenizas ardientes, la palabra esperada, la que brota de la esencia misma de la idea, y es la sustancia musical de que está formado el pensamiento. La palabra, señores, materia prima del arte literario, el soberano entre las artes, se forja y se lamina como el oro, se pule como el diamante, se hace sonar como el más noble y expresivo de los instrumentos musicales, en que puede resonar el aliento humano. Y esa es la causa, señores, por qué los compatriotas de Rodó recogemos su gloria como gloria propia, y como esperanza, y como estímulo de nuestra misión entre los pueblos: porque esa palabra, materia prima de ese artífice muerto, fué nuestra palabra; es ésta, nuestro verbo, nuestra propia sustancia la que, forjada, laminada y hecha instrumento de belleza y de amor entre los hombres, es, en estos momentos, núcleo de conglomeración de millones de almas generosas, que se sienten tanto más hermanas cuanto más se reconocen en la palabra y en el acento del escritor uruguayo que glorifican como cosa propia, sin reserva alguna. Es esa palabra,

por consiguiente, la que puede hacernos concebir la esperanza, no sé si debo llamarla ilusión, de que esta nuestra patria de Rodó, bien puede tener como misión, según lo proclamó nuestro Presidente Brum, en ocasión solemne, la de contribuir eficazmente a la consecución del común ideal de paz democrática en el mundo, en América sobre todo; a la conglomeración, por la belleza y el amor, de la gran familia americana primero; de la latina, de la romana mejor dicho, después; de la humanidad, por fin, de toda la familia humana.

Yo creo firmemente, señores, que, en este anhelo mío de reclamar, en nombre del Presidente de la Nación y de la Universidad de Montevideo, la gloria de Rodó para su patria uruguaya, rindo a nuestro hermano muerto el homenaje en la tierra que puede ser más grato a su sombra. La gloria humana, señores, los triunfos, las aclamaciones que hieren nuestros oídos, no siempre nos dan felicidad; ellas dejan siempre en el alma de los hombres grandes un dejo de tristeza, un residuo de melancolía. La creación del genio español, que dió como supremo estímulo en la tierra al heriosmo del caballero andante el amor de Dulcinea,

es por eso la creación humana por excelencia. Para que nos sean gratos nuestros triunfos sobre la tierra, es necesario que sepamos que hay alguien a nuestro lado a quien alegramos con esos triunfos, y a cuyos pies podemos deponer nuestros laureles. Se alza en la primera juventud la imagen de la mujer amada; pero ese estímulo de gloria pasa con la juventud y sus fugaces ilusiones. La patria, en cambio, señores, ella no pasa; ella es lo solo que tiene algo de eternidad en el tiempo; ella nos espera, nos estimula con su mirada luminosa, nos dice que son suyos los laureles nuestros, y que ella los recibirá siempre con alegría en sus dos manos, mirándonos a los ojos.

La ciencia no tiene patria, decían un día a Pasteur, el genio francés del siglo que pasó, el navegante en una gota de agua, el vidente explorador del mundo infinitamente pequeño.

Nó, la ciencia no tiene patria, contestaba él; pero los sabios sí.

El arte de nuestro Rodó no tuvo, no tiene patria; pero Rodó sí la tuvo. Él amó la suya, la nuestra, con amor supremo y exclusivo; ella fué el estímulo de aquel hombre, especie de anacoreta pensativo, que, si excluímos el amor a su anciana madre, que fué para él como una er-

mita sagrada de refugio y la amada a quien consagra sus últimas ternuras, no tuvo otros estímulos en su vida sobria y solitaria. Será del mundo entero, señores, del mundo que habla castellano sobre todo, el hondo pensamiento y la forma primorosa e intangible en que Rodó cinceló su pensamiento; pero su corazón, todo su corazón, toda su gloria, será siempre de su patria.

No le rendiría, nó, no le rendiría mi tributo completo, si, en las palabras mías que pronuncio al lado de su cuerpo inerte, no se sintiera el vibrar también de un corazón. Amar y admirar al mismo tiempo, es un doble placer del alma humana. Porque se puede amar sin admirar, y también se admira sin amar. Yo, señores, que he amado y admirado al mismo tiempo a ese hermano glorioso ya callado para siempre, no puedo limitarme a traeros el eco sólo de mi admiración. No importa que hable en este sitio en nombre y representación del Presidente de la República, mi amigo, a quien también he dado mi afecto desde los años de su juventud no muy distante; también él tiene en el pecho un corazón, y en éste, como supremo estímulo, el amor sagrado de la patria. Si él hubiera creí-

do que su intérprete en este momento debía ser una entidad meramente protocolar, es decir, inexpresiva, él no hubiera pensado en mí para discernirme el honor de su representación; él sabe que, entre las muchas cosas que yo ignoro, desgraciadamente, está la de ser inexpresivo.

Yo evoco, pues, no sólo con admiración sino con ternura, el recuerdo de ese Rodó que se nos ha muerto... ¡Se nos ha muerto cuando tánto esperábamos de él!

Así como hay hombres que no necesitan aguardar a que caiga la noche para haber terminado su jornada, así hay otros a quienes anochece en la mitad del día... A nuestro Rodó le ha anochecido en la mitad del día... ¡en la mitad del día!

¡Quedaba tánto, señores, en ese fuerte cerebro que ya no vibra, y en ese corazón que ya no late! Yo quiero poner el oído en él, y me parece percibir la vibración de algo de lo mucho que ahí existía y que no nació: la semblanza de nuestro Artigas, que él me anunció una vez, que había soñado como compañera inseparable de la de Bolívar, es el primer acorde muerto que oigo sonar como una queja; estaba ya formada, resonaba triunfante en aquel claustro,

ya cerrado para siempre. Era el grande homenaje a la patria concentrada en su fundador, a quien él amaba y reverenciaba entre todos los héroes... ¡No pudo ser! ¡No se oye!

Evoquemos también, señores, para dar un objeto sensible a nuestro doloroso recuerdo, evoquemos el de su persona, que, en este momento, pasa silenciosa entre nosotros. Rodó era así, como lo estáis viendo en vuestra memoria. Un distraído, un taciturno, un aparecido. Los grandes hombres, los que tienen secretos que revelarnos, los videntes de sí mismos, son eso generalmente: están ausentes en todas partes... Un distraído, un silencioso... pero siempre un gentilhombre, eso sí, señores, siempre un caballero, un alma abierta a todas las noblezas verdaderas, que son sólo las virtudes: a todas las tolerancias y a todos los perdones, y a todas las caridades. Esa euritmia maravillosa que todos hallan en su pensamiento y en su estilo no era otra cosa: la revelación de las altas armonías de su alma, todo luz y todo bondad.

Si aquí cupiera el recuerdo concreto de alguna de sus horas, yo os traería, señores, el de una de las grandes de su vida de que fuí testigo: de aquella en que juntos representamos a nuestro país, y

llevamos un mensaje a nuestros hermanos chilenos, cuando ellos conmemoraban el centenario de su independencia. Bien se sentía ya desde entonces, allí como en todas partes, el alborear, en la frente de ese mi grande amigo, de la mañana de este día de definitivos resplandores. Yo puedo y debo repetir lo que yo mismo oía, lo que oían mis propios oídos, cuando, en el desfile, en medio de aquel pueblo, de otras dignas y suntuosas embajadas, pasaba la nuestra menos numerosa... — Es la embajada del Uruguay, — decían los hombres y las mujeres... ¿Cuál es Rodó? ¿Cuál es Rodó?

No era de reconocerse, en verdad, bajo la envoltura de aquel cuerpo que parecía esconderse en sí mismo; pero bien lo reconocieron, señores, bien supieron cuál era Rodó, cuando, en la tribuna de aquel parlamento, el representante del Uruguay pronunció aquella magistral oración que conocemos, y que fué la nota más alta en aquel concierto de voces americanas, todas altas y todas perdurables.

Un silencioso... un desterrado... ¡Qué poco de los goces de la vida nos pidió a nosotros aquel hombre austero, en cambio de lo que para nosotros, para su patria, construyó con sus me-

jores horas, incinerando su vida entera! Rodó tuvo más dolores y tristezas que goces y alegrías a su paso por la tierra, señores. Es que tenía que resplandecer, y, aun en la naturaleza, los cuerpos que más resplandecen son los más calcinados, los más quemados. El diamante es un carbón. Como el cirio al arder, señores, el hombre superior, el que raya en el genio sobre todo, brilla quemándose, consumiéndose, y derramando lágrimas. Rodó fué eso señores: un holocausto, una ofrenda. Se dijera que, ya de algún tiempo atrás, sentía en su carne enferma el frío del mármol de su futura estatua. Le llegó, por fin, al corazón, y allá, en tierra amiga pero remota, se quedó frío, todo frío, todo de mármol...

Y bien, ¡oh muerte, buena muerte, amiga muerte! Venimos a recoger tu obra. Pero ¿dónde está aquí tu aguijón, dónde tu victoria? como dice el libro santo.

La muerte, señores, como la noche, es la grande amiga de los astros. Sobre el fondo obscuro, en todo su esplendor, más nítida que nunca, brilla por fin la estrella de José Enrique Rodó...

¡Y todas las miradas se dirijen hacia arriba, hacia la esperanza, hacia la eterna luz!

Vamos, señores, al sepulcro, acompañando

al Presidente de la República que representa la Nación. Nuestros corazones doblarán. Nuestros oídos oirán pasar por las alturas remotísimas el verso alado de Homero: "Ven, recibe tu recompensa, y, queda exento para siempre de tu condición de mortal".

EL DISCURSO DEL MONUMENTO

Pronunciado en la inauguración del de Artigas en Montevideo. — 28 de Febrero de 1923

Ha sonado, por fin, señores, está sonando, entre las horas del tiempo, como un golpe en un escudo, la de la mañana en que tanto hemos pensado; la que anunciaron las generaciones pasadas; la que estaba reservada a la nuestra. Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de este sol. Y llenas de entusiasmo nuestras almas. *En theos,* decían los griegos, *un dios interior...*

En medio de los estrépitos, hagamos un momento de silencio, sin embargo, como esos que se forman entre dos ráfagas de viento... Os invito a hacerlo: a que entremos en nuestro interior, para oir lo que dicen las lejanías. Yo haré por que en mi mente se formen imágenes calladas; por que se formen en mi voz palabras silenciosas... Que sólo el silencio es grande; es el estado divino, el eterno. Todo ruido es pasajero; no hagamos ruido; todo gesto es movedizo; quedémonos quietos, y escuchemos...

En silencio, como lo véis, dominando los ruidos y los gestos, ha salido de entre esas banderas, que han hecho paso a su autor, al reconocerlo, ese hombre colosal de bronce, que, desde lo alto de su caballo, mira los horizontes de la patria... y más allá.

Nunca mejor que ahora pudo decirse que lo bello es el esplendor de lo verdadero, señores; nunca mejor que ahora. Ese jinete se nos ha presentado con la dignidad de las cosas naturales; no la tienen las de artificio. Su cabeza descubierta, como la de un pájaro extraño posado en un peñón o en un escollo, sigue el movimiento del sol; gira lentamente tras lo invisible hecho visión... lentamente. *A lumine motus,* dice un reloj solar. Movido por la luz... Y su brazo conduce a su caballo, puesto al paso de una multitud invisible, que va a su lado, caminando a pie. Es el camino vivo, la tierra que anda.

Hemos hecho, señores, por fin, nuestra labor; llenado la misión que nos estaba reservada; hemos levantado el grande irreprochable monumento, sobre el alto promontorio, como lo quiso Homero, a fin de que sea visto desde lejos, desde la tierra y el mar, por los hombres que hoy viven, y por los hombres futuros...

Yo os hablo en nombre de la Comisión Nacional del Centenario de Las Piedras, que recibió hace tiempo el encargo de cumplir la ley que ordenó ese monumento. Los que hemos sido, pues, vuestros obreros obedientes, señores, os entregamos vuestra obra; os la entregamos los que hemos sacado de las canteras, rompiendo las durísimas entrañas de nuestra tierra, esos pedazos de mármol destinados a la cumbre; los que hemos fundido ese bronce, y lo hemos echado en el crisol, para sacar de entre las escorias la forma divina que estaba escondida en él, y que el fuego ha revelado a la luz; los que hemos extraído, sobre todo, del fondo de nuestras entrañas, ¡oh hermanos en la patria!, de las tradiciones de nuestro país, esa verdad que, como una claridad que brota de su alma y hace transparente su envoltura, irradia de ese caballero magnífico, y que, como la forma de entre el humo y las escorias, ha brotado, desnuda y triunfante, de entre las confusiones y las contradicciones, las dudas y los quebrantos, las leyendas y los mitos; os la entregamos, por fin, los que, con palabras musicales, hemos despertado el dios interior en las entrañas del artista, a fin de que el espíritu habite siempre su obra, y jamás se retire de ese bronce dejándolo convertido en idolátrico emblema; a

fin de que él pueda siempre ser golpeado, perforado, azotado por el granizo y hasta por el rayo, sin que pierda su contorno heroico, ni se apague el fuego que circula en sus entrañas: la verdad que lo alienta, y lo sostiene, y lo hace objeto de nuestro culto cívico.

Esa verdad de Artigas está descendiendo sobre vuestras cabezas, señores; estamos ante la verdad de Artigas, ante su estrella. Es de día. Se han ido las constelaciones, y ha quedado ese resplandor sobre la colina; *el lucero* le llaman nuestros paisanos campesinos; el astro grande que vela el sueño de las tardes; el que preside las auroras, sobre todo, el solitario. Sentimos el aire fresco de la mañana, que nos da en la cara, con olor a pastos húmedos y a espinillos y a cardales en flor; llega hasta nosotros el vuelo de las torcaces, y los cantos de los horneros y de las calandrias, y los gritos del teru-tero vigilante, y las melodías no aprendidas de las guitarras, bajo la enramada, y las voces de mujeres desconocidas, que conocemos en el hablar. Y la de los niños, a la sombra de los ombúes. La naturaleza y el hombre... Es la patria alada que canta en su jaula; es la nuestra, la Patria Oriental, inconfundible y amable, que, desde el Cuareim

al Plata, del Uruguay al Atlántico, nuestras divinas rejas, siente el estremecimiento de su pujante pubertad... ¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

Como ellas y con ellas, señores, como siente la naturaleza, sintamos nosotros, sin razonarla demasiado en este momento, la verdad de Artigas. No hemos venido a preguntarle su secreto, ni a darle la razón, ni a desagraviarlo, ni a pedirle nada. Hemos venido sólo a estar con él, porque queremos estar con él para estar con nosotros mismos, para no estar solos; a vivir con él en esta hora, en que, iluminados por la estrella, sentimos la plenitud de nuestra vida.

La hemos encontrado en él, efectivamente, señores; nos vemos, por fin, a nosotros mismos, casi con sorpresa, como si nos diéramos cuenta de una cosa que sólo sabíamos de memoria. Nos sentimos el alma. Vivir la plena vida es eso, no es otra cosa: sentirse el alma. Y el alma de los pueblos es su historia, su abolengo. Hay pueblos *hijosdalgo,* de solar conocido. Leamos hoy de nuevo, a la luz de este sol de justicia, ¡oh hermanos en la Patria!, nuestra limpia ejecutoria.

Por ese Artigas, efectivamente, hemos llegado los orientales a la causa generatriz de nuestra vida colectiva, de nuestra patria uruguaya. La juzgamos grande, la más grande de todas (la sola del tamaño de nuestro corazón), porque por él podemos hacernos, sin incurrir en jactancia, la pregunta que debe proponerse todo pueblo para tener conciencia de sí mismo: ¿Ha tenido realmente mi patria una misión privativa y diferencial entre las demás? ¿Para qué ha servido? ¿Qué es lo qué ha dado y puede dar a la civilización, a la libertad y al progreso humanos? ¿Qué habría habido de menos, si ella no hubiese existido?

Preguntémonos, señores, para dar relieve a nuestra grande afirmación, preguntémonos qué habría habido de menos en el mundo, si no hubiese ocurrido la independencia democrático-republicana de América, de todo el continente. Las contestaciones, como relámpagos, acuden a la memoria desde los cuatro vientos. Hoy, precisamente, las miradas del mundo, y también las esperanzas, están puestas en América. El mundo atribulado se refugia en la democracia de que América nació. Todo lo demás parece haberse derrumbado "a su propia pesadumbre".

Pero preguntémonos en seguida qué habría

habido de menos en la independencia de América si ese Artigas no hubiese existido en la española, Artigas y su pueblo, Artigas y sus pueblos, mejor dicho, todos los que él acaudilló y animó de su espíritu, y creyeron en su palabra.

La contestación es menos perceptible, no hay duda; está menos hecha. Sólo suena con nitidez en nuestras entrañas. Pero es a eso a lo que está contestando esa estatua; a lo que seguirá contestando, si se la interroga con limpio corazón, cada vez más claro, hasta la evidencia, a medida que ese corcel de bronce vaya adelantando en la dirección que lleva, y haciendo oir el golpe de sus cascos sobre el suelo; a medida que se disipen las oscuridades, muchas de buena fé, que aún le cierran el camino...

Ese jinete no tiene prisa, como lo véis; nunca la ha tenido; no espolea su caballo; lo ha puesto al paso, al paso de la multitud invisible. Pero va seguro, impasible, en línea recta. Su misma cabalgadura parece sentir el relincho de otros caballos de bronce, que cruzan gloriosos el continente, y cuyos jinetes esperaban algo...

Lo esperaban a él, señores; lo han estado esperando hasta hoy.

Artigas es estrella de la gran constelación que

llena nuestro celeste hemisferio austral; ha llegado más tarde, porque viene de más lejos, de la región más próxima a la de *las causas o las madres*. Él es, entre sus iguales de América (y lo son todos sus héroes), el más próximo al pensamiento arquitectónico; a la fuerza creadora que imprime su sello a la revolución del mundo nuevo.

El héroe representativo de ésta, no es el gran técnico militar, el ganador de batallas, el conquistador; los ha habido muy grandes, casi divinizados por eso, en la historia universal. No lo es tampoco el sabio; los ha habido muy grandes en los otros continentes. Lo que es privativo del nuestro, su gran descubrimiento, es el de la fuerza germinal depositada por la naturaleza en el pueblo, en la multitud inspirada en sí misma, *en su divino instinto*. Aquel será el héroe de América que más se acerque a la posesión de ese secreto. Todos sus próceres, si no lo poseyeron, lo entrevieron cuando menos, y por eso son grandes y son nuestros. Pero Artigas, señores... Artigas no vió otra cosa; eso es todo Artigas: la fe en el pueblo americano, en la materia cósmica, en el *sagrado fango* con que, según Esquilo, el rebelde Prometeo modelaba las estirpes, y con que América construyó su casa propia. Y

eso es democracia; eso es la América a que hoy se refugia el mundo: la casa hecha de barro vivo, de la misma tierra, amasada con sangre y secada al sol.

Para eso vivió, señores, ese hombre Artigas; por eso murió en el silencio de que lo hemos sacado, y que es ahora aclamación; en la soledad de que lo hemos traído, y que ahora es multitud.

Ese es el hombre que creyó en el pueblo americano, cuando el pueblo era misterio; el que lo amó, y lo respetó en sus atributos esenciales, y lo vió bueno, cuando el pueblo no era amable; el que salió su fiador, cuando el pueblo americano era insolvente; el que cargó con sus deudas, y aún con sus culpas y sus oprobios, cuando el pueblo era indefenso. Todo pecado popular era pecado artiguista en aquel tiempo; todo menosprecio al pueblo, caía sobre la cabeza de ese Artigas, el solitario, el sembrador, sin doblegarla...

Místicos profetizantes llama Emerson a esos hombres que aparecen, de tiempo en tiempo, con un mensaje que revelar en lo interno de los ojos. Artigas fué uno de esos: una especie de místico profetizante; un visionario aparecido en un rincón de la tierra, como casi todos los profetas, ausentes de todas partes, menos de sí mismos.

Era muy bravo en la acción, no hay duda, fuerte, intrépido; tan despreciador de la vida propia como respetuoso de la ajena; lo que se llama un valiente, un hombre animoso. Pero no fué la fuerza del brazo, ni la del ánimo, lo que le imprimió su carácter diferencial; fué la serenidad y la firmeza, inspiradas en una fe, en una visión clarísima de libertad, que era también humildad y mansedumbre, y amor y templanza heroicos.

Héroe autóctono, primitivo, como los de Homero, como los de Ossian o del Romancero español, brotó espontáneo al influjo de la tierra y del cielo americanos. Que jamás pisó otra tierra, ni respiró otros aires. En su silueta histórica se confunden la realidad y la leyenda que dan el equilibrio marmóreo, el de la verdad y la belleza, la sola realidad. Mitad centauro americano, y mitad hidalgo español de clara estirpe y buena educación; apacentador a caballo de ganados salvajes y de hombres fieros, como los héroes de la Ilíada, hijos de diosa y domadores de caballos, llevaba desde niño, en el zurrón, la piedra que el pastor israelita recogió en el torrente; caballero de un mandato, un corcel sin patria pasó una vez a su lado, y le ofreció la grupa, para llevarlo a libertar la princesa cautiva, la desconocida, la entrevista...

No se sabe, efectivamente, señores, dónde aprendió Artigas, cuándo se le aparecieron esas palabras que todos vosotros, pues las sabéis de memoria, estáis viendo flotar, como las abejas en torno a un árbol, en torno a su cabeza pensativa.

Recordemos, sin embargo, ese maravilloso fenómeno que nos está revelando ahora la ciencia. Es un pequeño aparato, un oído, o cerebro, o corazón de hierro, con una antena atravesada en el aire. Él recoge, de entre las ondas vivas que pasan por el viento, las más afinadas a su propia misteriosa vibración; las recoge y las hace palabra, pensamiento, sustancia musical, fuerza... Eso fué Artigas en aquel tiempo: un foco vibratorio en un rincón del mundo, desconocido, ignorado; una antena atada a un corazón, y tendida a través de América, y más allá. Recogía las vibraciones ajustadas al misterioso estremecimiento de su vida, las más próximas, las más remotas, a través del tiempo, a través del espacio... Siente una vez el eco de una voz lejana, en lengua extranjera, que parece de otro mundo; es la del pueblo de Estados Unidos, la del hijo de Wáshington, que dicta su constitución admirable. Y se forman en la voz de Artigas las pala-

bras de aquellas sus *Instrucciones de* 1813, nota ajustada al grande acorde que pasa, sustancia espiritual que se funde en el potente espíritu creador, luz fija que brilla en las tinieblas que invaden los otros espíritus, iluminados sólo de relámpagos. Caducidad de los viejos injustos dominios; emancipación lisa y llana de estas colonias; república; federación o conglomeración de unidades conscientes y soberanas... Todo cuanto hoy existe y existirá. Artigas no lo aprendió; reconoció su visión interna, profunda, en la que pasaba por el viento y lo tocó en el hombro; las vió fundirse en una sola. Fueron sus *Instrucciones* la Declaratoria de Independencia que sigue en el tiempo a la de Wáshington, la primera sin retirada de la América española, la intangible.

Porque antes que la sugestión anónima, la humana que se analiza, él oía en sí mismo la otra, la divina, la de la naturaleza, que se obedece: la que nos muestra en el pueblo, en la multitud, la fuerza misteriosa de cohesión y de vida, el germen de poder y autoridad que es orden, y armonía, y la sola paz; la que nos dice que las constelaciones, aun envueltas en nubes, ven el polo mejor que las estrellas que más brillan, y que, ante la majestad del pueblo, reflejo de la Sola Majestad, se apagan todas las otras, hijas

de soberbia. Eso fué lo que dijo, a los representantes del suyo, en aquella otra frase que también estáis ahora viendo salir de su boca: "*Mi autoridad emana de vosotros, y ella cesa por vuestra presencia soberana.*"

Pero otras vibraciones, aun más altas, eran recogidas por aquella antena, dispuesta como ninguna a recibirlas: las palabras del Evangelio; las de caridad y de paz, que condenan la guerra por la guerra, y sólo la santifican y glorifican cuando es justa y defensiva. Y Artigas, sin apearse de su caballo de guerra, formó de esa vibración las palabras inconsútiles que hizo mote de su escudo, y nos legó, como nuestro santo y seña: "CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO."

Son esos los rumores lejanos, los de los principios o las causas, las alas del espíritu...

Hay un rumor, sin embargo, el del hecho heroico, que vibra en esa antena que atraviesa el aire desde el corazón de Artigas, y que resuena en él constante, apremiante, como la lluvia. Es el ruido subterráneo, cósmico, de la grande epopeya americana, que rueda a través del continente. Nadie como él, señores, nadie como él sintió la solidaridad, la fraternidad de los pueblos todos de América, porque nadie amó como él a

nuestra madre común la democracia, madre de la forma republicana, que él fué el más tenaz en proclamar; tan tenaz como Wáshington, el inmutable. Estuvo en su visión el ensueño de ser él, con los pueblos del Plata que acaudillaba, quien fuera a libertar el continente entero, la princesa cautiva; en *"arrancar de un solo golpe,* —dice en Abril de 1812,—*la cadena que mantienen los opresores del Perú."*. Es su frase. ¡Y dicha en 1812! Los que saben de historia, saben lo que eso significa.

No realizó su ensueño; estaba reservado a los otros grandes, sus amigos, para diez años después. Pero la clara luz de esa visión nos ha quedado en las palabras que dice al enarbolar en sus barcos corsarios la bandera tricolor, la de la franja diagonal, que es nuestra bandera muerta, pero que es también nuestra bandera, y puede serlo... iba a decir "y debe serlo", de la América futura: *"El pabellón tricolor verá siempre un enemigo en todo aquel que lo sea de cualquier estado americano."*

Yo os pido que os detengáis en eso. Es la fórmula del panamericanismo, como hoy se le llama, con dudosa propiedad; de esa unión de las Américas en que tanto pensamos, no contraria, por cierto, sino precursora de la familia de las

naciones, que es hoy el supremo anhelo de los pueblos desorientados.

Porque Artigas amó con predilección a los pueblos americanos, a los que se acogieron a su bandera en primer término, a los occidentales del Uruguay, a ese pueblo de Buenos Aires, el héroe anónimo que, el 25 de Mayo de 1810, tocó a rebato en la torre de su Cabildo; pero, si él repelió las agresiones del despotismo, odiando al déspota, jamás odió a pueblo alguno; los amó a todos, sin una sola excepción.

Nos dijo eso también en forma lapidaria; nos dejó su frase, no menos memorable que las otras, y que debemos recordar en sus serenidades: *"Los déspotas, no por su nación, sólo por serlo, han de ser objeto de nuestro odio."*

El odio al déspota de un pueblo, más que separarlo, lo vincula a la víctima, al mismo pueblo oprimido...

. . . . . .

Habéis hecho bien, ¡oh pueblos hermanos del universo que habéis venido a acompañarnos hoy! Habéis hecho bien en venir a compartir nuestra alegría y nuestra gloria. Los orientales os agradecemos conmovidos vuestra noble compañía; os la agradecemos envanecidos. Pero habéis hecho bien. En parte alguna podrá hablarse

de fraternidad entre los pueblos, con mayor sinceridad que al lado de ese hombre bueno. Lo fué, señores; en sus manos no hallaréis una mancha de sangre, ni una mancha de oro; no veréis en su frente una sola nube de rencor. ¡Hombre bueno! Sus pensamientos, con ser grandes, lo fueron menos que sus virtudes; antes que soldado, fué educador, maestro, padre... Vivió pobre, habiendo sido rico... murió muy pobre... lo enterraron de limosna.

Y es llegado el momento de nuestra gratitud, hermanos en la Patria; llegado el de nuestra esperanza. Artigas amó a los pueblos, a todos los pueblos; a los americanos, en los que él veía una sola familia, con predilección. Pero entre todos ellos, entre todos los del mundo, nos amó a nosotros; nos amó con pasión, y... ¿me permiteréis la palabra? nos quiso con ternura. ¡La patria de los orientales, el patrimonio de los orientales, el genio, el honor de los orientales!... Eso decía...

¡Los orientales! ¿Y qué era eso entonces, señores, qué era eso, los orientales, el pueblo oriental? Nada material; un espíritu, lo más próximo a *una causa*... nada: sesenta o setenta mil habitadores de una tierra casi virgen, de una tierra suplicante... *la vaquería*; un puñado de indi-

gentes, de fantasmas, de hombres futuros y de mujeres, que iba tras él a la luz de las estrellas; un grupo de desgraciados sin amparo, llenos de lodo y de sangre, que, con el arca de la alianza a cuestas, va marcando su paso por el desierto, con las cruces bajo las cuales quedan los hombres, las mujeres y los niños que no pueden seguir, los rezagados para siempre; un puñado de soldados desnudos, destinados a la muerte, y que se juzgan inmortales, sin embargo, porque Artigas va con ellos.

¡Era en eso en lo que Artigas tenía puesta su fe, toda su fe, todo su amor: el pueblo oriental, el pueblo escogido!

¡Qué sería si os viera hoy a voostros, oh hermanos en la Patria, aquí, al pie de su caballo, siguiéndolo todavía en el éxodo, en busca de la tierra prometida: la libertad y el amor en la Democracia y por la Democracia! La tierra prometida es siempre aquella en que no se está...

Yo veo en este momento, señores, a ese pueblo oriental de ayer, a este pueblo oriental de hoy, proyectados en el porvenir: es el pueblo oriental de mañana. Son treinta o cuarenta millones de uruguayos que, en este mismo territorio, con menos densidad que Bélgica, con mucho menos, dentro de un siglo, cuando un hombre

sea tan fuerte como un millón de hombres, vendrán aquí a aclamar al profeta, a aclamaros a vosotros, que habéis creído en él; a creer con él y con vosotros, en la Patria inmortal.

¡Profetiza, hijo del hombre, dice Jehova, al vidente inspirado de Israel!

Yo los veo, señores, los veo reflejados en esos ojos de Artigas, azules, y grandes y serenos como el mar, celebrando este día, este 28 de febrero, ya dos veces memorable. Él los vió y los ve mejor que nosotros mismos. Miremos en esos ojos... Es esto lo más intenso que tengo que deciros, como si la mano de Jehová hubiera estado sobre mí. Sólo para esto es bueno que haya interrumpido el silencio en esta hora: para recimentar, en lo más profundo de la tierra, vuestra fe. Creed en la patria que ese hombre nos ha dejado en patrimonio, ¡oh mis hermanos coherederos! No la hay más grande en el universo. "Síganme los que quieran, en la seguridad de que yo jamás cederé.". Eso dijo Artigas, y está diciendo esa estatua...

Yo venero a mis hermanos del pasado, a los del éxodo, a los de los combates perdidos, a los que murieron por la patria; yo os saludo a vosotros, ¡oh hermanos del presente! que habéis cumplido con vuestro deber, y que estáis dispues-

tos a seguir al Patriarca, como lo siguieron vuestros padres; yo os cito a vosotros, ¡oh hermanos del porvenir!, os cito a que, al pie de este monumento, os congreguéis en los futuros siglos, a conservar y venerar el patrimonio indivisible, inconsútil, que os trasmitimos. Nosotros estaremos con vosotros, desde la luz de los planetas; nosotros y nuestro viejo Artigas; nosotros, y esos que lo siguen en el Éxodo, vivos o muertos.

Se me ha llamado candoroso alguna vez, señores... ¡Candoroso!... Bello predicado. Lo soy, y lo he sido. Soy el viejo rapsoda que recitaba al pueblo griego los poemas homéricos mediante el salario de un cordero. La gloria es la tradición, la permanencia del yo nacional a través del tiempo. La tradición es la conversación de un viejo con un niño a la sombra de un árbol... Estamos a la del que tiene cien años; estamos a la sombra. Sigo a mi dios interior... entusiasmo... *en theos*. Todos lo tenéis en vuestras entrañas, señores, todos, el dios desconocido. Sólo Dios lo llena todo, y lo compenetra, y lo sostiene. Yo no os diría la verdad, toda mi verdad, que os debo en esta hora de sol, si no os dijera que es eso lo que está vibrando en mi alma, en mi silencio, en las lejanías a que os he conducido; en las infinitas lejanías: mi acción

de gracias a Dios, porque me ha permitido ver llegar este día, que he esperado la vida entera; toda ella, lo mejor de mis horas y de mi sangre está fundido en ese bronce sacro, y quisiera ahora resonar, como bronce, en las palabras de mi boca.

Los cielos cantan. Canta la naturaleza, y suena el canto en las alturas, entre las viejas constelaciones navegantes: Gloria a Dios en ellas, en todas las alturas: en el cielo, en la tierra, en los abismos. Y en ese monumento en que, porque resplandece su presencia, su poder y su designio, veremos siempre el paladión y prudente fortaleza de la patria que aclamamos; en ese que dejamos ahí, como lo quiso Homero: sobre el alto promontorio, en la cumbre de la colina. Será visto desde lejos, desde la tierra y el mar, por los hombres que hoy viven y por los hombres futuros.

Y en él lo seremos nosotros, el pueblo del Uruguay, visto, al fin, por sus iguales, tal cual lo vió en sus visiones el constructor heroico: *contento,* es decir, *contenido;* contento con su generoso patrimonio de tierra y sol; con ser el depositario, para sí y para todos cuantos lo reclamen como propio, de ese mote del viejo escudo, CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO,

que es dignidad y justicia, serenidad, amor... amor, sobre todo, la sola fuerza creadora y conservadora de los orbes y de los pueblos, la sola reguladora del ritmo del universo y sus divinas armonías: CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO.

CENTENARIO DE 1825

Discurso pronunciado al recibir un testimonio nacional de aprecio, en Montevideo, el 23 de Agosto de 1925.

Todo permanece y todo se transforma, señores... señoras... todo se mueve y todo está inmóvil en esto que ahora veo, y oigo, con relación a lo que he estado viendo y oyendo imaginativamente en las horas que han precedido a la actual, en que debo contestar alguna cosa a vuestra aclamación conmovedora, desde este sitio a que me habéis traído, no sé por dónde... No por prevista es ella menos angustiosa para mí, por cierto; no por prevista y meditada. He estado pensando en ella, como debéis presumirlo, en esta hora que está sonando en mi vida, y que he visto adelantarse hacia mí, mientras sentía movimientos afectivos múltiples y complejos: sobresalto, alegría, gratitud, agitada expectativa... ¡qué se yo!... hasta nublados de tristeza... Sí, señores;

165986

cuando he pensado en esta hora, he sentido también un poco de tristeza, de melancolía, sin saber por qué. Entretanto, la hora llegada, acabo de oir decir algo de lo que presentía, mucho de lo que nunca me atreví a esperar, y tengo que ajustar las palabras que ahora encuentre para vosotros a alguno de aquellos diapasones interiores que sonaron en mi soledad.

Parecería natural que fuera el de la gratitud; pero no es así. Nó, no es ese el sonido que oigo subir hasta mi voz como nota dominante de mi acorde interior. Estoy pensando más bien, con algún sobresalto, en que lo que imprime su sello a este inaudito homenaje de que soy objeto visible, lo que lo distingue de todos sus análogos, si los tiene, es una cosa: homenajes como este se tributan generalmente a los muertos. Y yo no soy un muerto, señores; lo estáis ofreciendo a un vivo, y a un vivo que, hoy más que nunca, quiere serlo, siente que la vida vale la pena de ser vivida, y que aun tiene algo que hacer en ella, y algo que decir.

A ese diapasón, pues, al de la alegría de vivir, al de la fe en la gran reserva de bondad que hay en los hombres y los hace amables, ha de acordarse mi palabra, no del todo improvisada, por supuesto, pero inconclusa hasta ahora en mi pen-

samiento, no ajustada todavía a un pentagrama musical, pendiente de la atracción de un futuro acorde...

Os doy con esto algo como una sensación de desahogo, me parece; un descargo de conciencia, iba a decir.

¿No es verdad, señores... decídmelo sobre todo vosotras, señoras, no es verdad que ha pasado por vuestro corazón, que está pasando acaso por él, la idea caritativa de que estáis sometiendo el mío a una prueba superior a la fuerza de sus resortes de carne, y que habéis temido por ellos?

Pues bien, no lo temáis; yo os agradezco ese testimonio de afecto, casi de ternura, que creo sentir en torno mío; pero quiero apresurarme a desvanecerlo. No sé si hay alguna palidez en mi cara; si algo de quebranto se percibe en el timbre de mi voz que conocéis; pero os aseguro que me siento fuerte en vuestra presencia, con formar, como formáis, un conjunto impresionante. Lo sois por lo innumerable; pero mucho más por lo numerable o calificable, por lo que sois y significáis todos y cada uno de vosotros, señores...

Vuestra concurrencia aquí, señor Presidente de la República, que no solo por ser el representante de la nación, sino porque sois José Serrato, mi

buen amigo, cuyo nombre quedará entre los de los varones ilustres de nuestra tierra; la presencia a mi lado del arzobispo de Montevideo, mi prelado, mi buen amigo también, que me lleva la serenidad y la alegría hasta lo más hondo y silencioso de la conciencia; la adhesión expresa y expresiva que, por sus órganos elocuentes nos ha enviado la Representación Nacional que dicta las leyes, y la del Consejo de Administración que comparte con el Presidente el gobierno del Estado, y la de la que administra justicia, y el ejército y la marina, y los núcleos todos, políticos, intelectuales, sociales, juveniles; todos, aun los más antagónicos; y la del Municipio de esta mi ciudad querida en que nací y en que nació mi madre, y en que duermen mis abuelos y despiertan las memorias de mi vida... y vosotras, por fin, señoras, que sois aquí la embajada del corazón, la más amable de las embajadas, todo imprime a esto que estamos viendo, idea realizada en pocos días, sin tropiezo, sin una sola resistencia, el carácter de algo que no parece la obra de nosotros mismos, sino la de un agente o fuerza ignota y superior, que nos ha arrebatado, y colocado, sin acuerdo previo, a cada uno en su puesto, y hecho el silencio que ahora se difunde

en nuestras almas, y que siento resonar en mi cabeza.

Atraídos por esa fuerza estáis también aquí vosotros, señores representantes de las naciones amigas de la mía, por que habéis creído, y no sin causa, por cierto, que este momento era propicio, como ninguno acaso, al desempeño de vuestra misión de afecto; habéis querido ser, no sólo testigos, sino participantes de nuestra alegría, y vuestra presencia imprime a este acto un sello de universalidad que nos hace pensar en lo no inverosímil de la paz de amor entre los pueblos, en la belleza de la justicia que los vincula, en muchas cosas graves, serenas, consoladoras, reconfortantes...

Todo esto debiera conmoverme, efectivamente, señores, hasta aumentar la palidez de mi cara, o hacer menos vibrante el timbre de mi voz; pero, por alguna razón recóndita, me siento, como os lo digo, lleno de fortaleza, de serenidades comunicativas, dueño de mi corazón; lo suficiente, cuando menos, para obligarlo a sentir la intensidad de esta hora, y, sobre todo, para hacer de él lo que quiero y debo hacer: entregároslo sin reserva, en la plenitud de su vida, no solo afectiva, sino también pensante; para dar forma a las ideas que de él nos vienen, y que, según la frase

de Pascal, que tanto conocéis, son las grandes ideas, las superracionales, conductoras de la vida.

¿Qué hemos, pues, venido a hacer, qué habéis venido a hacer de mí, mejor dicho, señores, señoras, congregados en torno de ese jinete pensativo de bronce, de ese buen caballero Artigas, que, cuando está solo en esta plaza, parece enorme, y ahora, reunido con nosotros, no parece ni más grande ni más chico que uno de nosotros, sino el simple exponente de nuestra multitud gloriosa?

Hemos venido, convocados por la Asociación Patriótica del Uruguay, a que nuestros corazones, a una con el de ese fortísimo Artigas y sus recuerdos, piensen en la Patria que él nos anunció hace un siglo, y a gozar de una hora de alegría, consistente en creer que se la damos a la Patria misma centenaria, con nuestra unión en un común movimiento del alma, elevado del rango de sentimiento al de virtud, que es lo que se llama patriotismo: una gran virtud.

Para ello, para pensar y sentir y prometer, con pureza de intención, hemos elegido como núcleo conglomerante *al Poeta,* al hombre que concebimos bueno, sincero, de entrañas armoniosas co-

mo los árboles nativos, de palabra germinal como las acciones heroicas...

Hemos hecho bien, señores, en congregarnos en torno de esa entidad, menos irreal de lo que parece, a celebrar el cumplesiglos de la Patria. No hay cosa, entre las creadas, más conducente a llenar nuestro anhelo de ver a ésta, a la Patria, en algo que vive, y de concentrar en ello, tanto o más que en los guerreros gloriosos, nuestra facultad de amar, sin más objeto que el de ser amado. El poeta es la Verdad, la Virtud, la Belleza, lo sustancialmente amable; es también el poder, la fuerza acumulada o en reserva, concentrada en un punto de rotación inmanente, que conduce a los orígenes, a las causas, a la fuerza germinal. El Poeta es una evocación. Amar al Poeta, después de comprenderlo, es serlo tanto como él. No comprenderíamos al de la Patria si no lo tuviéramos en nosotros mismos. Allí existe un pueblo donde vive y canta, y es levantado un poeta; él es la revelación de su espíritu, como lo es de su clima la flor de que sale el fruto; como lo es de sus entrañas étnicas la roca de que sale el mármol vivo; él es la medida de lo profundo, como la sonda, como el reactivo; por él los pueblos son un espíritu, aptos para la inmortalidad. Grecia, a no ser las palabras que

habló, no existiría; Roma sólo se sintió el alma cuando se oyó en Virgilio. Inglaterra es del tamaño de Shakespeare, como lo es Italia de Dante. España de Cervantes, Portugal de Camoens.

Este nuestro pueblo siente, pues, la grandeza de su alma, al querer medirla con un poeta. Es eso lo que yo digo en vuestras añoranzas, señores, en la resonancia de este momento que me parece lejano... Estáis sintiendo la virtud de amaros a vosotros mismos en vuestro conjunto que es la Patria.

Pero cuando, llamado a las realidades próximas, a lo concreto que me rodea, me doy cuenta, como en un sueño, de que soy yo precisamente ahora el objeto visible de esa vuestra generosa pasión por lo inmortal invisible, siento una inquietud, que es casi un sobresalto; quisiera recoger lo que acabo de decir, porque parece jactancioso, inoportuno, cuando menos; comprendo cómo y por qué los homenajes de esta especie se tributan sólo a los muertos, a los que nada tienen ya que hablar, porque lo han dicho todo, nada que pagar porque todo lo han dado. Y están callados para siempre. Y son venerables insolventes... los sólo acreedores, mejor dicho; los que no deben nada.

Y bien, señores. Yo, que no estoy en ese caso, que puedo hablar, que lo debo todo, no puedo menos de buscar palabras para cancelar, para disminuir siquiera mi deuda, y hasta parecerme lo más posible a los muertos, que se ven a sí mismos con claridad.

Yo no puedo verme como ellos; pero sí de más cerca que vosotros, señores. Y yo, que, en presencia de la suprema belleza entrevista, no he podido jamás aplaudir una sola de mis obras; yo, que, ante la mirada del Supremo Bien, jamás he podido aprobar sin reservas, como bastante puro, ni uno solo de mis actos, yo debo deciros, para atenuar mi responsabilidad de hallarme aquí, aunque traído por vosotros de la mano, que yo no creo ser, que no soy eso que habéis creído hallar en mí; yo no soy el hombre bueno, y fuerte y armonioso que buscáis; soy el siervo inútil, que ha dejado casi todo por decir en la vida, casi todo por hacer, y que, hoy más que nunca, todo lo debe, y nada puede aceptar que no sea el don gratuito y munificiente de los buenos corazones.

Pero... ¿es esto, entonces, esto que estamos viendo, sólo una ficción o simulacro, si ya no es una mentira?

Oh, no, señores; tampoco puede ser eso. ¡No puede ser! Yo siento la ola de verdad que me

envuelve por todas partes; respiran mis pulmones las ráfagas de aire puro de las llanuras del mar, de las colinas del campo, todo sano, todo azul. Este cuadro de que formo parte tiene la nobleza de las cosas naturales que jamás tendrán las de artificio; su misma ingenuidad magnífica excluye de él toda idea de ficción o simulacro. Esto no se hace cuando se quiere. O se hace solo o no se hace jamás. La autoridad, la fuerza, el dinero acumulado no podrían construir una cosa semejante. Ni siquiera la fuerte voluntad. No hay pueblo en la tierra que no desee una hora como esta que estamos dando al nuestro, a la Patria uruguaya, y no he de ser yo quien menoscabe, a pretexto de modestia, el profundo sentido de este acto, cuya fuerza inmanente no está en el objeto visible, sino en el sujeto de la acción.

Debo, pues, señores, hacer algo por penetrar en su verdad, en vuestra verdad y en la mía, para darlo todo a su autor y dueño, que no somos nosotros mismos, ninguno de nosotros, sino el conglomerado de todo lo que nosotros somos y pensamos, y sentimos.

Nuestra verdad, la realidad nuestra es la permanencia, la persistencia, al través de un siglo, del fuego cósmico de la nación que ese caballero Artigas fué el primero en ver y sentir, y que,

rompiendo, de vez en cuando, la costra terrestre, más o menos fría, se revela en su fuerza generatriz y llena el cielo de resplandores. Somos lo primitivo, lo más próximo a lo divino, y no en valde buscamos al poeta, al "parecido a un dios", para reconocernos todos y abrazarnos en él. Os sentís de su tamaño, del tamaño de un gran poeta, y juzgáis, pues él está dentro de vosotros, que puede y debe estar también fuera, en uno de vosotros, que creéis distinguir en los ojos Queréis ir delante de vosotros mismos; no esperáis al que vendrá, por que sentís que, o no vendrá nunca, o ya está entre los hombres; y que la Patria que formamos, teniendo ya la fuerza suficiente para crearlo a vuestra imagen y semejanza, lo ha creado.

Esa es acaso mi verdad, señores: el haberme encontrado en vuestro camino. Soy el hijo de vuestra impaciencia, el hombre futuro que viene hacia vosotros, y que es, sin embargo, una realidad presente, una fuerza de expresión orgánica.

Mi hijo no puede sustituirme, decia el soberbio Bonaparte, encontrando la humildad en el fondo de sus propias realidades; yo mismo no podría sustituirme a mí mismo; soy el hijo de las circunstancias.

Algo de eso quiero yo reconocer en mí, seño-

res, aunque guardadas las enormes distancias; yo también me siento ahora el *hijo de algo,* como decimos en nuestra lengua para designar la noble estirpe, hidalguía. Pero en aquel hombre extraordinario, en aquel Bonaparte, había una realidad subjetiva, propicia al orgullo; en mí la hay objetiva, extrínseca, propicia a la humildad. Y acaso por eso mismo ¡pobre de mí! acaso por eso mismo soy una realidad espiritual más consistente que la suya, más que la del mismo César o emperador. Porque a medida que desaparece la persona, jamás exenta de soberbia, va apareciendo, con mayor nitidez y fuerza conglomerante, lo que de mi habéis querido hacer: el símbolo, la suprema realidad, el espíritu.

Esa es la ley primordial que aquí se cumple: la que lleva al hombre a crear eso que se llama *un símbolo.* Lo son las banderas, los himnos, los árboles, las efigies, las estrellas de plata; pero lo es, sobre todo, el hombre mismo, el hombre idealizado, estilizado, despojado de todo lo que no es genérico; inerme y fuerte como la bandera, armonioso como el árbol, venerable como la verdad de los muertos.

Eso es lo que, llevados de esa fuerza creadora, estáis haciendo de mí, señores, de este peda-

zo de barro plástico de nuestra tierra, y de este soplo de nuestro cielo, de que están formados mi corazón y mi espíritu; de este instrumento afinado al diapasón de vuestras arterias, en que circula mi sangre musical, casi fundida con la vuestra.

Esa fuerza que nos conglomera, que funde nuestras vidas, no es sólo una realidad, sino que es la realidad, la sola realidad. Ella es simple cohesión cuando informa o conglutina la materia, lo mismo la de la estrella que la del canto rodado; es simpatía, amor, cuando conglutina las almas; vida de uno en otro, conjunción de llamas vitales en busca de la unidad primordial a que todo converge, de la llama eterna que mueve las esferas con cadencia y número, y mantiene y encierra la vida universal o la divina armonía.

Sea, pues, señores. Líbreme Dios de proyectar la sombra de una duda sobre la luz de vuestro reflejo en la gota de barro de mi corazón modelado a vuestra imagen. Lo que es barro bajo nuestros pies es estrella en el espacio. Porque debo creer en vosotros, y tengo que creer en mí mismo; puesto que vosotros lo queréis, yo quiero en vosotros y con vosotros. Ese título de poeta, que yo tantas veces, si no rechazado, co-

mo casi perjudicial, he considerado como un accidente de mi vida, he aquí que lo es ahora todo para mí, todo mi patrimonio, mi fortuna, imprescriptible. Hoy quiero quedarme solo con él; él es mi herencia y la de mis hijos; la acepto, la recojo, la guardaré en mi memoria, en mi caja de caudales.

Así sentida mi persona, ya no debo extrañar, ni tampoco rehusar, los elogios a mis obras escritas o habladas, que acabo de escuchar de vuestra boca, señores los que habéis hablado en nombre de la Nación; tampoco los que os he oído a vosotros, huéspedes bienvenidos de nuestra tierra, que lo habéis hecho, con tan generosa elocuencia, en nombre y representación de las naciones hermanas y amigas de la nuestra, de que sois ilustres personeros.

Hay una realidad, no puede caberme duda, una realidad latente, persistente, en esas producciones literarias, estrofas, discursos, páginas de historia viva, que he ido dejando en pos de mí, y que habéis recogido del viento de mi vida. Esa realidad no está formada tanto de valores literarios, cuanto de sinceridades ingenuas, de reflejos policromos de los hombres y de las cosas, de las visibles y de las invisibles, que han toma-

do en mí la consistencia de la palabra no aprendida, la expresión del pensamiento de la especie más que del individuo, música sin autor, sin escala cromática, como la del agua y la del viento.

Yo he sentido, efectivamente, como una ley de la naturaleza, la necesidad de una patria a qué servir, sin más objeto que el de darlo a ciertas misteriosas energías, que están en el alma humana, en la mía como en la vuestra y en la de todos los hombres; yo no hubiera podido resignarme a que otros hubieran tenido una Patria, y yo no tuviera la mía, la mía propia, personal, inconfundible, con la belleza física y moral de la madre, la mujer más hermosa del mundo... ¿No es verdad, señores, que nuestra madre es la mujer más hermosa del mundo?

He amado así la Patria, la mía, la nuestra, señores, la de ese Artigas, nuestro hermano. Hay entonces un momento en que se cree con sinceridad, con sinceridad absoluta, que la propia Patria es la más grande del universo, porque se la siente del tamaño del propio corazón, y la más buena, y la más fuerte, y la conquistadora de lo sólo que puede y debe ser objeto de conquista: el corazón humano.

¿Y por qué no han de ser así medidas todas

las patrias de la tierra, señores, por qué no han de ser así medidas, y tendríamos la paz del espíritu, único germen de toda paz, que es cosa espiritual?

De ese momento que no se borra, de ese en que se siente la Patria del tamaño del propio corazón, la más grande de todas, la más buena y fuerte, emanan las inspiraciones patrióticas sinceras, que casi se confunden con el sentimiento religioso; todas ellas salen de esa hora, que en ellas se prolonga o permanece, por que es hora de verdad, de todo tiempo, sin tiempo, mejor dicho. Y es por eso por lo que esos cantos son universales... y son buenos.

Al oíros recordar algunos de los míos, señores, esa afortunada *"Leyenda Patria"* que sonó casi repentina, en mi juventud, hace poco menos de medio siglo; ese *"Tabaré"* que la siguió de cerca, y mis discursos esparcidos, y mis páginas de historia fundidas en el bronce de esa estatua que nos preside, yo siento concentradas en esta hora las más intensas de mi vida. Son sus jalones, efectivamente; por ellas me doy cuenta de que he vivido. No en valde habéis temido por mi corazón, señores, en este momento. Es este un estallido de recuerdos capaz de hacerlo vacilar, de las horas más fecundas, que no siempre

coinciden con las de alegría, no siempre con las de serenidad y de paz en la vida de los hombres. Por eso la presente, en que todas ellas reaparecen, tiene algo, como os he dicho, de indefinible melancolía... Si es esto la gloria, esto que me dais con tanta munificencia, yo, que os prometí daros el corazón todo entero, no puedo menos de haceros compartir ese latido de tristeza difusa, provocada por los vacíos que siento a mi rededor, las ausencias sin retorno, las añoranzas, las cordialidades... Si es esto la gloria (y sí creo que lo es) ella no puede ser vanidad ni soberbia... La gloria hace llorar.

¿Por qué aspiramos a ella, sin embargo? ¿Por qué la buscamos y la recogemos con este sentimiento con que yo recojo vuestro homenaje, y que es, ante todo, alegría, gratitud, felicidad?

Es, señores, porque no puede haber en la tierra habitación más grata al alma humana que otra alma humana. Y yo, al sentirme en la vuestra, me siento ennoblecido, subo en vosotros, descanso en vosotros. Sentirlo, proclamar esa felicidad es la sola forma de corresponder a vuestro homenaje con el mío, y para eso, para eso sobre todo, lo recojo, y os digo que me siento dichoso.

Llamado por vosotros, señores, a mi propia

presencia, debo confesar que tenéis razón en lo que habéis dicho de mí; veo que, efectivamente, es el poeta lo que en mí ha predominado, la fuerza imaginativa, afectiva, musical, si queréis; la vida pasional. Pero veo también, con alegría, que vosotros juzgáis, como yo juzgo, que ese predominio de la pasión no es incompatible sino convergente con el de la verdad esencial. Y que yo he dicho la de la Patria, la angular, la permanente, cuando os he narrado cantando, como el rapsoda, su generosa historia secular.

¿Y cómo no ha de ser así? Ese es el proceso del humano conocimiento. Se ha dicho que la hipótesis es el poema del sabio. ¿Y qué es la hipótesis, germen de la ciencia, sino la voz del dios interior que pasa, o la aparición del fantasma que nos mira a los ojos? El patriotismo, señores, es la grande, la fecunda hipótesis reveladora.

La historia de la Patria, que tiene por misión formarlo, ha de ser esencialmente un canto; es la obra de su poeta, ante todo, del profeta de su pasado. Pero no por ser hija predilecta del corazón, tanto o más que la poesía puramente lírica o subjetiva, no por eso deja de serlo también del cerebro, verdad trascenden-

tal, tanto o más que la investigación razonada o científica. Ésta no precede, pero sigue naturalmente a aquélla, a la visión despertadora, como los análisis químicos del agua, del aire, de la luz, siguieron, no precedieron, al acto de beber, de respirar, de ver; como el estudio de los atributos de Dios siguió al acto de creer en Él, de afirmarlo, de adorarlo.

El deleite de la inteligencia que analiza y comprueba la verdad del corazón es quizá el deleite esencial del alma humana, su descanso; comprobar en la fría investigación que no hemos sido engañados por el dios interior, ni hemos engañado a nuestros semejantes al decirles lo que él nos dijo, es el bienestar de todas nuestras facultades.

Yo lo he sentido, señores, lo siento cada vez que un nuevo documento revelador aparece, o que una nueva fuente de verdad histórica disipa mi temor de haber sido ofuscado o perturbado por el fantasma; de no haber encendido una luz de amor bastante puro en mi conciencia; pero entre todos los comprobantes, ninguno puede tener la fuerza ni darme el contento de este acto, que es para mí la comprobación viviente, la piedra de toque de mi verdad, mi consuelo, mi reposo. La mentira no hace estas cosas; no

congrega tantos corazones sinceros; no puede engendrar virtudes. La virtud es hija primogénita de la verdad.

Yo debo, pues, celebrar con vosotros, señores, al poeta que puede haber estado en mí; es él quien ha conducido mi vida a la gloria de este día; es él el que, ofreciendo un objeto de común amor a una verdad, despierta el amor recíproco, la simpatía entre los hombres vinculados por ese amor, y que no sólo es la fuerza conglomerante de los que forman una Patria, sino que es el paso previo e indispensable al logro del ideal que perseguimos de fraternidad entre los hombres todos, y entre todas las naciones y las razas.

Alguien ha dicho que el patriotismo es un sentimiento egoísta, generador de guerras. Pero también se ha dicho que el amor es el egoísmo de dos. ¿No podrá ser el patriotismo el egoísmo de muchos, de una multitud, y hasta el de toda la humanidad, ley de amor, por consiguiente, germen de paz?

¿Cómo llegar a esta, efectivamente, señores, sin aquello? Si no amas a tu hermano a quien ves, dice el Apóstol, ¿cómo amarás a Dios a quien no ves? Si no amas a tu Patria

concreta, determinada por el amor a su nombre, o el común sentimiento de su historia, de su dignidad, de su inmortal destino, ¿cómo amarás a una patria sin nombre ni memoria? Si no amas el conjunto de tus semejantes que tienes a tu lado, ¿cómo podrás amar a la humanidad abstracta, a la multitud desconocida? Si no quieres a un hombre, tu hermano, a una mujer, tu hermana, a un niño que pasa a tu lado, ¿cómo querrás al hombre, a la mujer, a la especie humana?

¡Qué fácil es, en cambio, señores, una vez medida la Patria que nos nutre por el propio corazón, medir las otras por el de nuestro semejante que ama la suya! ¡Qué fácil es entonces hallarlas a todas grandes, amables, respetables, y ahuyentar de nuestro espíritu la envidia, y difundir la caridad! ¡Y qué fácil ser el poeta de todos con sólo serlo de uno mismo!

Por eso es también un fuerte comprobante de mi verdad, de la que vi en mi corazón, de la alegría que siento al veros aquí, junto a mis hermanos en la Patria uruguaya, a vosotros, señores, amigos benevolentes, que lo sois en la americana, y aún en la universal; que representáis esas venerables entidades, y que me decís que también vosotros habéis aceptado mi

ofrenda de poeta, y que os habéis visto todos alguna vez en mí, y oído voz de Patria común en las palabras musicales de mi boca.

El recuerdo que habéis tenido para aquel discurso mío pronunciado ante el Convento de la Rábida, en fecha memorable, cuando rememorábamos el centenario del descubrimiento de América, es un recuerdo conmovedor, que resuena en mi memoria como un canto. Fué aquél, efectivamente aquel del 12 de Octubre de 1892, un momento que no volverá a sonar. Allí estábamos todos los hijos en torno de la que, a justo título, llamamos la Madre Patria: la buena y gloriosa España, la descubridora, la grande. Estas banderas americanas que ahora me rodean, estas mismas que ahora estoy mirando conmovido, flotaban entonces, como ahora, en altos mástiles, en torno del monasterio, frente al puerto de Palos, a la barra del Saltés. No me sorprende que recordéis y ratifiquéis mis palabras de entonces; ni siquiera que las celebréis como bellas. Todos y cada uno de vosotros estábais en mí, señores, en aquel momento, y eran argentinos los ojos que en mí miraban esa amable bandera bicolor que está a mi lado; y chilenos los que miraban esa estrella vibrante en su fondo azul; paraguayos los que

se fijaban en ese tricolor que está ahí; sentía yo en mí el alma peruana y la boliviana y las de las hermanas boreales de la América del Sur, Venezuela, Colombia, Ecuador, y las de la América Central, y la dominicana, y la mejicana, por fin, cuando todas esas hermanas me miraban aquel día, desde esos sus nobles colores, que parecían la sangre de seres vivos, y me daban su voz con ademán expresivo y confortante.

Pero si efectivamente yo logré entender esa voz y recogerla; si hallé entonces palabras dignas de recordación, como decís, señores, ello fué, yo os aseguro, porque entre todas aquellas banderas estaba, entonces como hoy, ésta que ahora me envuelve en su materna mirada azul, y que, entonces como ahora, me estrujaba el corazón, y me nublaba los ojos, y me doblaba las rodillas; esta bicolor, la mía, mi dueña, mi señora, que me clavaba los ojos y me dictaba alguna cosa... Yo hablaba en nombre de todos, pero por orden de mi madre. Si ella no hubiese estado allí, mi tristeza hubiera sido muda; con ella allí presente, mi alegría tenía que ser, si no elocuente, resonante, comunicativa. Era ella la que me inspiraba, la que me dictaba el saludo a la Madre Patria común y a to-

das mis hermanas, cuyos colores, al fundirse con los de la mía, formaban la luz solar de aquella espléndida mañana; ella me sugería, entonces como ahora, ahora más que entonces, el sentir de la eterna compenetración o armonía providencial: el sentimiento de patria en el de nacionalidad; el de nación en el de raza; el de raza en el de humanidad; el de humanidad creada en el de acatamiento y adoración al Dios creador y conservador y conductor de la humanidad y de las razas, y de las naciones, y de las patrias.

Es esa fuerza de ascención la que aquí nos congrega, señores. Un movimiento como este lo es de orden, de rotación universal, en torno de un punto fijo y eterno. El sentimiento de patria, cuando es puro como el que aquí sentimos, desinteresado, inmaterial, despierta y mueve el mismo sentimiento en los hombres todos; el espectáculo de una patria que besa a todos sus hijos en la frente de un elegido es ejemplar; todas sienten el impulso de buscar su predilecto para besarlo también en la frente, para sentirse madres.

¡Oh, la Patria es buena, señores, es buena siempre. Es preciso ver eso en ella: una madre que no pide gracia por sus beneficios; atrever-

se a la gloria que nos da o nos impone, y aun a decirlo, con tal de sentirse el depositario, y no el dueño, de la que ella confía a nuestro honor.

Y tal me siento yo, señores, en este momento: depositario, en nombre de todos y cada uno de vosotros, de la gloria de este día. Y por eso necesito de todos y cada uno de vosotros, para tomar posesión de este homenaje o consagración. Yo no puedo sentir como aquel grande Alfredo de Vigny, el poeta del Moisés, que inoculando su persona taciturna en los accidentes del profeta bíblico, caudillo de su pueblo, se sentía separado por su propia gloria del resto de la humanidad, inaccesible al amor, a la amistad, a la ternura. Envuelto en la columna negra, creía caminar ante todos "triste y solo en su gloria", *triste et seul dans ma gloire*". Y uno solo era su anhelo: morir, dormir el sueño de la tierra, irse... Yo nó, señores; yo no quiero irme; yo quiero quedarme; hoy más que nunca, quiero quedarme con vosotros.

Dependa ello o nó de la distancia que existe entre el suntuoso poeta de Francia y el oscuro poeta del Uruguay, yo os aseguro que siento todo lo contrario de ese Moisés inventado por Alfredo de Vigny. Yo no me siento triste, como

os lo he dicho; no estoy solo en el interior de la nube, no quiero irme ni aspiro al sueño de la tierra; mi alma goza el contento de la compañía de otras almas, y de seguir en ella mucho tiempo; de ser objeto de amor puro y de amistad sincera. Mi gloria se disiparía si estuviera solo. Yo quiero estar contento, acompañado; gozar de mi alegría para compartirla en la tierra con vosotros, señores, para compartirla con la Patria. No a compartirla, a dársela toda entera, pues suya es toda la gloria; de ella nos viene, y a ella tiene que volver. Que su felicidad será la nuestra, y hasta nuestra su propia inmortalidad.

Yo no quiero el dormir sino el despertar de la tierra; el que consiste en vivir en ella por el recuerdo; pero no por un recuerdo pasivo, sino sustancial, activo, portador, en nuestras palabras musicales supervivientes, de nuestra acción vital generadora de virtudes.

Corta es la vida, señores, muy triste, efectivamente, y desolada, cuando uno se siente solo. ¡Pero qué larga y feliz, cuando se cree percibir la articulación de la propia circulación vital con la de los amigos que quiere y de quienes es querido; con la de los niños sobre todo, con la de esos niños que estoy viendo con sus madres, que

hoy aprenden y mañana repetirán los cantos de la Patria que yo canté el primero! Así se me ofrece ahora la vida mía, señores, larga, casi interminable, por que voy con vosotros, con vuestros hijos, y con vosotros y con ellos seguiré; por que mis viejos cantos, con el sello que hoy reciben de vuestra mano, ya no son producciones de arte, que la crítica disipa, sino *hechos,* buenas acciones, que viven, no en sí mismas, pero en sus frutos, en los buenos pensamientos que han despertado, y en las acciones abnegadas que provocaron. Vuestro generoso homenaje, señores, me hace recordar el consejo de Pascal: "Sigue siempre como si la vida acabara de comenzar para ti". Me parece que la mía comienza ahora, efectivamente; que aun pudiera yo dejar de ser el siervo inútil que os dije al comenzar a hablaros, y convertirme en algo, en *hijo de algo.* Siento el anhelo de hacer lo que he dejado por hacer; de pagar, de golpear el ánfora de mi corazón, por ver si está o nó del todo vacía de armonías. Pongo en ella el oído, y me inclino a pensar que nó, que no está del todo vacía; me parece oir como músicas distantes que se aproximan; llego a creer que, aun al romperse al golpe definitivo del martillo inevitable, aun al volcarse en el aire, algo derramará o emitirá de lo que en ella queda para la Patria.

¡Inocente ilusión! ¿Por qué ese anhelo de mi alma, si vosotros no me pedís nada más de lo que he dado para dármelo todo, ni yo podría daros más? Yo no se más, señores; no haría otra cosa que lo que hace el pájaro nativo en libertad: repetir el canto no aprendido, que es siempre nuevo, sin embargo, siempre original, precisamente por eso; por que es el mismo, el salido del viento y afinado con el bosque.

Las últimas palabras que acabo de oir, y que recojo conmovido me han sugerido esa idea, señores: son las del rector de la Universidad, que ha hablado como tal, y también como presidente de la Asociación Patriótica del Uruguay, promotora generosa de esta rara apoteosis del poeta que no ha muerto. Pero él ha hablado, sobre todo, como Elías Regules, con su propia voz de rapsoda, que recoje en el aire, en las bocas de los pájaros, las canciones nativas no aprendidas; las que se fijan naturalmente en las guitarras campesinas, y en la memoria de los niños; voz materna despertadora de las infancias en toda edad, pensamientos musicales ingenuos, de los que proceden los de las geniales sinfonías.

El buen rapsoda amigo, con su toque rápido, pero penetrante de nuestro motivo criollo, me devuelve a mi ilusión de este momento: a la de

que yo también haya tenido algo de eso; a la de que las palabras rítmicas que se formaron en mi voz, desde las de *La Leyenda Patria* y *Tabaré,* hasta las que están fundidas con ese bronce de *Artigas,* hayan sido vibraciones del aire que respiramos, cosas salidas del campo, de los árboles sonoros, del monte autóctono, voces afinadas al diapasón de la voz de la Patria, oída alguna vez; de que este acto magnífico, con tan pocos precedentes, si los tiene, tan ajeno a todo lo que no sea verdad, sinceridad, honor, tenga, efectivamente, la fuerza de una ratificación, la de una consagración.

Con esa ilusión os dejo, señores; desde ella os digo adiós, y también lo que no quería deciros al principio: os doy las gracias. Como bañado en una agua lustral o tocado de una unción, siento en mí mismo ese otro yo que habéis querido hacer en mí, y que ya no tiene el derecho de modificarse, sino el deber de permanecer. Permanecer es vivir. Cultivaré en ese yo, como en el anterior, nuestro común amor a la Patria centenaria que ese buen caballero Artigas nos anunció; pensaré en vosotros, en todos y cada uno de vosotros, que me habéis hecho tanto bien, dándome todo cuanto habéis podido darme; recontaré en la soledad, con mis hijos, con mis nietos,

con mis memorias, el tesoro de las de este día. Con él me siento acaudalado, el más rico quizá de la familia, el heredero, el más obligado, por consiguiente, entre los hermanos, a ser todo para todos. Recomenzaremos, señores, reemprenderemos nuestro camino hacia el pasado, a cuyo extremo hallaremos el porvenir, las dos eternidades relativas, que flotan en lo absoluto, en el eterno presente, que es la sola realidad. Somos la palabra inmortal que viene en nosotros... que en nosotros va... En tí también, en tí sosobre todo, fuerte caballero de bronce que has estado aquí con nosotros, que nos presides, que eres, más que yo, por cierto, el Poeta, el Vidente, y que vas caminando a paso lento, con la espada envainada, hacia allá... El casco de ese caballo, señores, hace restallar nuestra tierra como un escudo; da una hora que parece nueva...

Vamos, oh padre Artigas... Vamos, buenos hermanos que me habéis elegido para reconoceros en mí, los unos a los otros, como hermanos en la Patria, que es para nosotros el núcleo de los hermanos en la humanidad. No estemos nunca solos, ni como hombres, ni como pueblo; conquistemos lo único que debe ser objeto de conquista: los corazones, las gratitudes; sea nuestra la gloria de los pueblos serenos, medi-

dos por el propio corazón; que no sólo son del tamaño de sus poetas épicos, sino más grandes, mucho más grandes que todos ellos. Por que tales poetas, o no son nada, o son sino el reflejo del alma luminosa del pueblo que los anima, y los conforta, y les infunde, con la gloria de la Patria, la vida de las cosas inmortales...

SARANDÍ

Discurso pronunciado en SARANDÍ, el 12 de Octubre de 1923, aniversario de la batalla, al inaugurarse el monumento del escultor José Luis Zorrilla de San Martín, ofrenda hecha a la Patria por el doctor Alejandro Gallinal

---

Señores:

Me parece que soy aquí algo así como un sobreviviente ... Escucho mi propia voz, como la del pasado recién nacido. El pasado es siempre joven, siempre fuerte y vibrante. El pasado no tiene edad.

Mi misión en este acto es la de recibir, en nombre del pueblo, esa filial ofrenda que hace a la Patria el ciudadano Alejandro Gallinal, nuestro hermano, y la de agradecérsela.

Lleno esa misión mostrando a ese buen hermano, amigo mío del alma, su nombre escrito en

bronce sobre ese pedestal de piedra; la lleno, expresándole, como le expreso, la voluntad de sus compatriotas de que ese su nombre perdure ahí, escrito en bronce sobre piedra, y sea, así, refrendado por el pueblo, la más preciada recompensa, y, al mismo tiempo, un buen ejemplo, un perdurable buen ejemplo.

¡El pueblo! El pueblo uruguayo, señores, no es sólo la multitud, la conglomeración; es un cuerpo animado de un espíritu; un cuerpo orgánico, cuyos órganos no son otra cosa que el instrumento de ese espíritu inmanente y sustancial...

El pueblo uruguayo lo sois vos, por lo tanto, señor Presidente de la República, que, el primero entre los iguales, habéis venido a ser uno con nosotros. Por eso no he comenzado mi discurso, como es costumbre, por la invocación de vuestro nombre: porque sois uno con nosotros en la madre Democracia. El pueblo lo sois también vosotros, los miembros de los poderes públicos que hacéis aquí vuestro acto de presencia. Lo somos, por fin, todos nosotros, las simples unidades, más o menos anónimas, de la gloriosa multitud orgánica que forma la Patria, y de la que emana todo poder y toda autoridad.

Haré mención especial, sin embargo, de este

departamento de la *Florida,* porque a él ha sido hecho especialmente el obsequio de ese monumento por el que fué su representante y ha querido dejar, en esa estatua, un recuerdo de gratitud hacia el pueblo que le hizo el honor de designarlo su elegido. La haré también de esta población, de esta región privilegiada de nuestro país; privilegiada, porque le ha cabido en suerte la posesión del pedazo de tierra en que gritó esa mujer de mármol que vamos a dejar aquí, y en que rugió a su lado, husmeando al enemigo, ese pequeño león americano que va con ella, haciendo un solo bloque con su cuerpo de diosa, y que, formado de la carne de sus muslos atléticos, es el símbolo pujante de nuestras fierezas primitivas.

¡Las fierezas de las batallas necesarias! ¡Sarandí!

¿Os habéis detenido a meditar, señores, en lo que encierra, para nosotros, esa palabra *Sarandí?*

Sarandí es una especie de término cabalístico en esta tierra del charrúa. Notadlo bien, señores: es una palabra nuestra, exclusivamente nuestra. En ninguna otra región de América suena como aquí, aunque en otras partes suene.

Sólo nosotros poseemos el secreto musical de esa palabra indígena: ¡Sarandí!

Andrés Lamas, que pensaba hondamente en nuestra historia, que la sentía, sobre todo, hizo de esa palabra el eje de la nomenclatura, que él compuso, de la ciudad de Montevideo, capital de la república; la calle Sarandí, trazada sobre el *divortium aquarum* de la colina en que la ciudad se asienta, es el arranque de la gran vía que atraviesa la república de Norte a Sud. En torno de ella giran los otros nombres: Rincón, Las Piedras, Cerrito, Treinta y Tres, Ituzaingó, Misiones, Juncal... Todo gira en torno del eje "Sarandí".

Ese nombre, dicho por un árbol, está en todas partes en nuestra tierra: en los arroyos, en casi todos los arroyos, los *sarandíes,* los árboles primitivos, se levantan entre los *camalotes,* de flores moradas o blancas; en las ramas verdinegras de los sarandíes, proyectadas sobre el pálido ramaje de los sauces, cantan los *zorzales* y las *calandrias,* van a dormir las *torcaces* y las *palomas del monte,* se posa el *Martín Pescador,* que, con el pico sobre el pecho, sigue el curso de la corriente; bajo los sarandíes, en la maraña de sus raíces, tienen su cueva, en la tierra negra, los *carpinchos* y las *nutrias;* de entre un matorral de sa-

randíes, salió ese pequeño león americano del monumento, ese perro fiel, que, rastreando la victoria, conduce o es conducido por la batalla resonante.

¡La batalla de Sarandí! ¡La carga de Sarandí!

Es nuestra batalla, señores; fué nuestra hora. Allí estaban todos, atraídos y conglomerados por un espíritu misterioso... todos los bravos, todos los buenos, todos los nuestros. Yo la he llamado *nuestro Chacabuco*. Chacabuco es el arranque de la emancipación total del Pacífico. Sarandí lo es de la liberación del Atlántico. Pero el héroe del Pacífico, el de Chacabuco, grande entre los grandes, pasó los Andes con dos mil hombres, y cayó en brazos del hermano trasandino, que, heroico como él, lo esperaba armado, con el caballo de la rienda; los nuestros, los de Sarandí, pasaron solos el Uruguay; eran un puñado de indígenas; nadie los esperaba. Venían buscando, según decían, la *libertad o la muerte*... Sólo podían esperar razonablemente la muerte. Nó, no iban ellos hacia la libertad... pero la libertad iba hacia ellos... ¡Y los condujo a Sarandí!

Vivamos un momento, oh hermanos en la Patria, vivamos un momento en aquella mañana del

12 de octubre de 1825. Allí hubimos de morir o de vivir. Montevideo y Buenos Aires miraban hacia aquí. En Montevideo, el enemigo, el usurpador, contaba ya, no sin razón, con su triunfo seguro: "Basta con dejarlos" decía; "basta con alcanzarlos"... Al fin, los alcanzaron; los alcanzaron aquí, en esos campos, felizmente. En Buenos Aires, el amigo, el buen hermano, miraba también anhelante hacia aquí; no era indiferente, por cierto, no podía serlo; pero no todos estaban seguros de sí la empresa de nuestros padres era un ensueño del heroísmo, o sólo un delirio de hermanos locos...

El día... el sol... una hora... un minuto... un grito... el grito que sale de la boca de esa mujer de piedra; el que está escrito en el plinto de esa estatua clamorosa... La victoria, por fin, la libertad, la patria inmortal .....

Que ella sea bendita en ese símbolo de piedra... Yo lo miro ahora con vosotros, señores; miro largamente esa estatua, antes de dejarla, y no puedo desechar un pensamiento tenaz; no puedo olvidar que yo la he visto nacer. ¿Me permitiréis, señores, que recuerde que esa estatua ha sido concebida y modelada por uno de mis hijos, José Luis, el escultor, el artista, calentada con el ca-

lor de su sangre, animada, por lo tanto, del de la mía y de mi remoto espíritu? Lo hago con alegría, con una grande alegría; pero es esta demasiado santa, para que, en este momento, pueda ser manchada por el orgullo de la vanidad. Quiero sólo, pues el hijo escultor está ausente, pensando en la Patria, que su memoria, su nombre aparezca. un momento siquiera, en este día memorable, en medio de sus hermanos; que recoja la parte de gloria, por mínima que sea, que pueda corresponderle por haber sido, también él, uno con nosotros, en esta conmemoración de nuestra clásica victoria.

Me permitiréis, señores, que no hable mucho de estas cosas; que no remueva, sobre todo, los sentimientos profundos. Os he dicho, que yo me siento ahora como un sobreviviente. Me oigo a mí mismo...Cuando busco la palabra lírica, musical, que debe sonar en el acorde de este día, me oigo a lo lejos; encuentro esa palabra insustituible en mis cantos juveniles...Yo no sé decir otra cosa... no diría nada mejor. En presencia de esa estatua que aquí dejamos para los hombres futuros, siento, como un eco, el canto que yo decía a los hombres pasados en aquella LEYENDA PATRIA, mi canto balbuciente pero sincero, ingenuo, que han repetido ya tres generaciones de

niños uruguayos...¿Qué es antiguo? En este día de sol, y ante esa estatua que grita el grito histórico, el canto aquel vuelve a nacer. Es nuevo, es original, y hasta me atrevo a decir que es vibrante, y aun bello. Es tanto más nuevo cuanto más patinado por el tiempo; tanto más original cuanto más repetido por los niños; tanto más vibrante cuanto más acordado con una larga vibración popular... Y bello con la belleza silvestre de las cosas no aprendidas, como el ritmo de las tardes, como el canto de los pájaros. No sé decir nada mejor en este momento, señores, nada que suba desde más hondo de mi alma que ese viejo incienso que quemé hace cincuenta años ante el primer altar cívico de la Patria en la Florida, y que, para terminar mi discurso, me permitiréis echar de nuevo en el ascua, ante este de *Sarandí,* que es la misma tradición, la misma palpitación, el mismo amor, y que veo, con grande alegría, rodeado de los hijos y de los nietos de los que conmigo, y con mis padres, rodeaban aquél hace cincuenta años. Es la permanencia... la persistencia... la Patria inmortal.

¡Sarandí! ¡Sarandí!... ¡Santa memoria!,
¡Primicia del valor! Ósculo ardiente,
Que imprimieron los labios de la Gloria,

En nuestra joven ardorosa frente!
Yo al pronunciar tu nombre,
De hinojos, la cabeza descubierta,
Entre las cuerdas de mi lira, siento
Que nace, crece y estridente estalla,
Todo el fragor de las solemnes horas
Que escucharon la voz de tu batalla;
Cuando "el héroe", los héroes encontraron
Tardo el corcel y perezoso el plomo;
Las sedientas espadas abrevaron,
De roja sangre en el reciente lago,
Y, del tirano en la olvidada tumba,
La cuna de sus hijos levantaron.
¡Sarandí! Con tu aliento poderoso
Sus alas formaría la tormenta,
Para azotar la espalda del coloso
Revuelto mar, y publicar su afrenta.
Yo en tu potente espíritu me agito;
Lato en tu corazón, ardo en tus ojos;
Y en la idea, corcel de lo infinito,
Sobre tus rudos hombros sustentada,
Siento flotar mi vida, condensada
En un grito de honor, eterno grito.
En tus vastas laderas
Deja que se dilate el pensamiento,
Y respire el aliento
De aquellas auras de tu honor primeras;

Auras de libertad, que, en su regazo,
Hasta Dios condujeron,
El sello a recibir de eterna vida,
Con las almas de bravos que cayeron,
El alma de la Patria redimida.
Los himnos de tu aurora
Deja que el labio vibre:
¡Paso al pueblo novel! ¡Sonó su hora!
"Que quien sabe morir, sabe ser libre".

¡Saber morir!... Pero hoy es preciso saber vivir, señores.

Vivir es permanecer, continuar, recordar, conmemorar...

Vivimos, pues, desde que conmemoramos, recordamos, continuamos.

Podemos, pues, contestar al unísono ese "Santo y Seña" de aquel día, que está escrito en bronce sobre el pedestal de piedra de esa estatua fuerte y resonante.

¿Sentís la voz?

Viene de los campos de Sarandí.

"¡Quién vive!"

Contestemos unísonos lo que también en esa piedra está escrito:

"¡La Patria!"... La Patria inmortal, que alienta hoy en nosotros y alentará en los hijos de nuestros hijos.

CONGRESO DE JURISCONSULTOS DE RÍO JANEIRO

Sesión de clausura — Julio de 1912

"Excmo. señor — Señores:

Al confiárseme el precioso encargo, que he tenido que desempeñar con la premura exigida por las circunstancias, de decir, en representación de esta asamblea, las últimas palabras, se me ha impuesto un esfuerzo desproporcionado: el de expresar, lo más fielmente posible, el pensar y el sentir de espíritus muy superiores al mío en el sentir y en el pensar.

Lo he aceptado agradecido, sin embargo, porque el representante del Uruguay en esta Junta de Jurisconsultos americanos, aunque persuadido de su deficiencia personal, no tenía el derecho de rehusar una honra semejante; sus propios hermanos le hubieran pedido cuenta de su cobardía, por más disculpable que ella fuera. Penetro, pues, valientemente, señores, en el fondo de vuestras

almas, y estoy seguro de no equivocarme al encontrar en ellas un sentimiento predominante, que es el primero que me exige una interpretación expresiva: el de reconocimiento hacia el gobierno y el pueblo del Brasil, por la afectuosa hospitalidad que nos ha ofrecido en esta su espléndida capital, reflejo de sus progresos, y el de grande afecto hacia esta nación amable y generosa que vamos a dejar, y cuyo recuerdo ya no podrá alzarse en nuestra alma sin ir acompañado de ese sentimiento, hondo y vago a la par, que los hombres de lengua portuguesa tienen el privilegio de expresar con su palabra "saudades": tristezas de separación, anhelos de felicidad, persistencia de afectos mutuos que se alejan sin morir.

Desde el momento en que estrechamos la mano al jefe esclarecido de la nación brasileña y recibimos su amistosa bienvenida, hasta éste en que vamos a decirnos adiós, todo cuanto nos ha rodeado ha sido amable, todo inteligente, y solícito y cortés.

Yo tengo que agradecer a todos, en nombre de los que me han confiado la interpretación de sus afectos: al ilustre hombre de estado que ahora nos preside, en representación del Gobierno, y, lo que es más, si más pudiera ser, en digna representación de una grande sombra venerable, la

del barón de Río Branco, que parece levantarse a su lado, y que una vez más exige el homenaje de nuestro recuerdo perdurable; al eminente señor Pessoa, que, con su prudencia inteligente y activa, privilegio de los hombres superiores, y con ese tacto delicado que es necesario para manejar las sensibilidades internacionales, ha sabido encauzar y llevar a término feliz nuestras fecundas deliberaciones; a nuestro activo e inteligentísimo secretario general, el señor de Souza Bandeira; a todo ese personal de jóvenes que, a sus órdenes, nos ha rodeado de sus atenciones y de sus solicitudes; a la prensa de Río Janreiro; a la sociedad, por fin, señores, a esa mujer brasileña que nos ha acogido en las íntimas alegrías del hogar, y para la que vosotros todos pedís, estoy seguro, nuestra mejor despedida. Y la pedís con razón, señores. Ella es lo mejor de vosotros mismos; es la alegría de vuestra alma; es el ángel de vuestros hogares benditos. Pero es más todavía: ella es la urna incorruptible en que vuestro Brasil conserva las virtudes de vuestra estirpe, y guarda transmite, a las futuras generaciones el alma y la gloria de las pasadas, la vida permanente de la Patria vencedora del tiempo, guardada en el corazón.

Nada serían, sin embargo, señores, esos títulos

del Brasil a nuestros movimientos afectivos, si yo no recordara, al mismo tiempo, y dejara consignados, los muy especiales que tiene a la gratitud del pensamiento americano, en la obra de la Codificación del Derecho Internacional del continente.

Fué un ciudadano brasileño el que, en el segundo Congreso Pan-Americano de Méjico, emitió por primera vez la idea de la codificación, y ha sido el Brasil el que, elegido, como núcleo para el desarrollo de ese fecundo pensamiento, nos ha ofrecido los más eficaces elementos para su mejor ejecución. Las obras monumentales de los escritores de este país, al que ninguno de los pueblos americanos supera en maestros y en insignes cultores de la ciencia del derecho; los notables proyectos en que los señores Epitacio Pessoa y Lafayette Rodríguez Pereira han condensado esa ciencia, y que han servido de base para las deliberaciones presentes, y servirán en gran parte para las futuras; el empeño, la resolución, la fuerte pasión que todos hemos observado en los hombres que aquí representan los anhelos nacionales porque el pensamiento se lleve a término feliz, son grandes piedras angulares en que reposará el monumental edificio cuyos cimientos hemos echado, y en las que quedará escrito para siempre el luminoso recuerdo del pensamiento brasileño.

No seríamos justos, sin embargo, señores, si no nos apresuráramos a afirmar que todos los estados americanos han compartido ese empeño y nobilísima pasión.

La solicitud con que la mayor parte de ellos, casi todos, han concurrido al llamado del hermano que recibió el encargo de convocarnos, y la elección que todos ellos han hecho de sus hombres más ilustres y representativos para que formen el decoro de esta memorable asamblea, y le impriman la más grande trascendencia, es una prueba evidente de que, si el Brasil ha sido el primero en la iniciativa y en la ejecución inicial del pensamiento, ninguno de sus hermanos de América quiere ser el segundo en abrigarlo como propio, en amarlo, y en ofrecerle su concurso decidido, hasta verlo transformado en una fuerte realidad, que sea timbre de honor para el continente entero.

Gracias a ello en mucha parte, señores, gracias al alto y ponderado carácter, a la inteligencia, a la preparación científica, a los conocimientos prácticos de los ilustres americanos que constituyen esta asamblea, la Junta Internacional de Jurisconsultos ha podido hacer fecunda su primera conferencia, adoptando las resoluciones que con tan-

to acierto acaba de resumir nuestro presidente, y entre las cuales debe considerarse como principal la que, declarando no clausurada sino suspendida nuestra sesión, envía a sus miembros a ser núcleos, inteligentemente distribuídos en todo el continente, de una especie de "plebiscito internacional", que le permita aplicar un método verdaderamente científico a la resolución, parcial primeramente, y total y denifitiva después, de este importantísimo asunto: estudiando los hechos a la luz de los principios; deduciendo los principios de la permanencia y repetición de los hechos cuidadosamente comprobados. Son los procedimientos inductivo y deductivo que todos conocemos, y que a ninguna rama del derecho puede ser más aplicable que al internacional, derecho esencialmente consuetudinario, como sabéis.

Esa nuestra capital resolución, señores, no es un mero trámite, y mucho menos un trámite dilatorio, como pudieran creerlo los espíritus no del todo penetrantes.

La transformación de esta Junta de Jurisconsultos, que parecía transitoria, en una junta permanente de investigaciones y estudios, cuyos miembros se dispersan, para vivir dos años en comunicación recíproca, y volver a reunirse con el fruto maduro de sus trabajos, es una resolución

que no afecta sólo la forma del asunto que tratamos: penetra en sus profundidades, define su esencia.

Ella significa la consagración de un postulado: que la verdad y la justicia, en el Derecho Internacional, no pueden estar en el pensamiento de una mente humana, por más esclarecida que sea, ni en el deseo o el interés de una nación, por más títulos que invoque al respeto de las demás; tiene que ser "la resultante" que nos ofrezcan las convicciones, los anhelos, los intereses de todos.

La codificación del Derecho Internacional en América, es, pues, un asunto que no tiene ni puede tener prisa.

Si no la ha tenido, señores, la codificación interna de los pueblos más sabios y experimentados, cuyas largas dilaciones en la redacción de sus códigos todos conocemos, ¿cómo imprimírsela a ésta obra, única y nueva en la historia del derecho humano, que debe constituir la gloria de nuestra América, y demostrar acaso que realmente habitamos un "mundo nuevo"?

En este caso, señores, más que en ningún otro, es aplicable, me parece, el profundo aforismo griego: "el principio es la mitad de la obra". Esperamos, señores, con confianza, el fallo de la ciencia, sobre esta resolución primera de la Junta

de Jurisconsultos Americanos; ella confirmará seguramente nuestro juicioso proceder, y nos estimulará, con su aplauso, en la continuación de la generosa empresa.

No es el momento, señores, de que yo pueda hablar del término de nuestros trabajos, como he hablado de su auspicioso principio. Sería aventuradísimo afirmar lo que vamos a resolver. No lo sabemos; no vemos aún claro en nosotros mismos; antes por el contrario, asaltan nuestra imaginación, y la oscurecen, muchas inevitables divergencias sobre puntos esenciales del derecho que queremos codificar.

No importa, señores; esas interesantes incógnitas son precisamente las que constituyen nuestra razón de ser; despejarlas es nuestra vida. El hombre que navega por el mar tampoco conoce la esencia de la remota estrella que le marca la ruta en las ignotas soledades; pero para ello le basta con ver su luz fija y conductora. Los pueblos americanos, señores, tienen su estrella, más o menos remota, más o menos misteriosa, pero inconfundible, para guiarse hacia el norte, en la ruta que ahora emprenden. Los pueblos americanos, "concebidos en libertad", según la frase lapidaria de Lincoln, son todos hijos de

la madre "Democracia"; y la democracia, señores, no es otra cosa que el respeto absoluto a la persona humana, con todos sus atributos esenciales: destino propio inalienable, libertad para realizarlo, dignidad, igualdad de especie, igualdad ante la justicia y ante la ley. Ahí está, señores, el término a que aspiramos: hacer una sociedad jurídica debidamente constituída de todos los estados americanos; pero constituir una sociedad que descanse en el principio de que todos recibimos la vida: la democracia internacional; el respeto absoluto hacia las "personas colectivas" o estados soberanos que, como las personas físicas en la sociedad civil, forman las unidades de la gran sociedad de los pueblos civilizados; la libertad, la igualdad, la dignidad de cada uno, sustentadas y defendidas por la libertad, la igualdad, la dignidad de todos; por la fuerza residente en el conjunto.

Señores:

La obra que emprendemos es una magna empresa, obra nueva en la historia del derecho humano, al que vamos a incorporar, como una nota, no disonante, por cierto, sino perfectamente ajustada al diapasón eterno del orden y la justicia universales, este nuestro naciente derecho americano. Vamos, pues, señores, a enriquecer el acervo de verdad y de justicia que forma la felicidad

de los hombres y de los pueblos, con los principios de justicia y de verdad que los estados americanos han logrado hacer cuajar, si se me permite la expresión, en la fórmula jurídica, gracias a circunstancias que les son propias, y les permiten ver con claridad el porvenir de la humanidad.

Pero no quisiera, señores, que mi anhelo de que la última palabra que aquí pronunciemos sea una palabra de felicitación, y, sobre todo, de aliento y de esperanza, me hiciera incurrir en algo que pudiera calificarse de vanidad o de jactancia americanas. Y a fin de evitar ese peligro, si peligro hubiera, recurro a la asistencia, para terminar, del pensamiento de Pascal, que todos vosotros conocéis, pensamiento angular entre todos los brotados de la mente humana: "Car enfin" — dice el insigne pensador — "car enfin, quíest-ce que l'homme dans la nature? Un néant á l'égard de l'infini; un tout á l'égard du néant. Un milieu entre rien et tout."

Trabajemos, señores, con el auxilio de Dios, en América, pero no sólo para América sino para la humanidad, con ese pensamiento, como estímulo de nuestra voluntad bienintencionada. Eso ha de ser, estemos seguros, la obra de este Congreso de Jurisconsultos Americanos: una nada, si que-

réis, con relación a la verdad absoluta; pero un todo, una nueva verdad abrigada por una persona nueva; un término medio, sobre todo, colocado entre los infinitos tiempos que pasaron, en que los pueblos eran enemigos, y los del porvenir, más o menos próximo, en que las relaciones de todos los estados soberanos, considerados como miembros que son de un solo organismo, serán sólo reguladas por principios de amor y de justicia, único agente de vida, y se realizará el advenimiento de los tiempos, soñados por el poeta, *"où tous ceux qui sont forts auront peur de leur force."*

EL AMOR ENTRE NACIONES

Discurso inaugural del cuarto Congreso celebrado en Montevideo, del Instituto Americano de Derecho Internacional.

---

22 de Marzo de 1911.

Me ha correspondido el honor, señores, de decir algunas palabras en esta sesión inaugural del cuarto Congreso del Instituto Americano de Derecho Internacional, como presidente que soy de la Sociedad Uruguaya que es parte integrante del Instituto. Ha cabido a ésta la satisfacción de recibir en Montevideo, designado con ese objeto en la Conferencia de la Habana, a los hombres de ciencia y de consejo que, abrigando y persiguiendo un ideal común que podríamos llamar el Espíritu o el Genio de nuestro continente, vienen a reunirse aquí, en busca del cuerpo orgánico de leyes que ha de ser animado de ese Espíritu como de su forma sustancial.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

He de procurar, señores, que las palabras con que llene mi cometido sean muy breves. Han de ser de satisfacción, en primer término, por el honor de recibiros y hospedaros que cabe a nuestro país; lo serán, además, confirmando las que en representación del Gobierno acaba de pronunciar el señor Ministro de Relaciones Exteriores, de bienvenida, en nombre de esta nuestra Sociedad Uruguaya de Derecho Internacional y de toda la sociedad de Montevideo; han de serlo, por fin, y esto sobre todo, de acogida, de alabanza, de acatamiento a ese Genio de la estirpe que os ha conducido hasta aquí, señores, y que, como el Ariel de nuestro Rodó, ha de presidir, callado y diáfano, invisible y presente, las deliberaciones del Cuarto Congreso del Instituto Americano que en este acto solemne inauguramos.

No es fácil, quizá, definir con precisión ese Espíritu benéfico que caracteriza y diferencia el pensar de América; acaso es indefinible, como todo lo primordial; pero él existe; no nos es difícil reconocerlo, sentirlo, mejor dicho, por un acto de introspección o de inmersión profunda en nuestro propio pensamiento, y deciros lo que de él en mí distingo será el objeto, muy subjetivo al mismo tiempo, muy lírico, de estas mis palabras inaugurales.

El Instituto Americano de Derecho Internacional fué precedido, de largos años, como sabemos, del Instituto Mundial de Derecho, que tanto conocemos, y que, durante ese tiempo, ha sido el mentor respetable y respetado de las naciones civilizadas, de las americanas inclusive, por supuesto. En ese Instituto se ha desarrollado en forma progresiva la ciencia; él ha sido nuestro maestro; en él se han consagrado principios y reglas que nos son comunes, y realizado progresos morales que todos hemos compartido. Ese Instituto continúa su benéfica labor.

¿Tenía razón de ser, sin embargo, la fundación de un Instituto análogo, no mundial sino Americano, de Derecho Internacional? ¿Tenemos nosotros nuestra razón de ser? Ese Espíritu continental de que sois forma visible, señores, sin ser, como no es, antagónico ni mucho menos, al que ha animado y anima el Instituto de Derecho Internacional Universal, ¿tiene algo que lo defina y diferencie de éste, que está actualmente presidido, como el nuestro, precisamente, por el ilustre ciudadano que se sienta a mi lado, James Brown Scott, tratadista sabio, pensador ponderado, buen americano y hombre bueno, cuya compañía nos es tan grata, y a quién especialmente debo saludar y saludo, a nombre de nuestra Sociedad Uruguaya de Derecho?

Nosotros vamos a confirmar, no cabe duda, y ratificar los principios fundamentales en que hoy se apoya la ciencia del derecho internacional; vamos a reconocer, en las naciones, entidades, no sólo coexistentes, como los árboles o las piedras, sino constitutivas de una sociedad natural, análoga a la sociedad civil o política de que todos los hombres civilizados somos parte. Así como la sociedad política se forma, *ipso facto e ipso jure,* por la simple coexistencia de los seres humanos, de las familias más bien dicho, en un espacio determinado de la tierra, así nace la internacional por la coexistencia sobre toda la tierra, de las distintas sociedades políticas o pueblos civilizados, organizados si quereis mejor, con la organización necesaria para tener funciones de relación con los seres de su especie. Y aplicando el aforismo *"ubi societas ibi jus"*, vamos a procurar dictar algo así como un derecho constitucional de esa sociedad de naciones, un derecho civil y comercial, uno administrativo, y hasta un *derecho penal,* (el supremo escollo) que rijan las relaciones de justicia entre los estados soberanos.

Bien sabemos, señores, no ignoramos que hasta se ha negado la existencia de un Derecho Internacional, ya no digo Americano, pero aún

universal. La enorme catástrofe de que ha sido testigo nuestra generación consternada (iba a decir escandalizada) ha apoyado aparentemente esa penosa negación. Pero si conocemos ésta, también sabemos cómo ha sido aniquilada por la afirmación contraria; cómo ésta, la existencia del derecho, piedra angular de nuestro edificio, es un postulado de la ciencia.

De no haber podido conjurar la gran catástrofe no se sigue que el Derecho Internacional no sea una realidad, como no se sigue la no existencia del constitucional de la existencia de las tiranías y las revoluciones; ni la del derecho civil o penal de la de los pleitos o los duelos o combates singulares.

Bien sabemos, ¿quién puede ignorarlo? que nuestra empresa ofrece dificultades, insuperables al parecer; pero precisamente por eso nos reunimos y volvemos a reunirnos con espíritu científico, sólo científico, es decir, con el solo anhelo de dar con la verdad, entendiéndose por tal una resultante de verdades, experimentales sobre todo, teniendo en cuenta que el Derecho Internacional sin perjuicio de los grandes principios inmutables, es un derecho consuetudinario. Que no estamos en presencia de problemas empíricos que puedan ser resueltos por un gran pen-

sador o confiados a un inventor genial, sino que debemos ocurrir en consulta a las naciones, y oirlas atentamente, hasta dar con *su verdad,* con la verdad de las naciones, de todas y cada una de ellas, que debe ser una, como toda verdad, pero que se revela en los hechos, en su repetición, en el agente que los determina.

He hablado de la gran catástrofe, señores, del naufragio de tantas cosas, de tantos principios, sobre todo, que se creían intangibles, insumergibles! Bien podemos llamar naufragio a aquel desastre, de cuyo horror aun no hemos salido del todo, ni saldremos en mucho tiempo; bien podemos llamarle naufragio, sumersión de la pobre humanidad en el océano sin fondo de su misteriosa inclinación a la muerte. *¡Non omnis moriar!* La humanidad no perece, sin embargo; la vida persiste, prevalece; los hombres resucitan; los pueblos sobrenadan.

Cuando, en las horas trágicas del salvamento, oíamos las voces de los nautas que lo presidían llegó a mi oído, entre dos ráfagas huracanadas, y quedó más que ninguna otra en él, la vibrante de Lloyd George, el inglés, que daba voces en la oscuridad. ¡Centinela! ¿Qué ves en la noche? gritaba... ¿qué ves en la noche? Y en una de las conferencias de Ginebra, dirigiéndose a los

periodistas angloamericanos, les dice: Yo no veo, por mi parte, más camino de salvación que encauzar la política internacional por la vía cristiana del amor.

Más que la frase o la solución de un estadista, esa parece ¿no es verdad, señores? parece la de un poeta o la de un místico, si ya no la de un pájaro posado en un escollo. Es literal de Lloyd George, sin embargo, de Lloyd George el inglés, y dicha en el momento del pensar profundo; en el de suprema angustia. Bien merece la pena, aunque la frase sea tan bella, de ser tomada muy en serio, y seriamente meditada. Es lo que haré para llenar mi cometido de deciros algunas palabras inaugurales.

Lo primero que acude al pensamiento es uno muy recóndito, que someto sinceramente a vuestra atención, señores, como si estuviéramos en familia: ¿Es realmente posible el amor entre naciones?

He ahí la cuestión, que envuelve múltiples problemas. Vosotros sabéis de escuelas que excluyen en absoluto el amor de entre los agentes de felicidad; el amor no es nada para ellas; no es un elemento biológico susceptible de experimentación; no es una realidad, por lo tanto, no es una fuerza; no es cosa científica... no es nada.

Yo, con Lloyd George, creo que es algo; llego a creer, por mi parte, que es todo; no sólo es una fuerza, la suprema, la creadora, sino que es una realidad sustancial, una sustancia, lo que se llama una sustancia, de que procede todo cuanto existe.

No sé, no quiero, cuando menos, precisar y analizar el problema de si es posible el amor entre naciones; tendríamos que comenzar por definir lo que es amor, vida de uno en otro. Pero si el amor entre naciones es posible en alguna parte, en ninguna podría serlo como entre nosotros, entre los pueblos de este continente emancipado, hermanos de veras, como hijos que somos de una sola madre autóctona: de la buena y generosa madre *Democracia*. Y nadie por lo tanto, podría hablar con más sinceridad que nosotros, ni con tanta, de ese camino de que nos habla el estadista inglés.

Reconozcámosla bien, mirémosla bien a esa nuestra madre Democracia, y veremos como es en ella, si regula las relaciones, no sólo entre los hombres en la sociedad civil sino también las de los pueblos en la internacional, sólo en ella es donde puede y debe concebirse el amor recíproco. En otra ocasión yo expuse esa doctrina, según la cual el amor no se concibe sino entre seres de la misma especie, entre *semejantes*. El

hombre no ama propiamente al perro o al caballo, he dicho en un libro mío que estoy recordando; su inclinación a esos animales o a otros es algo análogo al movimiento que puede inclinar al perro o al caballo hacia el hombre; simple goce de la naturaleza, movimiento fisiológico, biológico, si queréis, como el amor al agua o al fuego.

No puede darse en la historia un conjunto de pueblos más semejantes, más capaces, por lo tanto, de amor recíproco, que estos de nuestra América, nacidos hace un siglo, en un solo soplo de vida, en un instante, al llamado de una misma voz. Pero ese concepto de Democracia reclama un análisis especial en el caso presente: en el de la Democracia internacional, o amor recíproco entre semejantes colectivos. Las Américas nacieron, se desprendieron de las entrañas de las tres metrópolis, Inglesa, Española, Portuguesa, sin heredar de ellas nada que no fuese positivo, afirmativo, eficiente; no recogieron los odios históricos, tradicionales, que parecían formar parte integrante y estimulante necesario del sentimiento de Patria en los antiguos pueblos: no supieron de sus envidias, ni de sus antipatías. La independencia de América no fué, en su esencia, una negación; no tuvo un rencor esencial; ni siquiera el que podría presumirse contra las metrópolis con que hubo

de guerrear. Se combatió contra ellas; pero no por odio, si ya no fué el despertado para estimular la lucha misma, o el provocado por ella; no por envidia, sino por amor a la propia felicidad, a la propia libertad. No bien conquistaron ésta, el amor a la misma metrópoli contra quien se luchó, renació preferente en el alma americana, y constituye todavía uno de los motivos, no el menos poderoso por cierto, de congénita simpatía, y de misión armónica, y de común destino entre los pueblos hispanoamericanos, (digamos iberoamericanos, si quereis, para comprender, con la precisión debida, a los de origen portugués) que hoy ofrecen al mundo su sincero ideal, su ideal cuando menos, de mutuo amor y respeto en la madre Democracia. El amor de esos pueblos entre sí y hacia los demás es congénito; son ellos, por lo tanto, los que, sin jactarse de haber realizado aquel ideal, pueden decir algo propio, algo original, a los demás pueblos, sobre el camino de la salvación que veía Lloyd George, el inglés, en las horas de tinieblas tempestuosas, y que bien puede ser el único, como él lo dice.

Bien es verdad, señores, que en nuestra América ha habido también guerras, que parecían internacionales como las demás. Pero notemos en

ellas algo de muy característico: pasada la guerra, todos hemos quedado tristes, todos, los vencidos y los vencedores. Más aún: todos nos hemos sentido vencidos... No sólo no hemos quedado enconados y apercibidos al desquite o revancha inevitable, tan clásico en las guerras entre pueblos realmente enemigos, sino que nos ha quedado una misteriosa angustia en el corazón, un anhelo casi místico de reparación, si ella fuera posible, de olvido, de compensación.

Yo he recordado alguna vez, y quiero recordarlo ahora, uno de esos casos. Pudieran citarse numerosos en la historia de nuestra buena América heroica; pero pueden concentrarse en el que ahora viene a mi memoria; en el de la devolución, por nuestra parte, a uno de nuestros hermanos, de aquellos que llamamos en algún tiempo "trofeos de la guerra del Paraguay" depositados algún tiempo en nuestro museo, y que hoy, en los museos paraguayos, podrían llamarse "trofeos del amor internacional", de ese amor, precisamente, sobre cuya existencia estamos discurriendo.

En nuestro museo nacional se custodiaron, como digo, durante algún tiempo, esos llamados "trofeos del Paraguay": algunos tambores agujereados por las balas, unos cuantos fusiles, algunas nobles banderas desteñidas. Eso estuvo

allí algunos años... no sé cuantos, cincuenta o sesenta, si mal no recuerdo.

Pero ocurrió una vez que un presidente de la república, movido, no de un pensamiento sino de un espíritu, tuvo lo que suele llamarse una corazonada. Visitaba nuestro Museo Nacional en compañía de un ministro del Paraguay... Y se encontraron con aquellos trofeos... Ambos pasaron de largo silenciosos... Y el presidente del Uruguay, no bien se despidió de su huésped, tuvo la corazonada que digo. Tomó todo aquello, banderas, fusiles, tambores agujereados, y, sin más trámite, lo envió a su dueño, el Paraguay, diciéndole que le devolvía lo que era suyo. Y que sólo le pedía en cambio lo que realmente le daba y animaba aquellas cosas: la devolución de su afecto fraternal todo entero, sin reserva alguna.

Yo no sé si eso era o no correcto según la ley constitucional escrita; ni lo sé ni quiero saberlo. Sólo sé que el pueblo uruguayo, todo él, sin una sola discrepancia, sin detenerse tampoco a averiguar si aquello era o no legal, como obedeciendo a una ley más fuerte que todas las escritas, hizo suya la corazonada del presidente. Sólo sé que el Paraguay, todo él, salió al encuentro de la embajada que le llevaba los trofeos; con lágrimas en los ojos, besó sus viejos tambores, sus sacras

banderas, sus reliquias, y dió al Uruguay lo que éste le pedía: todo su afecto.

Eso sí que puede llamarse un *tratado* de paz y de amistad, señores, ¿no es verdad? Bien se percibe su diferencia con los tratados que, como un sarcasmo algunas veces, son llamados Tratados de Paz, y que son precisamente todo lo contrario de tratados, y todo lo contrario de paz, como que no son otra cosa que la voluntad o la sentencia de la Guerra.

Si haceis memoria, señores, acaso recordaréis, en todos y cada uno de vuestros países, algo análogo. No he de recordarlos yo; nos perderíamos en la historia; pero por su proximidad con el anterior, quiero recordar una de tantas actitudes de la República Argentina, nuestra hermana, relacionada con esa misma guerra del Paraguay. El Canciller argentino, en 1922, se dirige al Congreso Nacional proponiéndole la condonación, sin condiciones, de la deuda paraguaya, la reconocida en el tratado de paz.

Os daré lectura de algo de ese mensaje. "Con el profundo convencimiento de que ha desaparecido para siempre toda posibilidad de vicisitudes entre nuestra nación y cualquiera otra de América, dice el ministro, creo que es imperioso borrar, cuando menos, la materialidad de todo recuerdo

doloroso, a fin de vivir tan sólo identifcados en los ideales de mutuo engrandecimiento hacia nuestros comunes destinos."

"Existe la deuda de guerra del Paraguay. Pues bien. Por los fundamentos que inspiran este mensaje, cuya sola iniciación basta para que sean debidamente consagrados, debe declararse extinguida esa deuda. El P. E. *seguro de interpretar el sentimiento nacional,* somete a V. E. esta condigna solución histórica".

¿Conocéis, señores, hechos análogos a estos en los pueblos del viejo mundo?

Yo los busco y no los encuentro. No sin fundamento, pues, podemos afirmar que sí, como yo lo creo, ha visto bien en la oscuridad el pensador y estadista inglés; si no se concibe más *camino de salvación que encauzar la política internacional por la vida del amor,* es en nuestra América, concebida en Libertad, hija legítima y predilecta de la buena madre Democracia, emancipada de los rencores seculares de los viejos pueblos, sin rivalidades de razas, sin envidias ni malquerencias, es en ella, en nuestra América, donde ese Espíritu de que somos portadores, puede tomar forma en un cuerpo de leyes positivas. Ese es nuestro deber de americanos: si hay algo que nos caracteriza y diferencia nuestro continente, si realmente somos

un nuevo mundo: buscar, con sinceridad esa forma, hasta dar con ella; formar el primer coágulo cósmico, si me permitís la expresión, en la masa universal en que debe cuajar la Sociedad Internacional constituída por todos los pueblos civilizados.

Tiene, por lo tanto, su razón de ser este Instituto Americano de Derecho Internacional, formamado por la conglomeración de las sociedades filiales de todas las repúblicas del continente. Y sin que exista propiamente un "Derecho Internacional Americano", nuestra América tiene algo propio que decir, algo original, que comunicar a los hombres, no sólo sobre el único camino de paz que, llamando al misterioso centinela de la noche, veía el inglés en la pasada tempestad, sino algo sobre el derecho humano que conjure las tempestades del espíritu, en que se incuban las de la naturaleza.*Mens agitat molem.*

Firmes en esa convicción inauguramos nuestras fraternales deliberaciones con este acto solemne. Lo haremos presididos por el Genio invisible y presente que he invocado al principio; discurriremos ennobleciendo más y más, si cabe, nuestro propio sentimiento nacional; haciendo pasar el patriotismo del rango de sentimiento al de virtud; rectificando el viejo aforismo *"si vis*

pacem para bellum" y sustituyéndolo por el de la Democracia: *"si vis pacem para pacem";* si quieres paz en los hechos, prepara la paz en las almas; que la paz es una cosa espiritual; buscaremos la verdad, por fin, estimulados por la esperanza, en la convicción, si queréis, de que este cuarto Congreso del Instituto Americano de Derecho Internacional, será un paso más, chico o grande, en el camino de la montaña. Y en cuanto a nosotros mismos, los obreros bien intencionados, sintámonos alentados por la ilusión, si es sólo una ilusión de que pueda decirse que el mundo es un poco mejor, un poco más justo y más bueno, porque nosotros hemos nacido...

Y porque nos hemos reunido en esta amable asamblea de rectos corazones, cuarto Congreso del Instituto de Derecho Internacional, que me cabe el honor de declarar inaugurado.

EMBAJADA AL PARAGUAY

Presentación de credenciales, en la Asunción, el 15 de agoto de 1921.

Señor Presidente:

Al cumplir el encargo de poner en manos de Vuestra Excelencia esta carta del Presidente de la República Oriental del Uruguay, vuestro grande y buen amigo, no puedo menos de decir y recordar ante el Presidente del Paraguay, algo de lo mucho que, en forma personal y afectiva, he dicho al Paraguay mismo, a la alta y noble persona del Paraguay, tan predilecto al alma uruguaya. No he de olvidar las exigencias de mi investidura; pero ellas son perfectamente conciliables con las de mi corazón, porque debo creer que, mucho más que mis aptitudes o merecimientos, es ese mi notorio amor a esta amable tierra, tantas veces expresado, el que me ha proporcionado el honor y la alegría de ser portador de esta carta que pongo en vuestras manos.

El doctor Brum os dice en ella que me ha elegido su Enviado o Embajador, no sólo para proclamar y sellar una vez más, en esta ocasión solemne, nuestra preciosa amistad recíproca, sino que, consecuente con sus propósitos de magistrado, y también con sus doctrinas de profesor de derecho, desea que yo coopere a la obra de solidaridad americana que ha sido y es su grande anhelo.

Pues bien, señor; para secundar ese propósito es conveniente que hable en mí no solo el funcionario sino también el hombre; que mis palabras no tengan sólo un sentido, sino también un alma. Ese anhelo de solidaridad entre los pueblos todos de América, paso previo y seguro hacia la de todos los del universo, no será satisfecho mientras esas palabras de vida no arraiguen y germinen en el corazón de las naciones. El comercio... el cambio... los intereses materiales... si, bien comprendemos que todo eso puede contribuir noblemente a la obra de paz y de armonía; pero confesemos que, hoy más que nunca, se siente vacilar la fe en la segura influencia benéfica de los solos intereses. Los pueblos más vinculados por ellos han sido enemigos, encarnizados enemigos, desgraciadamente. Podemos, pues, afirmar, con melancólica amargura, pues lo sen-

timos en las entrañas dolorosas, que el interés material no es vínculo de paz, sino cuando tiene por precursor y por base el respeto, la consideración, el amor, el amor sobre todo, alma del universo, única simiente de paz y felicidad.

El afecto de mi país hacia el vuestro, de que soy intérprete, señor presidente, pudiera acaso ofrecerse como el tipo de esa divina fuerza conglomerante, más poderosa que la voluntad humana. Los paraguayos y los uruguayos nos amamos "porque sí"; recordamos, y sufrimos, y gozamos el uno en el corazón del otro, que es lo que se llama amor. El oriental ama en el paraguayo no un nombre, una abstracción, sino al hombre de carne y hueso nacido en esta tierra, con su acento inconfundible, con su carácter heroico, con sus ojos llenos de altivez amable. Así lo quiso Artigas, cuando aprendió en la naturaleza la ley recóndita de armonía que rige nuestros destinos nacionales; así lo amaba, cuando recibía agradecido de manos paraguayas el pan de su serena ancianidad, en esta tierra bendita que le dió descanso en la vida y en la muerte.

Si cultivamos, señor (y sí cultivaremos) ese tesoro heredado, todo lo demás, progresos materiales recíprocos, apoyo mutuo en el camino de la vida nacional, todo nos será dado por añadi-

dura, como dice el Evangelio. Vano será, completamente vano, querer invertir los términos; el amor no puede ser objeto de tratados.

Sírvanme estos conceptos, señor presidente, y todo lo que ellos nos sugieren, para poner de relieve la cordialidad con que desempeño la gratísima misión que me honra tanto. Traigo para Vuestra Excelencia las congratulaciones del gobierno y del pueblo uruguayos, en este momento en que, rodeado del respeto y de la gratitud de vuestros conciudadanos, entregáis el poder a vuestro digno sucesor el doctor Gondra; traigo para éste, como una repercusión de las aclamaciones de que acaba de ser objeto en Montevideo, los más expresivos augurios de acierto y felicidad en el desempeño del cargo a que lo han llamado sus virtudes y merecimientos; traigo, por fin, un grande y efusivo abrazo del pueblo uruguayo para este del Paraguay su buen hermano, el hermano predilecto entre todos los muy queridos de la estirpe ibero-americana.

UN OBSEQUIO DE ESPAÑA

SU ENTREGA POR EL SEÑOR DON ALFONSO DANVILA, PLENIPOTENCIARIO ESPAÑOL EN MONTEVIDEO, EL 14 DE MARZO DE 1923. DISCURSO DEL SEÑOR DANVILA Y CONTESTACION

DISCURSO DEL SEÑOR ALFONSO DANVILA

Nos encontramos aquí reunidos, señores, para llevar a cabo una ceremonia singular y extraordinaria, que no creo reconozca precedentes hasta la fecha, pero que puede marcar un jalón en la historia de los homenajes y de las distinciones tributadas a personalidades vivas, en la plenitud de sus facultades y dinamismos prestigiosos.

Se trata de hacer entrega, como representante de Su Majestad don Alfonso XIII y del Gobierno español, a don Juan Zorrilla de San Martín, gloria de la Nación uruguaya, que lo vió nacer, y figura consagrada por cuantos pueblos hablan el idioma castellano, principiando por España, de esa piedra que contemplamos, varias veces secular, donde se perpetúan esculpidos los timbres de hidalguía que conquistaron en remotas épocas los antepasados del Poeta, y que, arrancada del viejo muro que ilustró durante tanto tiempo, allá, en el pueblecito de San Martín, en el valle de Soba, viene hoy a com-

pletar, con sus rancias añoranzas, el evocador aspecto de la blanca y graciosa torre de esta mansión, donde las preferencias nunca desmentidas de su propietario hacia las manifestaciones artísticas de la madre patria, y el gusto depurado del artista, han sabido fundar otra casa solariega de ambiente netamente español, no menos sólida que aquélla labrada por sus mayores en las montañas santanderinas, pero que, en lugar de rivalidades sangrientas o aventuras reivindicadoras, sólo trae a la mente de quienes en ella penetran, el recuerdo de la paz y de las dulzuras de las artes, de la existencia hogareña, de la satisfacción del deber cumplido en la vida respecto de los demás y de sí propio, del derecho a la meditación y al descanso, harto ganado después de medio siglo de labor intensísima y de triunfos conseguidos exclusivamente merced al esfuerzo individual y a la voluntad férrea, peculiar de los individuos de su temple y de su raza.

El relato de los antecedentes que motivaron el presente acto, y la exposición de los motivos que justifican tan inusitado obsequio, con carácter oficial, no pueden ser más sencillos, más afectuosos, ni más gratos para quien tiene la

suerte de repetirlos en público y delante del mismo interesado.

El autor de *Tabaré,* cuyo culto por la tradición española nunca se ha desmentido, pudiendo considerársele, sin exageración, como su más ferviente y antiguo propagandista en América, conserva siempre vivo en la memoria el recuerdo de una visita al valle de Soba, cuando aún desempeñaba la Plenipotencia del Uruguay en Madrid, y de su peregrinación sentimental por aldeas y lugares, para rememorar los cuentos paternos y vivir el presente en el pasado, con intención de reflejar más tarde ambos hacia el porvenir, fascinador e insondable.

Aquel escudo viejo de la casona ancestral, edificada, como la iglesia y como otros monumentos, por los Zorrilla de San Martín, y pasada desgraciadamente a manos extrañas, persistía en la memoria del Poeta, no obstante los años y los azares de la existencia, lamentándose a veces, en la intimidad, de las dificultades encontradas siempre para rescatar la reliquia de manos de su propietario, cuyas exageradas pretensiones hacían casi imposible la adquisición del preciado emblema por particulares a quienes no acompañara la cualidad de millonarios, o la menos cotizada de manirrotos.

Cuando poco a poco fué surgiendo de los arenales esta casa en que estamos, cual otro poema del artista, con sus albas paredes, sus forjadas rejas y sus mozárabes arriates; cuando los azulejos multicolores irisaron sus dibujos en la claridad diurna y el agua borbotó armoniosa en esa arábiga fuente, y el sol de vuestra tierra se quebró sobre las coloradas tejas construídas a la usanza mora; cuando la admiración de los orientales se significó justiciera denominando a la calle vecina con el nombre del gran poema *Tabaré,* la obra más popular del Poeta, la imaginación de éste, siempre en actividad, siempre soñadora, siempre apasionada, tornó a volverse añorante hacia el otro solar entrevisto una vez, y perennemente presente a su devoción y a su ternura de buen hijo.

El moderno retiro resultaba perfecto y correspondía en un todo a las aspiraciones de quien en él pensaba detener el curso de la vida, rodeado de los descendientes que con tanto brillo saben mantener el lustre del abrumador apellido; pero para completar la ilusión del hogar reconstruído, de la España lejana, tan evidente en los menores detalles de esta construcción, necesitábase algo auténtico, algo íntimo, algo tan personal y tan respetable que consagrara

y perpetuase, en los tiempos venideros, el sueño y la aspiración constante de una de las inteligencias más privilegiadas con que América cuenta: ese sueño y esa aspiración que estriba en fomentar el engrandecimiento espiritual y moral de las Repúblicas hispanoamericanas, basándose en el reconocimiento de la nobleza, y las cualidades heroicas del país de que proceden.

Las piedras del valle de Soba, no por lo que valen en sí, sino por lo que representan y por su origen, constituían el único objeto capaz de dar forma y de completar el ideal del poeta. Adquirirlas y regalarlas al benemérito intelectual, por suscripción o mediante cualquier otro procedimiento, resultaba factible y habría podido intentarse; más dudo mucho, conociendo como conozco a Zorrilla de San Martín, que tal recurso le hubiera satisfecho y colmado sus desinteresadas aspiraciones. Era necesario algo más. Tenía que inventarse una fórmula nueva y especialísima para hacer llegar hasta el hombre uruguayo el testimonio indiscutible de su abolengo hispano. Si el hecho de sacar los escudos familiares del pueblo de San Martín para trasladarlos a Montevideo había de representar algo más que un motivo de ornato en una casa particular, era España quien debía encargarse de hacerlo, des-

de el principio hasta el fin, sin que nadie, ni siquiera el propio interesado, se diera cuenta de ello, completando, en forma tan espontánea como cordial, aquel famoso homenaje de que hace pocos años fuera objeto aquí, en el Uruguay, su Poeta nacional por excelencia.

Así lo comprendió el Gobierno de mi pais inmediatamente, y así lo ha llevado a cabo, deseoso de hacer ostensible, en una forma que se alejara por completo de las solemnidades protocolares consagradas por el uso, e innecesaria cuando se trata con personas de familia, toda la profunda estima y el sincero reconocimiento que en España sentimos, cuantos nos ocupamos en seguir los progresos de la cultura americana, por el nombre y por la autoridad del autor ilustre a cuya inspiración debemos el mejor poema épico castellano de los tiempos modernos, y del generoso pensador que, a fines del siglo XIX, y cuando apenas alboreaba esa corriente que hoy se propaga fervorosa e infatigable con el nombre de hispanoamericanismo, tuvo el coraje de hacer oír su magnetizadora voz junto al Convento de la Rábida, en el Ateneo de Madrid, en Academias y Congresos, donde quiso y donde pudo, para proclamar ante sus atónitos audito-

rios, en discursos que hoy figuran por antologías y se aprenden en las escuelas como modelos de buen decir, la política del afecto y la unión indispensable entre descendientes de la misma sangre, el orgullo santo por las glorias comunes, y la necesidad imprescindible del arbitraje para dirimir querellas o disensiones entre ramas del mismo tronco.

Poeta, historiador, sociólogo, ensayista, tribuno, diplomático, internacionalista, místico, hombre de pasión, patriota modelo, el doctor Zorrilla de San Martín, sin abdicar por nadie, ni nunca, de los arraigados ideales inseparables de su personalidad, (y por esta vez perdonará la modestia del polígrafo que un viejo amigo se complazca en proclamar sus cualidades), ha hecho por el Uruguay cuanto de un ciudadano de sus méritos podía esperarse para contribuir al renombre de una nación adorada, conmoviendo además con su verba el alma de todos los públicos a quienes se dirigió en nombre de la patria, o excitando los sentimientos más nobles en los heterogéneos auditorios que, dentro y fuera de su país, tuvieron la suerte de escuchar su incomparable palabra.

A esta personalidad tan americana y tan

española a la vez; a esta inteligencia tan varia y tan universal; a este temperamento batallador, que nunca suscitó odios ni discordias; a este corazón cuyas raíces jamás perdieron contacto con el suelo donde alentaron sus abuelos, y cuyos latidos se han hecho sentir por ambos mundos, es a quien se dedica la prueba de estimación que hoy ofrece España, colocando en su mansión uruguaya, junto al poderoso río celebrado en sus estrofas inspiradísimas, bajo el cielo azul que recuerda el de Andalucía, sobre ese muro que obreros nacionales levantaron ante las miradas del cantor de su independencia, la piedra donde figura el escudo de los Zorrilla, en torno del cual se lee el ascético lema de familia que tan bien corresponde con los sentimientos de su preclaro representante actual:

VELAR SE DEBE LA VIDA DE TAL SUERTE QUE VIVA QUEDE EN LA MUERTE.

Lejos, muy lejos del ánimo de mi Gobierno estuvo, al adquirir este trofeo de quien lo poseía, y al aceptar el espontáneo ofrecimiento de los vecinos de San Martín, de ser ellos mismos quienes personalmente lo desmontaran del muro en que se encontraba empotrado, la idea de propiciar vanidades nobiliarias, que tan poco se ave-

nían con el carácter democrático y la individualidad del personaje a quien se trataba de rendir tributo admirativo. Ciudadanos como don Juan Zorrilla de San Martín no necesitan apelar al testimonio de nadie, por muy importante que haya sido en vida, para patentizar la nobleza de su condición y lo preclaro de la sangre que corre por sus venas. Antes, por el contrario, cuantos fueron primero que él honraríanse al contemplar la descendencia que engendraron; y si algún punto de orgullo cabe al emplazar esos emblemas en tierra americana, corresponde por completo tal sentimiento a mi patria, que coloca esa partida de origen como prueba irrefragable que atestigüe la descendencia española de quien tan altamente sabe enaltecer las virtudes de su estirpe.

La intención, a que obedece este presente, corresponde a la noción reflejada en el último capítulo de las "Resonancias del Camino", donde el propio Zorrilla relata su visita al Valle de Soba, y sus impresiones al recorrer la cuna de sus mayores. Acaso en ninguna otra página del autor, se trasluce un sentimiento más íntimo más delicado, más impregnado de melancolía y de respeto. Prolongar ese sentimiento, propor-

cionándole un motivo constante de renovación, y de existencia; transmitirlo a sus hijos, y tender un puente ideal que una la realidad de lo que es con la memoria sagrada de lo que fué: tal es el objetivo de la mudanza de estas piedras, y tal la explicación del homenaje de un país que no se considera aquí extranjero, al alma de un poeta que admira, y de un pensador que merece su agradecimiento.

Pláceme, por consiguiente, señores, casi tanto como me honra, el cumplir la misión de entregar al gran Uruguayo, al gran escritor y al gran amigo, este escudo de sus mayores en que, a poseer autoridad bastante para hacerlo, yo añadiría otro cuartel, donde se perpetuaran, entre laureles, los triunfos del insigne hombre de letras, celoso cultor de la lengua y de la tradición hispánica en América, y representante genuino de la potencialidad espiritual del pueblo uruguayo, hijo a su vez muy querido de España, la buena madre inmortal.

CONTESTACIÓN

Bien os habéis dado cuenta, señores, de que no os he rogado que me acompañéis en este momento para haceros oir esas generosas alaban-

zas con que ya sabía yo había de conmoverme y confundirme mi ilustre amigo el señor Ministro de España, obedeciendo, es cierto, a instrucciones de su gobierno, pero, más que a ellas, a las de su generoso corazón español; tampoco os he pedido que vengáis, con el solo fin de haceros testigos del honor inmerecido (nadie mejor que yo lo sabe) de que soy objeto. Yo os aseguro, señores, que mi deseo hubiera sido imprimir a este acto, tan extraordinario en sí mismo, un carácter íntimo, doméstico; realizarlo con sólo mis hijos y mis nietos; recibir esa piedra preciosa, si las hay, de manos del señor Danvila, y guardarla... iba a decir esconderla, como si fuera cosa robada, entre mis tesoros de familia.

Pero no podía ser. No era esa, en primer lugar, la intención, bien manifiesta, del generoso donante; el señor Ministro Danvila obra en representación de Su Majestad Don Alfonso XIII, y de su Gobierno; tiene su mensaje un carácter oficial y público; el que me trae, por fin, invalorable obsequio, lo es de una persona a quien no sólo debo gratitud, sino también el más alto honor: lo es de España, de la gran Persona España... nosotros solemos llamarla, y no sin mucha causa, la madre España; la madre inmortal, acaba de decirla también con sobrado

motivo el hijo esclarecido que con tanta dignidad la representa, y es ahora el órgano elocuente de su generoso pensamiento.

Nó, no podía ser. Yo he tenido que buscar, señores, una forma pública y honrosa en qué recibir ese obsequio, y dar a este acto, que con razón califica de singular y sin precedentes el señor Ministro, la solemnidad que él requiere. Y para ello; para corresponder dignamente al honor que recibo; para dar a este acto un prestigio que yo no puedo darle, yo he debido recurrir, y he recurrido, a lo que en mi tierra poseo de más valioso: a mis amigos, a vosotros, señores, a quienes he considerado y considero tales; que como a tales me he tomado la libertad de llamar, y que de tales me dáis prueba con vuestra presencia en esta casa.

Con esto quiero decir, señores, que, al llamaros como amigos, no he podido menos de tener en cuenta también el carácter público de mis conciudadanos a quienes me he atrevido a rogar que me acompañen hoy. Debo referirme especialmente, como es natural, al Señor Presidente de la República, a quien, como a tal, como a jefe de la nación, dignísimo por cierto, no sólo como a generoso amigo, tenía necesidad de llamar, y la tengo ahora de saludar y agradecer; pero debo

otro tanto a todos los ciudadanos constituídos en dignidad política que me acompañan, y que imprimen a mi persona un valor que ella no tiene por sí misma, al hacerla núcleo conglomerante de la entidad capaz de corresponder al amable gesto de España: de la nación uruguaya, que bien puede recibir conmigo, como si fuera para ella misma, para ella, que todo lo merece, ese presente que, si bien se mira, no es otra cosa que un recuerdo afectuoso consagrado a mi país. Con él he estado siempre identificado, efectivamente, sea hablando como representante suyo, sea haciéndolo personalmente, al venerar a España v al enaltecer su nombre, es decir, al conquistar los títulos que me han merecido el honor que ahora recibo.

Algo de eso tiene, señores, algo del afecto internacional desinteresado, que parece inverosímil, esa condecoración de nuevo género acordada por un gobierno a un ciudadano extranjero, si extranjeros somos nosotros en España; algo digno de meditarse tiene ese pedazo de piedra de la montaña cántabro-pirenaica que, con un mensaje de extrema benevolencia, me envía España, la buena España, su esclarecido Rey, a mí, modesto ciudadano del Uruguay, sin ningún carácter público representativo, y sin más

riquezas que algunas palabras rítmicas que nacieron en mi voz, y que yo sembré en el viento.

Yo no sé, señores, cuál de esas palabras, habladas o escritas, esparcidas por mi esfuerzo entre las almas, es la que ha podido tener la suerte de caer en una de ellas como en fecunda tierra, y germinar, y producir este fruto de bendición; pero alguna fué, no hay duda, alguna palabra afortunada, que, tocando un corazón español predispuesto, transformó en virtud y hasta en mérito lo que es sólo una ley natural del hombre, mi consecuencia en el amor a mi estirpe, a mi padre, a la patria de mis abuelos, y sugirió la idea de inventar esta conmovedora recompensa.

Muy conmovedor, muy entrañable, efectivamente, es el obsequio que me habéis traído, señor Ministro de España. Yo no hallaré los términos de agradecerlo. Y es de una belleza incomparable. ¿No es verdad, señores, que es fuertemente bella la idea que ha movido y transportado esta piedra de un lado al otro del Atlántico? Es idea de artista; gesto de gran Señor; recuerdo de hermano opulento y generoso; pensamiento de un profundo corazón.

Porque lo que ha dicho el señor Danvila es la

verdad, señores. Esto se ha hecho todo, desde el principio hasta el fin, por España, sólo por ella, sin que nadie se diera cuenta, sin yo sospecharlo siquiera; con el cariño de un regalo de familia. Es un regalo de Reyes, no cabe duda.

No es que yo no hubiera pensado en él, sin embargo. Yo había pensado, sí, en ese escudo, que había visto en una vieja construcción almenada, obra, según parece, de mis abuelos, en un picacho de la montaña de Santander, allá en el valle de Soba, en la aldea de San Martín, cuyo nombre llevo en mi apellido. Desde que la vi la vez primera, hace treinta o cuarenta años, cuando fuí a visitar, como en peregrinación a una tierra santa, con mis primeros hijos, la casa aldeana en que nació mi padre, yo pensaba con cariño en esa piedra, en las empresas de sus cuarteles fuertemente esculpidas, en su divisa sobre todo, en esa su divisa o mote rígido: "*Velar se debe la vida de tal suerte que viva quede en la muerte*".

Era mi tradición paterna, señores; la del honrado hidalgo montañés que fué mi padre... mi buen padre... Yo no puedo apartar su nombre ni su recuerdo de mi alma, amigos míos, en este momento solemne de mi vida... y también de la suya... ¡también de la suya!... Me perdonaréis este homenaje a ella, casi religioso; a ella,

a su buena memoria... ¡El honrado hidalgo montañés! ¡Mi buen padre español! Bien quisiera yo ser digno de su nombre, señores, más aún que de los blasones de ese escudo ancestral, que, sin la más mínima pretensión, por cierto, sobre linajes ni abolengos, él me describía, cuando yo era niño, y cuya divisa o mote magnífico me repetía, con el énfasis de los viejos hidalgos castellanos: *"Velar se debe la vida de tal suerte que viva quede en la muerte."*

Comenzaba yo entonces, señores, cuando vi por primera vez aquella hermosa tierra montañesa, y la casa solar de San Martín, y el viejo escudo empotrado en sus sillares ruinosos, comenzaba yo entonces ese segundo período de nuestra vida en que el hombre empieza a mirar ansioso, no sólo hacia adelante, sino también, de cuando en cuando, hacia atrás; en que el pasado nos mira a su vez con cariño, reclamando el nuestro, y en que sentimos que no sólo lo nuevo es bello.

No por simple capricho, sino inspirado en ese sentimiento de belleza tan parecido a la virtud, busqué yo, de vuelta en mi país, hermoso como ninguno, estas líneas españolas balbucientes que dan algún carácter a la modesta casa en que estamos, hecha, por otra parte, (a la vista está)

de cosas viejas, de demoliciones, de recuerdos que iban a morir quizás. Todo esto que nos rodea tiene algo de eso: rejas antiguas, puertas y ventanas viejas, azulejos españoles, en los que reconoceréis los ya escasos de nuestro antiguo Montevideo que se va, el colonial, el de la primera patria independiente.

Todo esto no vale nada, como lo veis... cachivaches, tonterías; pero... Aquella puerta fué la de la casa, no hace mucho demolida, del primer español de mi sangre y mi apellido, del primer honrado montañez que vino a tierra uruguaya, al comenzar el pasado siglo, desde el Valle de Soba, el paterno Valle de Soba, de donde trajo una buena educación, por cierto, dicho sea en honor de aquella tierra. Aquella otra puerta lo fué de la casa construída y habitada por Juan Benito Blanco el constituyente uruguayo, nuestro constituyente, hijo ya de Montevideo, "la muy fiel y reconquistadora ciudad de Montevideo", como reza su escudo colonial, soldado de la reconquista de Buenos Aires precisamente, caído, bajo el pabellón español, en la Brecha abierta aquí por los ingleses poco después; secuaz de Artigas el capitán de Blandengues, y de los Treinta y Tres. Ese Juan Benito Blanco, el buen patriota, es el bisabuelo de mis

hijos. Yo no puedo menos, señores, de venerar aquí su nombre.

Cuando yo buscaba y recogía y combinaba estos recuerdos en esta casa nueva, el de la vieja española acudía constante a mi memoria, el de la antigua casa solar montañesa; nunca hice un secreto, esa es la verdad, de mi vivo deseo de poseer aquel viejo sillar de piedra española, y de colocarlo aquí, entre las de mi casa uruguaya, no sólo como un ornato arquitectónico, sino como uno de mis recuerdos de familia; como un símbolo, sobre todo, como un testigo. No era fácil de satisfacer ese deseo, tiene razón el señor Danvila; no era fácil... pero tampoco era imposible; la anhelada piedra se hubiera podido comprar, en una forma o en otra... esa es la verdad.

Lo que sí era imposible, al parecer, señores, y nunca hubiera cabido en mis deseos, porque no se compra; lo que jamás se me hubiera ocurrido, porque bien conozco mi propio ningún valer, es que esa piedra, muchas veces secular, testigo de heroicos tiempos, pudiera venir a mis manos como ha venido: enviada por España misma, por la buena, la magnífica España, obsequio de su caballeresco Rey, de su Gobierno; que ellos se acordaran de mí; que la arrancaran de su mon-

taña, y me la enviaran a mí directamente, con un gesto indefinible, mezcla de bondad y de grandeza, para que yo la ponga aquí, a orillas del Plata, nuestro paterno río, en mi casa modestísima, entre mis recuerdos de patria y de familia, y en ella sea, no un simple motivo de ornato arqueológico, y mucho menos de soberbia, que es arqueología moral, sino una partida de origen que impone deberes, un testimonio indiscutible de mi abolengo hispánico, y un estímulo, y hasta una recompensa. Eso no hubiera cabido jamás en mis anhelos.

Y sin embargo, ello ha sido así, señores; la preciosa piedra está aquí, y con esa indeleble y generosa expresión. Como por obra de encantamiento, ha llegado a nuestra tierra, y caído en nuestras manos. Y yo debo recibirla, y la recibo de las vuestras, señor Ministro de España, agradecido... iba a decir resignado.

Yo os ruego, ilustre amigo mío, que os hagáis intérprete de mi gratitud, y que, al hacerlo, digais también lo que estáis viendo en este momento, en esta mi casa lugareña de líneas españolas: cómo he pedido y obtenido la compañía de los que, al par de más caros a mi corazón, lo son al alma de mi país, y representan su nobleza democrática, sus talentos, sus virtu-

des, para hacer el mayor honor posible al obsequio, y manifestar en cuánto lo tengo, y con cuánta pasión lo guardaré, con el recuerdo del espléndido donante, en mi caja más fuerte de caudales: en mi corazón.

Ningún regalo más rico pudiera venirme de España, señor Ministro, yo os lo aseguro, con ser España tan rica; ninguno tan bello con haber allí tanta belleza; nada que pudiera causarme una alegría mayor ni más pura; nada, por fin, que pueda compartir mejor con mis hermanos uruguayos, a los que reconozco desde ahora como copropietarios o condueños conmigo de esa piedra preciosa invalorable.

Yo quisiera corresponder ahora, señores, de alguna manera, en alguna forma, al favor que recibo, y no encuentro ninguna que pueda ser más grata a España, a su Rey ilustre, a su generoso Gobierno, al representante aquí, por fin, de todos ellos, y órgano elocuente de sus bondades, que la afectuosa ratificación, en presencia de mis mejores testigos, en vuestra presencia, señores y amigos, de las ideas y sentimientos que me han merecido tan extraordinaria distinción.

Yo he sido, es verdad, señor Ministro, un creyente muy sincero, no sólo en las glorias pa-

sadas, pero en la virtud o fuerza espiritual, en la potencialidad de nuestra estirpe española; lo he sido, aún en épocas de tribulación y de prueba; he difundido y confortado esa fe aún entre nuestros hermanos vacilantes, entre los de aquende y también los de allende el Atlántico. Con representación oficial de mi país o sin ella; en congresos y conferencias; desde la tribuna o desde el periódico o el libro, dentro y fuera de mi tierra, siempre que pude, siempre fundí el amor a España con el amor a mi propia patria soberana, pasión suprema de mi vida; siempre fundí en una sola sus esperanzas, y con amor las cultivé.

Me habéis recordado uno de esos momentos, uno de tantos, pero el más indeleble quizá de todos ellos: aquel en que, no sólo con la representación oficial de esta mi patria uruguaya, sino con la tácita, pero siempre ratificada, de sus hermanas de América, de todas sin excepción, allí presentes, frente al Monasterio de la Rábida, en la conmemoración cuatro veces centenaria del descubrimiento, dí forma al mensaje continental de admiración y de amor y de reconocimiento a España, proclamando ese que habéis llamado "anhelo de engrandecimiento intelectual y moral de las repúblicas americanas, ba-

sado en el reconocimiento de la nobleza y las cualidades heroicas del país de que proceden".

Yo os agradezco ese recuerdo, señor Ministro. Es realmente grato a mi corazón. Pero si aquel momento fué el más propio para expresar con resonancia tales ideas y sentimientos, no puede haber otro como este solemne de mi vida, este, en que me iluminan los reflejos de aquel sol de España, para ratificar y confirmar aquí, en el silencio y la intimidad de la patria, lo que entonces expresaba en la solemnidad resonante de la que bien podemos llamar la patria común, la casa solariega, la tierra santa, como alguien la ha llamado, de las naciones americanas: el monasterio de la Rábida, la barra del Saltés, el puerto de Palos de la Frontera.

También lo es, señores, de alegrarnos con España, y de ofrecerle nuestra alegría como prenda de afecto y gratitud; de alegrarnos, digo, de lo que bien podríamos llamar reaparición de aquellos sus grandes tiempos, de que estamos siendo testigos en el nuestro, y de la bien notoria imposición de su verdad a los hombres y a los pueblos; de la verdad de España, es decir, no sólo de sus títulos históricos al respeto, a la gratitud, a la admiración del mundo cristiano, sino de la intacta potencialidad del alma de su

estirpe en ambos continentes, para las grandes empresas del pensamiento y de la acción, del arte y de la vida.

Y nadie como nosotros, señores, puede congratularse de esa vindicación, o reaparición de las glorias españolas; nadie como nosotros, los que formamos con España una sola indivisible nación o conjunto de pueblos conglomerados por leyes más imperiosas que las que dictan los hombres.

English speaking people, dicen los ingleses, con bien fundada arrogancia: pueblo de lengua inglesa.

Pueblo de lengua hispánica decimos nosotros: Y podemos y debemos decirlo, si no con arrogancia, con la misma fé en nosotros mismos que los más arrogantes; con la misma conciencia colectiva de una misión divina que congrega nuestra estirpe, y la conduce, al través del tiempo y del espacio, a la consecución de privativos superiores destinos.

Hoy glorificamos sin reserva, como lo veis, señor Ministro, a vuestra madre inmortal que habeis dicho; a nuestra madre inmortal, que decimos nosotros, sintiéndonos felices y orgullosos de tal madre, de la lengua que nos enseñó, de

la tradición que nos dejó. Y bien podemos llamarla así, señores, bien podemos llamarla madre, y alegrarnos de su gloria, y vivir de su inmortalidad, los que no podemos menos de sentirnos compatriotas, y, más que compatriotas, hermanos, de aquellos que, separados por el Atlántico, están unidos, atados a nosotros, como en un haz de sangre espiritual, por algo que es más fuerte que el Atlántico: por esta en que os estoy hablando noble y harmoniosa lengua castellana, lira de infinitas cuerdas colgada en nuestros corazones, como os decía no hace mucho, afinada al ritmo de nuestras arterias, vibrante de nuestro espíritu, forma sustancial de nuestra idea; los que nos sentimos felices de hablar así, como hablaba aquel don Alonso Quijano, el Bueno, el hidalgo que habitaba un lugar de la Mancha, una aldea parecida precisamente a la aldea de San Martín en que estaba ese escudo que la buena madre España nos ha mandado de regalo; felices de hablar y de pensar como aquel otro Pedro Crespo, el labrador, el villano o pechero que vivía en Zalamea, y que fué su alcalde famoso; de poder leer como ellos, como el hidalgo y como el pechero, en lengua propia, el lema de ese escudo de piedra que recibimos agradecidos de España, de la grande,

de la buena España; el mote o divisa magnífico que me enseñaba mi padre, el buen hidalgo español, el honrado aldeano montañés, y que aún me parece oír de su boca venerable, con el énfasis sincero, no aprendido, de los recios hidalgos castellanos: VELAR SE DEBE LA VIDA DE TAL SUERTE QUE VIVA QUEDE EN LA MUERTE.

DEMOCRACIA

I

Muchas veces he hablado yo, no pocas, de la Democracia; la he colocado como piedra angular de mis construcciones, y advierto que, dando quizá por más simple de lo que es ese concepto, y para huir de la vulgaridad de un asunto agotado, no me he detenido quizá, tanto como es razón en definirlo y precisarlo. Si no estamos, sin embargo, muy sobre aviso, nos exponemos a encender una luz engañosa en nuestra puerta. Que nada ha sido más adulterado, nada más contrahecho, si bien se mira, que ese concepto, "democracia". Tal la han puesto los hombres, que no la conociera su propia madre Naturaleza; tal traza se han dado en desacreditarla, que, la verdad sea dicha, hoy lo está casi por entero, en el sentir de muchos hombres de bien. Es el caso, por lo tanto, de hacer algo por vindicarla, dando a ese término o vocablo su verdadero sentido. No sé si no hemos contribuído todos, quién más quién

menos, a la confusión, llevados por la peligrosa idea de que, para hacer aceptable la verdad, es preciso, algunas veces, hacerla sonar a error. Es bien armonicemos, una vez por todas, los valores eufónicos con los ideológicos.

Los que confunden, por ejemplo, y no son pocos, la democracia con una de las formas de gobierno, no perciben con claridad su naturaleza; menos aún, por supuesto, los que, no sólo no ven en ella la vida integral que depura y selecciona y adapta, sino que quieren ver la substitución de la inteligencia y la virtud por el número, o la exclusión o negación de todo lo que es jerarquía, distinción, superioridad intelectual, moral, social, y aún estética. Andan por el mundo, como sabemos, quienes, en odio a la aristocracia, identifican la democracia con la mala crianza, el mal gusto, y hasta con la falta de aseo, si a mano viene; y ni siquiera faltan quienes la juzgan compañero de la irreligión, y hasta de la guerra al sentimiento religioso, el más alto, como se sabe, de los humanos sentimientos. No recordemos a los que también la creen inseparable de la disolución de costumbres o libertinaje; pero sí conviene y es fuerza recordemos a los que juzgan que la opinión de un hombre, así sea el más sabio y santo de los nacidos, debe valer tanto, para que la democracia

exista, como la de otro cualquiera, por bruto y malo que sea. Esos son tan numerosos como los que sostienen que la desobediencia y el desacato a la autoridad legítima, cuando no la insolencia, son virtudes democráticas, o que, en la anulación de toda iniciativa responsable y genial, y en el predominio de la medianía agrupada y uniforme sobre el consejo de hombres buenos, y en el del semisabio locuaz sobre el hombre de ciencia, generalmente silencioso, debe verse el triunfo del pueblo.

Excusado decir, que nada de eso es democracia, ni cosa parecida; que todo eso es sólo falta de sentido común. Este nos dice, y debemos creerlo, que obedecer no es renunciar a la libertad ni a la dignidad, sino, por el contrario, participar de una perfección que no hubiéramos alcanzado por nosotros mismos; que las categorías no son desigualdad, sino ley de la naturaleza, en la que nada, ni las huellas digitales, ni las circunvoluciones cerebrales, son idénticas; que los hombres no somos entidades independientes en absoluto, sino subordinadas, *sub-ordenadas,* atadas por lazos de familia, o sociales, nacionales, religiosos, que nos hacen miembros de comunidades u organismos cada vez más perfectos; que pensar, por fin, en que ha de haber libertad colectiva allí donde no la hay in-

terior o individual, es desatino. Y el hombre "lleva en sus propios vicios su tirano": en su pereza, en su orgullo, en su lujuria, en su egoísmo, en su miedo. El vicio mutila el corazón. Cuando el hombre se hace esclavo, dice Homero, los dioses le arrancan la mitad del alma.

Bien es hablemos, pues, con seriedad, de estas cosas; con mucha seriedad, pero al alcance de todos. La humanidad está ya cansada, a decir verdad, de verse dominada, lo mismo en reinos que en repúblicas, por hombres vanos, soberbios, lujuriosos, despreciadores de sus semejantes. Que no es propiamente la riqueza lo que subleva a los pobres; es la riqueza disoluta, insolente, instrumento de pecado público y privado. Si lo fuere siempre de virtudes, no sublevaría tanto, ni mucho menos. No hay tal lucha, o mucho me equivoco, entre el capital y el trabajo, de que tanto se habla; como no la hay entre la libertad y la autoridad. Lo que hay en todo esto, si bien se mira, es una instintiva rebelión contra el vicio y su hija la tiranía; contra *el derecho de ser malo*. Esa rebelión es justa, cuando no tiene por objeto derribar un vicio para levantar otro; es justificada, por lo menos, y cuando no se justifica, se explica. La aparición de *una virtud* en la cumbre es la esperanza de la democracia; de una virtud priva-

da, como base *sine qua non* de la pública. Que si no fuera a eso a lo que tiende la democracia, podríamos pensar en otra cosa, sin perder nuestro tiempo; podríamos pensar en otra cosa.

II

Fué a Sir Henry Maine, si mal no recuerdo, a quien primero oí decir que la democracia es "la más difícil de las formas de gobierno". No es esa la expresión más feliz de la verdad que quiso declarar, me parece; él quiso hablar de la república, de la forma republicana, que es, efectivamente, la forma de gobierno más difícil. Pero la democracia no es una forma o accidente, un fenómeno, sino algo así como una sustancia, una *forma sustancial,* mejor dicho, un espíritu, que, unido al cuerpo social, lo anima y especifica; una *entelequia,* llamaban a eso los griegos.

No hemos de tomar esto tan a la letra, claro está, que confundamos la unión, que yo quiero ver, del espíritu y el cuerpo sociales, con la *unión sustancial* del alma y el cuerpo humanos, que da al hombre su unidad de naturaleza. Más analogía podría tener, si no me engaño, con aquel otro error, muy interesante, por cierto, de los que, acercándose a lo que los antiguos llamaban *formas*

citológicas, querían ver, con el alemán Gunther, entre otros, ciertas *formas sustanciales* sucesivas en el compuesto humano, que serían otras tantas almas: la vegetativa, la sensitiva, la inteligente por fin; principios incompletos de vida, subordinados a la del conjunto. En el hombre no hay tal cosa, bien lo sabemos; el hombre no es una progresión de vidas, sino una sola naturaleza viva, sensible, inteligente, libre; *microcosmos,*pequeño universo. Pero la sociedad civil, la nación, bien podría ser algo de eso: un conjunto de vidas inteligentes, de voluntades preexistentes en sí mismas, y que, al conglomerarse en sociedad perfecta, forman, por acción recíproca o cooperativa, una especie de inteligencia colectiva, una voluntad, un carácter; las potencias del alma de una persona, en fin, lo que se llama una *persona* o entidad capaz de deberes y derechos inalienables. Y de responsabilidad.

A esa alma social, al contrario de la personal del hombre, pudieran ser también aplicados acaso, por analogía, sólo por analogía, y para hacer algo sensible nuestra percepción intelectiva de democracia, los esfuerzos que hoy hace la ciencia experimental para explicarnos el misterio de la vida, el de la conciencia humana, sobre todo, con prescindencia de esa sustancia simple a que la filosofía perenne llama "el alma", y que los filósofos pasa-

jeros o esporádicos quieren substituir por otra cosa, cada cual por la suya. Ese empeño del laboratorio biológico en demostrar que la personalidad psíquica se construye en la misma forma que la entidad física y química, y que, desde la aparición de un plasma viviente, del sistema nervioso, y de la construcción de las asociaciones medulares, sustancia única, éstas se van haciendo más complejas, hasta terminar, sin solución de continuidad, en el pensamiento humano; ese empeño ,y otros análogos, no son otra cosa que hacer entrar las ciencias las unas en las otras, la psicología en la biología, ésta en la química, la química en la mecánica, para, concluir en que la sola explicación científica del mundo está en el movimiento atomístico. El error de todo eso tiene su origen, si no me equivoco, en la adaptación al estudio del alma de los métodos adaptables a las ciencias exactas naturales, a la física especialmente; el considerar *como axioma* el principio de que *las partes crean el todo,* y de que éste, *el todo, es igual a la suma de las partes,* cosa que, en lo psíquico, está lejos de ser exacta. No solamente el todo es siempre, en psicología, más que la suma de las partes, sino que es el exponente de nuevas cualidades; el todo es, con relación a las partes, lo *primitivo, original, productivo.* La unidad, la totalidad psiquíca, la combinada estructura

interior, genera y determina las partes. La Psicología Esperimental, fijando *los verdaderos objetivos y métodos* de sus investigaciones, está transformando su propia esencia, señalándose los dos angulares: *estructura y personalidad.*

Los que juzgan que eso puede ser tratado por aficionados, como accidente de otras ciencias, pierden el tiempo. Lo está perdiendo ahora, por lo que veo, ese genial de Edison, por ejemplo, el descubridor del fonógrafo y demás ingeniosas máquinas, que, se ha dado a inventar una cuyas antenas o tentáculos de hierro o de lo que sean, nos pongan en comunicación, al través de la muerte, con las almas, o, mejor dicho, con los habitantes del otro mundo. Porque él, Edison, que no puede menos de sentir la diferencia entre una máquina y un árbol, no cree en el alma propiamente, según dice, aunque sí en *una cosa* de la criatura humana que permanece, que vive, que no puede menos de vivir perpetuamente. Hay en esa *cosa* algo de las formas citológicas de que hemos hablado; pero, en vez de ser dos o tres, son, para él, innumerables, infinitas. En fin...todo eso es desatino, y así creeremos prácticamente en ello como creer en que, a fuerza de perfeccionar los cristales de los anteojos, se dará vista al ciego; no es otra cosa, en resumidas cuentas, que la sustitución del mis-

terio de la fé por el misterio de la hipótesis. Y la hipótesis no es nada; es fé en lo que puede ser, no en lo que es. Y los futuros contingentes no son nada a fuerza de serlo todo. Dios es el solo *Ser que Es,* sin futuro ni contingencia; el *Eterno Presente.* Y a Él sólo se llega por la fé, "el órgano de lo divino".

III

Pero si por ese camino de la biología analítica no llegaremos nunca al secreto del alma humana, acaso podemos acercanos, por analogía, como hemos dicho, al del alma social, y al concepto biológico de la democracia. Yo he querido descubrir en ésta un conglomerado de almas, *forma sustancial* del cuerpo político que unidos constituyen; *un yo colectivo,* de cualidades no existentes en los componentes, aunque esa alma no preexiste como en el hombre.

Para entrever algo de lo que eso, "forma sustancial", significa, podríamos decir, en términos corrientes, que "sustancia" es aquello de que una cosa está hecha; y "forma" es la cosa misma, con exclusión de la sustancia. Esta, la *sustancia,* es *lo que sustenta* o sostiene, lo dice la palabra. Lo demás es lo *sustentado,* forma...

No es esto tan claro, bien se me alcanza, no es tan accesible a todo el mundo como yo quisiera que fuese todo cuanto digo; es vago, de lo más vago que existe, como todo lo metafísico; pero convengamos en que da mucho que pensar, y que, si no es una verdad de las que caben en la imaginación, (no todas caben en ella) es, cuando menos, una fuerte sugestión que nos pone a orillas de un océano que oímos sin ver, desde remotísimas playas. El hombre que no tuviera sino ideas claras, ha dicho Pasteur, sería seguramente un tonto. Pasteur es el genio de las claridades experimentales, sin embargo, como es sabido; pero no todas sus ideas son claras, por lo visto, si ya no es que él se considera tonto, contra nuestra opinión.

Todos sentimos, efectivamente, a poco que no seamos tontos, detrás de nuestras ideas o percepciones claras, un resonar de ideas confusas germinales, que, mucho más que aquéllas, nos alumbran y conducen. No es necesario ser un profesional de la filosofía para ser filósofo, es decir, para atar los efectos a las causas, y subir, de causa en causa, hasta donde nos den nuestras fuerzas, en dirección al resplandor misterioso de la causa primera; nos basta con poner alguna atención en nosotros mismos, a fin de evitar los peldaños rotos, los tecnicismos sin raíces, con que suelen dar-

se por resueltas cuestiones que no lo están, y disponernos a ver, a oír, a dejarnos llevar hacia el centro de atracción, hasta la sublime *proximidad*. Las "falsas ideas claras" feliz expresión de Mr. Hanser, que corren por el mundo como axiomas, se rectifican, como las olas del mar, las unas a las otras. Y permanece la verdad del mar.

Es eso algo semejante a la sensación del pescador que, desde el extremo del hilo que tiene en la mano, siente que algo se mueve en el otro extremo, hundido en el agua turbia y profundísima. No sabe su tamaño ni su forma; pero tiene la certeza de que eso que se mueve es un latido; de que su propia vida está en comunicación con otra vida o sustancia anímica de ignota forma.

He ahí una definición pintoresca, pero no del todo despreciable, de la filosofía, aunque no figure en los manuales: hilo sutilísimo atado a nuestro corazón y al del universo insondable; conciencia racional de nuestra comunicación con el mar sin orillas, y de nuestra afinación con sus "ruidos" o vidas sonoras innumerables.

IV

Encendido ese concepto abstracto de democracia; descubierto en ella un espíritu, descendere-

mos, con esa luz en la mano, al examen de lo concreto, al alma de los hechos. Todos sabemos que, ateniéndonos a la etimología de la palabra, democracia quiere decir *gobierno del pueblo*, como aristocracia *gobierno de los mejores*. Pero no hemos de deducir de ello que democracia pueda significar *gobierno de los peores*, o legitimidad de los malos. El mal es una negación o contradicción; no es sujeto de derechos.

Tampoco hemos de creer que las unidades de que se forma el pueblo han de ser los hombres aislados o "no articulados" como diría el inglés, ni que los deberes sociales aniquilen o entrañen la renuncia de ciertos derechos individuales. Un derecho incompatible con un deber repugna, no existe.

Democracia, pues, más aún que aristocracia, quiere decir también gobierno de los mejores, y aún *del mejor;* pero de los mejores dentro del propio organismo de cuya cabeza se trata, de los que constituyen su vida cuando está sano, y brotan de sus más fuertes energías, no de los sobrepuestos o sin desarrollar, superfetaciones o abortos. Y el medio racional de que tal suceda es hacer concurrir a la formación de aquella cabeza *todas las células aptas,* según su importancia u oficio; hacer que el gobierno proceda del interior de una sociedad; que no sea un

sombrero, sino una cabeza. La democracia es, por lo tanto, eso sí, contraria a los derechos sobre los pueblos, que se dicen inherentes a una persona física, heredados o transferidos indefinidamente, con prescindencia de los pueblos mismos; pero no es opuesta a la ley de sus propias funciones, procedente de ella misma, de que emana la autoridad legítima.

Claro está que no hablamos de los casos en que la voluntad de la Causa Primera, se revela en forma extraordinaria o milagrosa, casos raros en la historia, sino de los corrientes, en que esa Voluntad, fuente única de todo derecho, de toda autoridad, por consiguiente, de toda ley obligatoria en conciencia, se manifiesta a los hombres. Bien es advertir que, aún en los casos extraordinarios, la voluntad del pueblo, si no expresa, tácita, ha intervenido, y de ahí el adagio universal *"vox populi vox Dei"*, y el poco respeto filosófico que nos inspira ese caballero que dice "el estado soy yo", o ese otro que se atribuye unción divina por ser hijo de su padre, y demás extravagancias que han corrido por el mundo. Los elementos malos, en el organismo social como en el físico, han de ser eliminados por el sano funcionar del propio organismo. Si nó, el germen morboso queda tanto más profundo cuanto más escondido en las entrañas. Es-

conder es incubar en ese caso. Todo hombre o ciudadano es, quieras que no, un político; el gobierno es el resultado, no sólo de sus opiniones, sino de su vida, de sus actos.

La cabeza o autoridad, concebida de ese modo, no es por eso menos respetable, sino más que la otra; más que de artificio o convención. El desacato contra aquélla no es menos grave sino más que cualquier otro, por lo mismo que el pueblo se falta el respeto a sí propio, tanto más cuanto más emanación suya, como instrumento natural de Dios, sea el hombre o conjunto de hombres constituídos en autoridad. Ese mismo hombre no tiene el derecho de permitir el desacato. Nada más fuera de camino que suponer que cada atributo arrancado a la autoridad es una conquista de la libertad, y que la autoridad vive de libertades muertas, como el fuego de ramas secas. Es precisamente lo contrario: la autoridad vive de libertades; libertad, de armonía y de luz.

V

Democracia no es tampoco necesariamente *parlamentarismo*, bueno es saberlo, por más que ella sea luz, publicidad, negación de secreto. Eso de *parlar* puede ser, pero no siempre es, el medio más conducente a dar con la verdad. Y la demo-

cracia es la verdad. Se la concibe también silenciosa, no parlante. Y con su verdad presente a uno solo contra mil. Este es entonces la verdadera y legítima autoridad democrática, aunque no hable mucho; y nada haremos de antidemocrático con acatarlo y revestirlo con los atributos y fuerzas eficientes de la autoridad que reside en el conjunto de la sociedad perfecta. Pero aún en ese caso, (creo haberlo ya dicho), siempre es la multitud la que, si no ha encontrado la verdad, ha dado con el que la posee, y lo ha investido de su potencia ordenadora o centrífuga.

El parlamentarismo es, muy a menudo, la ilusión de la actividad; todas las palabras, las llenas y las vacías, pesan casi lo mismo en el acorde parlamentario que llega al pueblo. Y siendo, como son, las vacías más numerosas que las otras, y más ligeras, salen más a la superficie, como las burbujas. ¡Oh, la palabra! La palabra, luz de nuestro oído, es el elemento constructivo por excelencia; pero lo es también destructivo; es la fuerza que reune y armoniza las almas por la verdad y el amor, y la que las disgrega y desconcierta y envenena por la mentira; es título de gloria, y lo es de deshonra; es buen arcángel alado, y la más dañina también en las bestias que vuelan.

Es posible que el parlamentarismo dure aún mucho tiempo, según van las cosas; pero debe haber algo mejor, me parece; hay algo mejor que hablar o parlar, no me cabe duda. Esa ilusión de atribuir mayor verdad al mayor número de palabras corre parejas con aquella otra de esperar mejor autoridad, o gobierno más responsable de un mayor número de cabezas. Suele ocurrir eso allí donde, a falta del hombre de buena cabeza y buen corazón, que no aparece, se cree poder formarlo por adición o mezcla. La multitud, precisamente porque es instintiva, sirve para juzgar y fallar, en último término, sobre la legitimidad del que dice representarla, y es por eso el legítimo; pero, en los casos concretos, la multitud tiene demasiadas cabezas para tener un pensamiento; demasiados ojos para tener una mirada, y demasiadas conciencias para tener una responsabilidad. La noción de responsabilidad es esencialmente personal; se es tanto menos responsable cuanto más anónimo. La persona colectiva no puede ser indefinidamente conducida por otra persona colectiva; todo va a la unidad, la busca como la razón de ser de todo; la busca también la democracia, la democracia especialmente.... La unidad es el ideal de perfección. Las tiranías colectivas, las secretas, sobre todo, las misteriosas, han solido ser las peores. El ver-

dadero responsable del mal (y en general siempre es uno el gran delincuente) se esconde entre los otros, como una víbora entre anguilas. El diablo es *legión*... pero es uno, flor del mal de color vivo.

Bien es nos detengamos a advertir que, cuando se habla de *soberanía del pueblo* no se sabe muchas veces a ciencia cierta lo que se dice. "Pueblo" no quiere decir, en ese caso ni en ningún otro, simple multitud o yuxtaposición de células, sino entidad orgánica, animada, viva, y, sobre todo, racional: comunidad perfecta. Soberanía del pueblo, o gobierno propio, no es, por lo tanto, el pensamiento de un ente sin cabeza, ni el apetito racional de uno sin inteligencia. El alma, en la sociedad como en el hombre, está toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes; pero en la cabeza piensa, en el corazón siente, en las manos obra, en los ojos ve, en los pies camina, y en el conjunto orgánico vive la vida pensante, sensible, activa. Como se ha dicho que hubiera sido imposible crear o inventar la palabra sin la palabra, podría decirse que es muy difícil concebir la construcción de la autoridad sin autoridad; ésta brota con la primera agrupación humana que cobra forma orgánica; emana de la multitud y la representa. La multitud legisla sobre

sí misma en cierto modo; pero obedeciendo a la ley de la *vida,* que es movimiento acompañado de cierta irritación, y circunscrito en el organismo autónomo: movimiento trópico en unos seres, o simple movimiento; trófico o expresivo, estético, instintivo, consciente, en otros, en la escala de la vida, o de la creación. *Creación* es la palabra que todo lo resuelve, y sin la cual nada se entiende ni se entenderá.

Es así cómo se concibe el héroe personal, que es *un hecho;* pero que no excluye sino precede o prepara el advenimiento del héroe definitivo, que es todo el cuerpo social, el pueblo heróico, la humanidad futura, que esperamos o soñamos.

"La buena organización política, dice Santo Tomás de Aquino, exige una condición esencial, es a saber: *que todos tengan alguna parte en el gobierno.* Tal es el medio verdadero de conservar la paz en una nación, y de hacer que todo el pueblo ame y defienda su propia constitución". La falta de eso ha sido, efectivamente, y será siempre, el germen de guerra: la desobediencia a lo que debe ser obedecido. Y el pueblo debe serlo en sus atributos. Si no se le da la parte que le corresponde, se lo toma todo, ocurre el desorden, que es la guerra. La concentración de la vida en

un aparato del organismo es la destrucción total, la del aparato congestionado inclusive, por supuesto.

Hablamos, dicho se está, del pueblo, entidad inteligente también, normal, formado de hombres con instinto social, que es racional obediencia. "Los seres humanos normales, dice el americano Edwin Grant Conklin, en *Biología y Democracia*, no aspiran a una libertad semejante a la de las células cancerosas, por ejemplo, que se amotinan sin consideración del bienestar del organismo, sino a la libertad de que gozan las células normales del cuerpo, cada una de las cuales es una unidad que, preservando su propia individualidad, y, en cierto modo, independencia, tiene la libertad de ejecutar la labor para que se encuentra idónea, bajo la dirección del cuerpo como colectividad".

Pero el más alto concepto de organización democrática está en la carta aquella de San Pablo a los romanos en que les dice: "Os exhorto a todos vosotros a que, en vuestro saber, no os levantéis más alto de lo que debéis, sino que *os contengáis* dentro de los límites de la moderación, *según la medida de la fe que Dios ha repartido a cada cual*. Por que así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, mas no todos los miembros tienen un mismo oficio, así nosotros, aunque

seamos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros en Jesucristo, Señor Nuestro".

VI

Alumbrando con esas lámparas los caminos que conducen al fondo de la democracia desde sus engañosas superficies, veremos cómo ella es contraria a lo que ha dado en llamarse *individualismo,* generador de socialismos, en que, según la expresión del brasileño Ruy Barbosa, los autócratas coronados son sustituídos por los autócratas de la calle. Esos socialismos, o como se llamen, en que los estudiosos reconocen o creen ver los hijos del individualismo religioso de Lutero, o del político de Rousseau, o del imperativo categórico de Kant, o del económico de Adam Smith, esos sistemas no suprimen las clases sociales o jerarquías, sino que las invierten.

Si fuera el caso de profundizar en tales asuntos, llegaríamos, quizá, para hallar el germen de las confusiones y angustias que hoy nos aquejan, a la evolución radical monista de Haeckel, al materialismo mecánico de Buchner, al panteísmo absoluto de Hegel, al pesimismo de Schopenhauer o de Hartmann y demás... Pero no es el caso; tendríamos que definir todo eso, y, sobre ser la

tarea difícil, si no imposible, al menos para mí, no veo, por ahora, la necesidad de devanarnos tanto los sesos. Bástenos con mirar de lejos ese árbol genealógico de nuestras confusiones, simple adaptación de las antiguas a nuestros vocabularios científicos. Es el árbol del paraíso, en resumidas cuentas; el del bien y del mal, con su serpiente razonante y sabia, que sigue resonando.

Y nos limitaremos a ver de satisfacer la esperanza de los que fundadamente tienen la suya cifrada en lo que puede ofrecer al mundo viejo este nuevo de la América democrática, de la América emancipada *ab ovo* de las falaces interpretaciones del Evangelio; nos limitaremos a leer éste con sencillez y pureza de intención, sin las adherencias paganas que, en el viejo mundo, han solido adulterarlo, y desfigurarlo, y entorpecerlo; a oirlo con oído atento y corazón obediente.

Los que no conciben más democracia que esa *individualista* de que hablamos, no ven término medio, como es natural, entre la autocracia y la descomposición orgánica comunista; pero la hay, felizmente; existe la vida social democrática, es decir, el individuo objeto de la familia; la familia de la sociedad; el hombre constituído, por consiguiente, en fuerza de cohesión social precisamente; el comunismo evangélico: caridad y justicia

compenetradas, antítesis del otro, del que, hablando de una justicia sin caridad o justicia egoísta, es descomposición y absolutismo necesarios, guerra. La democracia que es la resultante de ese individualismo egoísta en el orden económico, y del materialismo en el moral y religioso, no es tal democracia, sino la soberanía del instinto, norma del bruto, que sólo satisface su necesidad específica de vivir y reproducirse. El bruto no vive propiamente en sociedad, no constituye familia, no reconoce autoridad, y es eso, y no otra cosa, lo que lo especifica. Lo que en los animales parece autoridad, la reina en las abejas, pongo por caso, no es sino la influencia recíproca y fatal de un organismo sobre otro; es lo que se llama instinto, término medio entre lo mecánico y lo inteligente.

En el hombre es otra cosa; él tiene también su instinto; pero como facultad inferior, no dominante ni fatal. Por eso el hombre puramente instintivo es inferior al bruto muchas veces. Este, el perro, el gato, el elefante, la abeja, no es virtuoso ni deja de serlo; no hay que predicarle buenas costumbres; el solo instinto que en él conserva al individuo y a la especie, en el hombre destruye, con el individuo, la especie misma si no es regulado por la razón. En el hombre, para curar los males del cuerpo es preciso empezar por

los del alma: *psicoterapia;* sin ésta, la curación lo será del síntoma. Buenos son los *ejercicios físicos,* hoy tan en boga; pero a condición de no olvidar los del espíritu, la higiene y la gimnasia del alma. ¡Insigne profesor de atletismo ese Ignacio Loyola, el de los *Ejercicios Espirituales*! Se ha observado que los atletas del músculo suelen morir jóvenes, y que los casos de longevidad se hallan más en los monasterios y en los campos, que en las termas y los gimnasios. Es mucho verdad. Ese sociólogo que, en presencia de la alarmante disminución de natalidad en su patria, que pone en peligro su raza, propone, como medio de salvarla, formar la legión de "voluntarias de la maternidad", encargadas de procrear, amamantar etc., no da "con la espina". En la cabeza de un animal no cabe semejante idea; el instinto la rechaza; todos ellos, todos los animales, son voluntarios, legiones de voluntarios.

Hay un solo medio, no hay más que uno, de levantar el nivel del conjunto social humano sobre las familias zoológicas; levantar el de la unidad, el de todas y cada una de las unidades que la componen; dignificar o encauzar el mismo instinto, es decir, someterlo a la razón, y, más que a la razón, si cabe, a ese otro instinto racional, no de la materia sino del espíritu, que se llama

la costumbre, las buenas costumbres, la repetición de actos libres buenos, que son como los senderos que van haciendo y ampliando y rectificando las pisadas de los hombres que caminan hacia adelante, con rumbo fijo. Eso se llama virtud, vida virtuosa, fuerza constante, atletismo si queréis, atletismo superior. ¿Quieres tú reformar la sociedad? Comienza por el principio: refórmate a tí mismo; poco a poco si es necesario ... pero piensa en ello. No nos salvaremos nosotros por que se salve el mundo, ni nos perderemos por que él se pierda, dice Carlyle. Sí, pero el mundo se salva o se pierde en nosotros. Y eso es democracia, en su más honda acepción: la colmena inteligente y libre que modifica su propia arquitectura.

La democracia es la entidad que más pone al hombre en presencia de sí mismo, es decir, en presencia del Señor, su Dios, el solo dueño de su persona, legislador y juez de su espíritu. Pero dueño de un espíritu libre. *Qui creavit sine te non justificabit sine te,* dice San Agustín. El que te creó sin tí, no te salvará sin tí. Es preciso, pues, tu concurso, tu concurso libre, tu razón, tu voluntad.

Es, por tanto, la democracia la entidad religiosa por excelencia, como es la tiranía, dominio de

la fuerza animal, la irreligiosa en grado sumo. Tú, disoluto presidente de república, ministro de estado, maestro de la mente o del espíritu, legislador, hombre cualquiera constituído en dignidad, ¿a qué título exiges de tu semejante el respeto y la obediencia, sin los que tu autoridad no existe, si la primera condición para ser respetado es la de ser respetable? Antes que presidente, ministro etc., eres hombre. El hombre es la sustancia, la materia; la dignidad es la forma, el artefacto. La estatua hecha de estiércol, ¿puede ser bella? La sustancia indigna desvía el espíritu de la contemplación; pudre la forma. Tú, candidato a presidente que mueves los solos instintos de la multitud con los tuyos para atraerla, y llamas a eso *popularidad,* tú no eres demócrata. Eso es ley del bruto, no del hombre; influencia de un organismo sobre otro; ley de la especie. Y eso no es democracia, sino todo lo contrario. Tú das la razón a esos hombres ingenuos, sinceros, que, bajo la presión de una tradición secular, creen que no hay más rey que el rey, porque éste es más que un hombre. Es preciso que tú nos demuestres, con tus actos, con tus virtudes, que eres más que un rey. Si nó, tú eres menos que un rey; no me inspiras maldito el respeto, así te digas mil veces republicano,

hijo de Democracia. No eres tal hijo. Y no hay por qué obedecerte a tí, hecho presidente, ni a las leyes que promulgues, con parlamentos o sin ellos, más que al rey; de tí al gobierno de nadie, o no gobierno, o anarquía o cómo quiera llamársele, no hay más que un paso, si lo hay, que no lo creo; la desobediencia al hombre disoluto y a sus mandatos o leyes es racional, es lógica cuando menos, e inevitable.

Malo es el anhelo de vivir materialmente sin trabajar, o recoger intereses sin acumular trabajo o formar capital, que es trabajo acumulado, o herramienta de nueva producción; pero es peor el reclamar respetos sin títulos. Que la autoridad es riqueza moral; y ésta, cuyos intereses son el respeto y la obediencia, esa riqueza moral, más aún que la material, ha de ser fruto del trabajo individual, es decir, de la acumulación de actos buenos, que es lo que se llama virtud, fuerza, resistencia. La verdad es que la humanidad está muy cansada de ver constituídos en dignidad a esos hombres notoriamente disipados, lujuriosos, soberbios, que la llevan por los caminos; está muy cansada de tantos malos ejemplos caídos sobre su cabeza desde arriba, la pobre humanidad. Y es su historia, sin embargo!

VII

Ese concepto de sociedad o vida integral, o perfecta democracia, declarado lo mismo por los psicólogos que por los teólogos clásicos, parece confirmado por la ciencia biológica moderna, cuando estudia el misterio de la Vida, de lo que se llama Vida en la naturaleza. "Constituye la naturaleza, dice Ramón y Cajal, un mecanismo armónico, donde todas las piezas, aún las que parecen desempeñar oficio accesorio, conspiran al conjunto funcional. Al contemplar ese mecanismo, el hombre ligero distingue arbitrariamente sus principales órganos en *esenciales* y *secundarios;* el prudente, en cambio, se contenta con clasificarlos, prescindiendo de sus tamaños y de sus efectos útiles inmediatos, en *conocidos* y *desconocidos.*"

Eso es democracia, efectivamente: el funcionamiento normal de todos los aparatos o piezas en el organismo social político: el orden, la preferente protección al hombre y a las clases más débiles; la madre Naturaleza.

El orden internacional es también eso: la Democracia entre las naciones. No hay naciones esenciales y secundarias, sino más o menos conocidas o desconocidas. También la nación que pretenda mejorar el mundo ha de comenzar por me-

jorarse a sí misma, so pena de caer en la tiranía internacional, más irresponsable, pero no menos odiosa, que la interna; congestión mortal, por otra parte, de que mueren los imperios.

Todos los hombres, como todas las naciones, los que parecen insignificantes inclusive, pueden, aún deben, intervenir en el descubrimiento de la verdad práctica, determinar el ritmo vital en la sociedad política y en la internacional. Todo depende de que cada uno desempeñe la función que le es propia. La Democracia es, pues, *el estado social o político relativamente perfecto,* en que todas y cada una de las células nerviosas, sin ninguna inerte, sin ninguna caldeada por la congestión o insubordinada, desempeñan su oficio en el organismo, que, *con su propia sustancia,* crea sus propios medios de conservación y desarrollo. Todas participan del calor vital con la dignidad de su función. Una célula muerta, por pequeña que sea, es el principio de la muerte del conjunto orgánico. Este comienza a helarse por las extremidades. El primer cabello que cae de la cabeza es la primera hoja que se desprende del árbol, el principio del invierno.

La forma de gobierno republicana, si es la natural de la democracia, lo es porque significa eso:

un constante examen de conciencia, un continuado balance o liquidación; aprecia lo que hay realmente de virtud en la masa social, no en un hombre o grupo de hombres sin raíces o trashumantes. Es, pues, virtud integral; cuenta con todos los elementos biológicos; los respeta, estimula, y adapta a sus funciones propias. No se tapa el cielo con un harnero, dice el adagio. Lo que hay en el fondo saldrá, tarde o temprano; y con tanta mayor energía, cuanto más haya estado oculto o en incubación, o tapado con fuerza. La reacción es proporcionada a la acción.

Hemos convenido en que la democracia es la verdad. Si ésta amenaza, no es con la mentira con lo que podrá defenderse la sociedad amenazada. No es encubriendo vicios con supersticiones, para conservar prestigios de clase o autoridad, como formaremos virtudes sociales, ni es ocultando las derrotas o pérdidas de terreno en las almas bajo apariencias materiales cómo daremos el triunfo al espíritu.

Y he ahí por qué la forma republicana es la natural de la democracia; porque ella liquida, renueva, depura; convence a la sociedad de sus errores, no por lo que le dicen sino por lo que ha sentido en carne viva. Ocurre con los pueblos lo que con los hombres: lo que más vale es lo apren-

dido por ellos mismos, a su propia costa. Sus mismos errores, corregidos, forman el tesoro de su porvenir. Las virtudes sociales suelen ser también una cicatrización de heridas, como las de la ostra, que se convierten en perlas. La muchedumbre que no tiene razón vale menos que el hombre que la tiene, no cabe duda; pero de eso se trata, precisamente: del mejor medio de dar con quién tiene razón.

Hemos dicho que la nación o estado es, en cierto modo, una persona: también ella tiene, por tanto, su facultad intelectiva. *Y también su instinto.* "Habiendo sido Dios quien ha dado al hombre el imperioso instinto social, ha sido también Él quien ha dado a la sociedad esa cierta facultad o fuerza de conservación, base primera de la democracia, que, en los problemas vitales, la permite ver más claro de lo que parece; más que los hombres sabios, a menudo.

La sociedad se resiste a creer a éstos sobre su palabra; siente oscuramente, dice uno, que, detrás de las más evidentes verdades abstractas, existen innumerables verdades vivientes, que ningún cerebro puede prever, porque necesitan el tiempo, la realidad y las pasiones de los hombres para desarrollar su obra.

El hecho confirma ese razonamiento. Es indudable que el concurso de la multitud, la ampliación razonable del sufragio popular, a despecho y pesar de sus errores, los ha acarreado menos graves que la prescindencia completa de ese concurso, que se llama absolutismo; ha aumentado, por otra parte, la inteligencia de la masa social, aclarando su conciencia, despertando su dignidad. El absolutismo, en cambio, ha ofuscado, y no podía menos que ofuscar a los hombres, ¡pobres hombres! que, a fuerza de oírselo decir y manifestar, se creyeron superiores y aun dueños, *por naturaleza,* de los otros hombres, personas cuasi-divinas. No podían menos de ofuscarse; la tentación era formidable, muchas veces; los que la resistían eran realmente santos.

La humanidad es más buena y más sabia que el hombre, y va siéndolo cada vez más, dígase lo que se quiera; las constelaciones ven el polo inmóvil mejor que las estrellas; oyen mejor el diapasón que las mueve con cadencia y número, el canto de las esferas. Las guerras son obra, generalmente, más aún que del pueblo, del hombre o de los hombres, sabios o semisabios, que cultivan las malquerencias históricas; comienzan en la disputa de un hombre con otro. La última guerra no hubiera ocurrido si el pueblo alemán hubiera sido consul-

tado, el pueblo, entiéndase bien, la familia o conjunto de familias alemanas, no el ejército alemán, con sus mariscales y escalofones y ejercicios físicos o militares. Un pueblo es tanto más pueblo, cuanto menos ejército; el ejército, en cambio, desaparecerá al transformarse en pueblo armado, apercibido sólo a repeler la agresión injusta, a cumplir con su deber. El desarme universal con que ahora se sueña, sólo será la consecuencia de la universal democracia: *el servicio* militar sustituído por *la instrucción* militar; la profesión sustituída por la aptitud de defender la patria; el soldado transformado en hombre.

La Francia republicana con todos sus defectos; la Inglaterra con todas sus marítimas ambiciones, no hubieran ido a esa guerra, no nos quepa duda; no la hubieran provocado ni consentido. En estados Unidos, el coronel Roosevelt hubiera ido a ella antes que el maestro Wilson: pero ni el uno ni el otro hubieran forzado aquel pueblo.

En la democracia, y sólo en ella, está la paz. Si bien se mira, los vicios no van de abajo arriba, sino de arriba abajo; penetran tanto más cuanto de más arriba caen. Los de las muchedumbres no suelen ser otra cosa que los que estuvieron concentrados en los individuos

que las educaron, con el ejemplo sobre todo. Los robos colectivos han sido precedidos de robos individuales de altos personajes enriquecidos, y respetados por ricos; el rico o poderoso que mata en duelo a un hombre es tan homicida como cualquier otro; como el pechero que se da de puñaladas en una riña. Pero el primero suele ser alabado, mientras es despreciado y condenado el segundo. Las circunstancias atenuantes atenúan más, sin embargo, la culpa del humilde en su pendencia oscura que la del otro en la suya notoria. Eso, si bien se mira, es la negación de la democracia; es un privilegio, una aristocracia, y de lo más chocante; más que la de la sangre; más que la del rey.

¿No ha solido decirse que la propiedad, el "derecho de propiedad" es la facultad *"de usar y de abusar de las cosas"*? No hay derecho de abusar de nada. Derecho y abuso son términos que se excluyen; la propiedad no es, no debe ser tampoco, una aristocracia. Como el poder, ella es formada por todos, con el concurso de todos. No ejerce sino viola un derecho ese hombre que destruye o hace destruir una cosecha de trigo, que dice sólo *suya,* para impedir que el pan se abarate, o se deprecie el trigo que él tiene guardado, para vender éste más caro, al alcance sólo de los ricos.

Ese individuo, que suele ser una empresa, o *trust,* o compañía, viola el derecho, el verdadero derecho, que tienen los demás hombres a alimentarse de ese pan destruído, que todos han contribuído a hacer, que todos han hecho. El hombre que lo destruye es un malhechor; lo es esa empresa o compañía, aunque diga que el trigo que echó al agua era *suyo;* es un malhechor. Lo que te sobra no es tuyo; es de tu semejante falto de todo; no puedes destruirlo. "No debe tener el hombre, dice Santo Tomás, las cosas exteriores como propias, sino como comunes, de modo que cada cual las comunique, en caso de necesidad, a los otros". He ahí *la democracia de la propiedad,* según el Evangelio.

Decir "esto es *mío*" no es decir "esto es *para mí*". Bien es verdad que decir "*esto es para todos*" no es tampoco decir "*esto es de todos*". La fórmula de la propiedad pudiera ser, quizá, "*Esto es mío para todos*"; para los míos en primer término, por supuesto: para mis hijos, si los tengo, para mis padres, si necesitan de mí; para mis hermanos; aún para los hijos de mis hijos, continuación de mi yo, mi herencia... Pero no hay que dar por terminados en ellos mis deberes de propietario. Que la propiedad es también un deber; lo es sobre todo: un orden ético, jurídico

y religioso; tiene una función social. Que el pago de mis deudas de padre, de hijo, de hermano, no cancela sino hace más exigibles mis deudas de hombre, de unidad social.

El derecho de propiedad *mal entendido* por los ricos y peor usado, la aristocracia de la propiedad es lo que ha engendrado la guerra a la propiedad por parte de los pobres. Mala es ésta, claro está; pero también en eso, como en las pendencias, la atenuante, según la democracia, es tan aplicable al pobre como al que no lo es... más aplicable, puede ser.

VIII

Hemos, pues, de reconocer, con todo, en nuestra madre Democracia, como que es *selección entre mayor número,* una aristocracia más alta: la de las almas contrapuesta a la de los cuerpos; hemos de descubrir en ella la superioridad que radica en la obra de la libertad y de la responsabilidad humanas, sobre la que sólo se funda en la obra de la generación.

No es esto decir, entendámonos bien, que la democracia excluya la herencia, como título de primacía, cuando ella significa, por el arraigo del hombre en el pasado, predisposición social o anímica, en el presente, para ser mejor, o para me-

jor cimentar la permanencia o continuidad de la persona colectiva; sólo la rechaza cuando ella, confundiendo la herencia social con la biológica, cree posible la trasmisión material de la personalidad, contra la experiencia que nos demuestra que las almas no se trasmiten, que son obra de Dios, no de hombres; la rechaza cuando pretende, sobre todo, conferir "el derecho de ser malo", o la facultad de heredar hombres o sociedades ajenas, como accesión de la tierra. Existe, pues, también una *nobleza republicana*. La nobleza, como la democracia, no es privativa de una forma de gobierno; no es una forma.

¡Herencia!... La esperanza de hacer a nuestros hijos herederos de nuestro nombre como de una riqueza ¿no es acaso, también en la democracia, una de las más altas incitaciones a bien obrar? ¿Cuál puede serlo más generosa, si ya no es la gloria de Dios directamente perseguida, y que es el germen de la nuestra? El bruto no tiene tal estímulo, porque el bruto no persiste en su propio nombre ni en el de su hijo; no es padre de familia. El salvaje no tiene abolengo, ni la tribu historia. La historia de un pueblo, en cambio, no es otra cosa que el abolengo nacional, su ejecutoria de nobleza, su arraigo en lo profundo. La civilización es eso: herencia, continuación, acreci-

miento. Bastan algunos años para instruir a un bárbaro; pero son necesarios siglos para educarlo. Un solo grande hombre ennoblece a una nación; es como muchos hombres en uno solo, muchos, innumerables.

Estamos ahora en una época que bien pudiéramos llamar *de los centenarios*, o conmemoraciones seculares de sucesos y de insignes varones, lo mismo en las democracias republicanas que en los reinos o imperios. Es una de las manifestaciones de la naturaleza social, como dice Bourget, para mantener el culto del pasado, sin el cual no existe la patria, *terra patrum;* tierra hecha por aquellos de quienes salimos y a quienes continuamos. La democracia no es violación de esa ley de su madre Naturaleza, efectivamente; no es un perpetuo recomenzar, o negación de progreso, sino el progreso esencial que es continuación, acrecimiento de lo que permanece... herencia, pues, lo que se llama herencia. Es famosa la frase de Pascal, según la cual la humanidad debe ser considerada como un solo hombre que subsiste siempre, y que constantemente aprende, es decir, recuerda.

No son pocas las veces, bien sabido lo tenemos, en que la falta de arraigo en el pueblo de ciertos gobiernos republicanos es mayor que en los mo-

nárquicos. Estos suelen tener su raíz en la historia, en el hecho, cuando menos; aquéllos no la tienen en nada, así se constituyan con esos senados, congresos, parlamentos o como se llamen, que ni siquiera forman una oligarquía, sino que son simples instrumentos de llamar leyes a la voluntad de quien los crea y mueve y recompensa. La legalidad no es siempre justicia, entendámonos bien, y mucho menos virtud; legisladores hay que son los primeros en burlarse con jactancia de sus propias leyes, como sabemos.

El tirano, en ese caso, es tan repulsivo, más repulsivo, me parece, que el engendrado por el absolutismo; suele tener sus defectos sin sus cualidades, que podríamos llamar estéticas o pintorescas: el aire de majestad, los chirimbolos, etc.. Aquel loco perverso de Nerón, el romano, no creía tener bastante con ser dios; quería ser músico; aspiraba, cuando menos, el muy juglar, a poseer alguna cualidad personal que le mereciera los aplausos del pueblo, no sólo el culto. En las enfermedades equivalentes de la forma republicana, los pequeños césares, mediocridades afortunadas, cuando no malvados, célula de los pies que se sube a la cabeza, no pretenden ni siquiera ser músicos; suenan tanto más cuanto más desafinan; y desafinan tanto más cuanto más hacen sonar,

sin ajustarse a él, el diapasón de la verdad: virtud, libertad, progreso, justicia, ley... No viven del pasado, pero tampoco del porvenir; les basta y sobra con el presente, con la posesión; recomienzan siempre; empiezan y terminan en sí mismos; son antiestéticos por falta de pátina. El arte es una aristocracia.

¿Me niegas tu respeto y tu obediencia por que fuí carretero? preguntaba el presidente advenizo de una joven república.

— Nó, no te rechazo porque fuiste carretero, sino porque has dejado de serlo, contestaba la Sabiduría.

No serán esos pequeños dragones, a buen seguro, los que nos librarán del grande, y removerán las causas de la guerra; pero ha de ser, o no lo será nadie, el advenimiento del espíritu de democracia, no como una forma, si ya no es la forma sustancial de que hablamos, sino como un estado social, en que la voluntad de los fundadores del imperio, de que nos habló el ciudadano Guillermo de Hohenzollern, persista para someterse a la voluntad del imperio mismo, y ésta a la voluntad de Dios. Los muertos acosejarán a los vivos en la soledad; pero serán sólo sus consejeros, no sus dueños. Los muertos, si no son tiranos, son buenos padres de familia en general.

Los que la guerra contemporánea desataron le daban por objeto una remoción de los cimientos de la sociedad universal, una reforma en la constitución de la humanidad, y hasta en el eje de rotación de sus destinos. Prudente hubiera sido y razonable consultar a la humanidad, a los pueblos cuyos eran los intereses de que se trataba; era justo darles participación siquiera en la resolución del problema, oyendo la voz de su *instinto*. El democrático, el dado por Dios, lo juzga así, cuando menos; pero el otro, el de los dioses, dice que no, que eso debe resolverse en secreto, en consejo de dioses congregados en una región del universo. De ahí salió la guerra, que, como lo dijimos, no hubiera salido de un Consejo de hombres, de un Parlamento, por aturdido que fuera.

IX

Si ese espíritu de tinieblas se va de este mundo, tendremos paz; si nó, no. Se ha de abandonar, como nociva, la esperanza fundada en el advenimiento de esos hombres predestinados, desde las maternas entrañas, a ser los solos dignos de obediencia. Aquel repetidísimo término *"derecho divino"*, inventado no sé por quién, para calificar tal doctrina o superstición, es de lo más impropio que darse puede. Uno está aburrido, a decir ver-

dad, de oirlo repetir sin ton ni son, por unos y por otros. No es acatamiento, sino falta de respeto al nombre de Dios, muy a menudo, lo que ese término entraña, y por eso sería conveniente abandonarlo... por unos y por otros.

¡Divino! Yo de mí sé decir que no concibo derecho más *humano* que ese que se dice fundado en el hecho solo de la generación. En él se basaba el emperador Guillermo, el de la guerra, el del desastre, para decir que, como persona sagrada, sólo él tenía derecho de mandar en el imperio que le construyeron los soldados, el ejército, incluyendo en ese derecho el de llevar la nación a la guerra, a la muerte; el derecho de vida y muerte. Así pensaba también, bajo su enorme perfumada peluca, aquel otro divino de Luis XIV, *le Roi Soleil,* y muchos otros, que hasta se creían con el derecho de ser malos. Pero nada de eso tiene su fundamento en la buena filosofía, y mucho menos en el Evangelio. Nosotros, los simples cristianos, sin más dios que Dios, no pensamos así. Sabemos del sumo sacerdocio del Antiguo Testamento , y de la suprema jurisdicción conferida por Cristo, el Señor, a San Pedro y sus sucesores; sabemos, a ciencia cierta, que Jesucristo instituyó los sacramentos, y, entre ellos, el del orden, que imprime a los sacerdotes su sagrado carácter inde-

leble, y, con él, la autoridad espiritual; pero no sé dónde ni cuándo ha podido encontrarse el sacramento que unja para siempre a los hombres constituídos en autoridad civil, así se llamen reyes o príncipes legítimos a perpetuidad. La antigua religiosa consagración de los reyes por la Iglesia, fué lo que indujo a ese error de buena fé, si no estoy equivocado; se creyó que aquellas ceremonias eran algo así como la administración de un sacramento. Pero no hay tal cosa, ni cosa parecida. Los sacramentos son siete, y nada más que siete, que sepamos. Bien están aquellas formas litúrgicas como acto impetratorio, como oración, tan aplicable a un emperador como a un presidente; pero consideradas sello sacramental, cosa que jamás hizo la Iglesia, pueden ser perjudiciales, como todo error, por invencible que sea, y por buena fé con que se abrace. Yo confieso que no puedo menos de mirar con respeto a los hombres rectos y buenos que han caído en tal error; santos ha habido que, sin merecer reproche, por supuesto, juzgaban atendible la creencia popular de que, a la muerte de un rey, aparecen señales visibles en el cielo: se enrojece la luna, se caen algunas estrellas. Respetable es, aunque nos parezca gracioso, ese error, en el limpio corazón de un santo; pero cuando se le ve abrigado, proclama-

do, mejor dicho, por quienes nada tienen de santos, y sí mucho de escépticos y no poco de sensuales, se piensa en la mucha parte que esas falaces doctrinas han tenido en la declinación de la verdadera fé religiosa en ciertos pueblos que, esperando un porvenir de restauración total de la Religión, fundado en el advenimiento de una de esas predestinadas personas, han abandonado la labor del presente: la reforma de sí mismos, y la de todos y cada uno de los hombres. Y cuando se piensa en cómo y hasta qué punto esa malhadada superstición ha inhabilitado a muchos, a los mejores quizá, para incorporarse a la marcha de las naciones "hacia nuevas y siempre sabias interpretaciones del Evangelio", mientras los más flacos, las multitudes, las generaciones, lo abandonaban a causa de las interpretaciones menos sabias, se llega a creer que es esa doctrina una de las causas principales, si no la principal, de que esté tan lejana la paz de caridad entre los hombres. Y la idea democrática se impone como una obsesión: la democracia-espíritu, principio de vida en todo el árbol social, desde sus raíces hasta sus botones terminales.

No es que la esencia de la autoridad proceda de Dios, lo que quiere decirse por muchos, por más de

lo que parece, con eso de "derecho divino"; es la persona del rey, la persona de carne y hueso, hecha *ad hoc,* por la divina mano, la que es *por naturaleza* superior a los demás hombres, divina, en cierto modo, y debe ser reconocida como tal, y como tal obedecida y hasta venerada, lo mismo que sus hijos y los hijos de sus hijos.

Y eso no está en razón; no es eso, por cierto, lo que enseña el maestro de los maestros de doctrina evangélica o cristiana.

Este, Tomás de Aquino, que es de quien hablo, por supuesto, no piensa tal cosa; tampoco sus discípulos, Suárez, por ejemplo, el más insigne. "Dios, dice aquél, es el autor de la naturaleza humana. Y si en la humana naturaleza tiene su razón de ser la sociedad y el estado, claro está que tanto estos como el poder público vienen de Dios".

Y dice el discípulo, Suárez, llevando los principios a sus naturales consecuencias: *La democracia es de origen divino.*

Eso es otra cosa, como se ve; es el postulado de nuestra América, precisamente; nuestra fe cívica, que ya profesaba en lo antiguo Teófilo Antioqueño cuando decía: "A Dios adoraré, y no al César, sabiendo como sé que el César ha sido ordenado y establecido por Dios". Aplicaremos ese

mismo viejo raciocinio, tan lleno de dignidad, al pueblo, a la multitud orgánica que sustituye al César. A Dios acataremos en ella, precisamente por ser en ella donde reside la potencia suprema que es espiritual. No hemos de incurrir en el error que rechazamos, con el simple cambio de nombres. Rey personal o rey colectivo, su autoridad es nada para la conciencia humana si no entraña algo superior a la humana naturaleza, ya que la relación natural entre hombre y hombre es de igualdad, no de dependencia u obediencia.

Obedecer o reconocer y acatar la autoridad es, en la Democracia o Gobierno del pueblo, tanto o más aún, si cabe, que en el de los privilegiados, reconocer la existencia y la acción eficiente de un agente espiritual de ritmo, de armonía, de cohesión vital; en la obediencia, concepto ético, ha de haber siempre, para el demócrata, sobre todo, algo de virtud, algo de idealismo, por poco que sea; lo suficiente siquiera para que el ritmo del orden social, y aun político, no sea el de la máquina o el del rebaño.

Hower, un fuerte angloamericano, que escribe a su modo sobre esta materia, nos presenta el problema bajo varios aspectos llamativos. Lo hace cuando dice, por ejemplo: "En la misma proporción en que aumenta cada individuo su espiritua-

lidad, aumenta también el idealismo de la Democracia... Nuestro individualismo de América, agrega, distinto de todos los otros, se basa en la divinidad de cada ser humano; descansa en la fé firme de que la chispa divina puede despertarse en todos los humanos corazones".

Es digno de atención ese concepto del pensador angloamericano, que si no es un buen cristiano, merecería serlo, por su buena voluntad. El, como la mayoría de sus compatriotas, entiende por "América" la que habla en inglés, por supuesto; pero es preciso convenir en que también es América la que habla en español. Y también nosotros, los que hablamos en español y somos fuertes cristianos viejos, al decirnos, como a justo título nos decimos, hijos predilectos de Democracia, atribuímos a esta noble madre, y por eso confiamos en ella, pese a los vicios de los hombres, su fuerza incontrastable y su divino abolengo.

INDICE

INDICE

TOMO III

JUAN CARLOS GÓMEZ

Discurso pronunciado en la explanada de la Aduana de Montevideo, al recibirse los restos mortales de Juan Carlos Gómez, el 8 de Octubre de 1905.

Sumario: El prócer olvidado. — Su muerte. — El Uruguay unánime reclama desde entonces sus restos. — Ahí están. — Evocación del espíritu de Gómez. — El vidente, el vate, el profeta. — La divina visión. — El culto y la inmolación. — La caída del Cóndor ciego ... Pag. 7

BARTOLOMÉ MITRE

Discurso pronunciado en representación del Gobierno Oriental, en el vestíbulo de la Casa de Gobierno de Buenos Aires, con ocasión del entierro de Mitre. — 21 de Enero de 1906.

Sumario: El pueblo oriental al argentino. — La trayectoria del astro. — Lo que se ve en Mitre.

INDICE

— La formación de los pueblos. — El período caótico. — El pensamiento creador. — Es más difícil ser grande que ser sublime. — Mitre fué grande. — Fué un prócer oriental. — Cagancha, Montevideo y el Paraguay. — El 25 de Mayo de 1910 ..... Pág. 23

Mr. ELIHU ROOT

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido en el Ateneo de Montevideo a Mister Elihu Root, Ministro de Estado de los Estados Unidos. — 12 *de Agosto de* 1906.

Sumario: El discurso de Mr. Root en el Congreso Panamericano de Río Janeiro. — El ideal americano. — La Sociedad internacional. — Su fín, como el de la sociedad civil, es la conservación y desarrollo de las personas que la componen.— La democracia internacional. — Ley de armonía ..... Pág. 33

CENTENARIO DE CHILE

En la inauguración del Palacio de Bellas Artes De Santiago. — (21 *de Setiembre de* 1910) Pág. 41

INDICE

ANTE EL FÉRETRO DE RODÓ

Discurso pronunciado ante el pórtico de la Universidad, el 29 de Febrero de 1920 ..... Pág. 59

EL DISCURSO DEL MONUMENTO

Pronunciado en la inauguración del de Artigas en Montevideo.—(28 *de Febrero de* 1923) Pág. 77

CENTENARIO DE 1825

Discurso pronunciado al recibir un testimonio nacional de aprecio, en Montevideo, el 23 *de Agosto de* 1925 ..... Pág. 99

SARANDÍ

Discurso pronunciado en Sarandí, al inaugararse el monumento del escultor José Luis Zorrilla de San Martín, ofrenda hecha a la Patria por el doctor Alejandro Gallinal, el 12 *de Octubre de* 1923, *aniversario de la batalla* ..... Pág. 131

INDICE

CONGRESO DE JURISCONSULTOS DE RIO JANEIRO

Sesión de Clausura. — (*Julio de* 1912) .... Pág. 141

EL AMOR ENTRE NACIONES

Discurso inaugural del cuarto congreso celebrado en Montevideo, del instituto americano de derecho internacional. — (22 *de Marzo de* 1911) ..... Pág. 153

EMBAJADA AL PARAGUAY

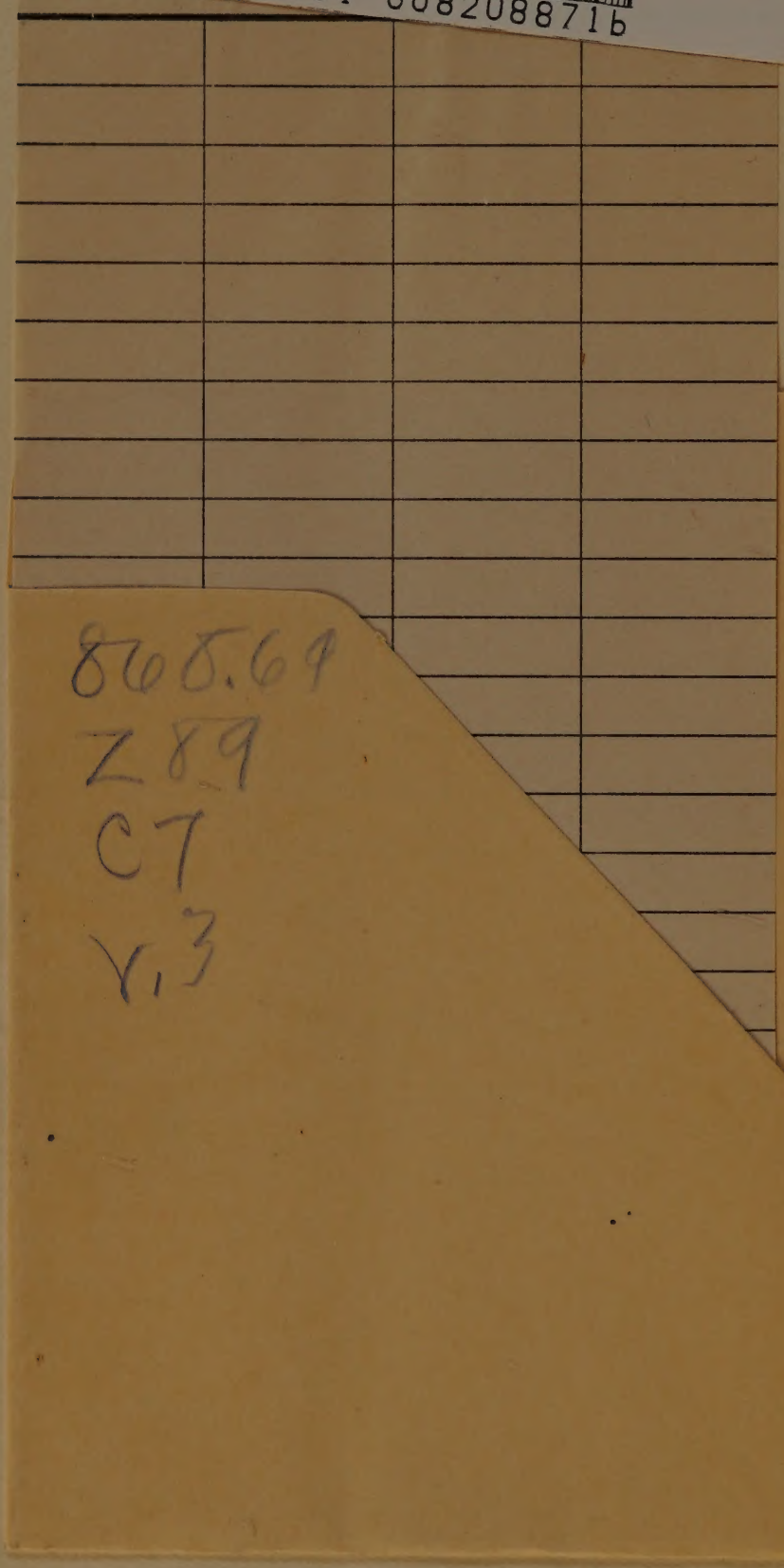
Presentación de credenciales, en la Asunción, el 15 *de Agosto de* 1921 ..... Pág. 169

UN OBSEQUIO DE ESPAÑA

Su entrega por el señor don Alfonso Danvila, Plenipotenciario Español en Montevideo, el 14 *de Marzo de* 1929
Discurso del señor Danvila y contestación Pág. 173

Democracia ..... Pág. 201

868.69 Z89 C7 V03
a39001 008208871b



868.69
Z89
C7
v.3

30 de mayo de 1929.

Sr. Presidente del Banco de la República, Dr. Don Alejandro Gallinal.

Señor Presidente:

Tengo honor de acusar recibo de la honrosa nota en que me hace saber que el Banco de la República, tan dignamente presidido por Vd., ha resuelto, por el voto unánime y expresivo de su Directorio, realizar una edición de mis obras completas, en conmemoración del cincuentenario de **La Leyenda Patria**, y para discernir a su autor, antiguo colaborador, como Delegado del Gobierno en esa fecunda institución modelo, un honor tan señalado como lleno de carácter y de expresión benevolente.

Por más que lo considero muy superior a mis merecimientos, yo debo aceptar y acepto agradecido ese honor, y desempeñaré con placer el encargo que recibo de ordenar mis obras completas, secundando en un todo el propósito generoso del Banco.

Quiera Vd., señor Presidente, hacerse intérprete ante su Directorio, ante todos y cada uno de sus miembros, de la gratitud que, con su amable actitud, me han impuesto para siempre, y aceptar Vd., personalmente, las protestas de consideración afectuosa con que retribuyo cordialmente las suyas.

Juan Zorrilla de San Martín.

Imprenta Nacional Colorada